

Eligio González

Travesuras

y relatos de Upata



Lorem ipsum



Travesuras y relatos de Upata



1.^a edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

© Eligio González

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección

Alejandra Pérez Tarazona

Diagramación

Bairon Torres

Diseño de portada

Ian Laprea

Imagen de portada

El puente, Jesus Soto, 1946

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5506-6

Depósito Legal: DC2024000245

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Eligio Antonio González Peña

**Travesuras y
relatos de Upata**

Este trabajo de travesuras y relatos de Upata lo dedico con honor y fraternidad a Gervasio “Bacho” Bermúdez (+) y Francisco Rogelio “Chichi” Muñoz, entrañables compadres; ellos representan lo genuino del humor, siempre con la picardía y jocosidad de sus cuitas infinitas.

A mis padres fallecidos Rafaela Peña y Manuel González.

A mis hijos Sobelimar, Yohanna, Elitzobe, Luis Carlos, hermanos, sobrinos, nietos y todos quienes aportaron sus relatos, para desglosar estas vivencias y memorias de Upata.

ELIGIO GONZÁLEZ

PRÓLOGO DESDE EL CHAPIRE EN EL DESENIO DE LOS IDIOMAS INDÍGENAS

Upata, Yocoima, Chapire, Cupapuy, Caramuca, Guayabal, Guacarapo, El Pao, Carichapo, Guri, Caroní, Imataca, son palabras ancestrales que organizan, desde cada presente, nuestra memoria colectiva donde se aloja lo familiar y comunal de la vida cotidiana, en la resistencia indígena y la historia insurgente.

De esta manera, sentimos que nuestra Guayana y la Guayana Esequiba son piernas del mismo cuerpo que hoy caminan en los mismos senderos de la venezolanidad y de la Colombia independiente y bolivariana con Bolívar y Piar, con Bolívar y Sucre hasta Ayacucho en el Batallón Rifles de la Guardia (con esos mismos indios que hoy somos de Upata, de Altamira y de Cupapuy).

Sujetos de estos chistes y anecdótarios. Por eso Eligio, el humor y amor de nuestras cotidianidades del pueblo/pueblo estarán obligados, de ahora en adelante, a ser libertarios, independentistas, anti-racistas y anti-esclavistas frente a los poderes transnacionales de la globalización que hoy pretenden mantener su Santa Alianza contra Venezuela, contra Haití y contra todos los pueblos originarios y sus descendientes actuales desde Alaska y tierra del fuego.

El llamado humor criollo no puede ser para ridiculizar a los de abajo –indios, negros, mujeres y locos del pueblo– y exaltar y glorificar a los de arriba: a los blancos, a los ricos, machos cabríos

y demás vertientes de los sectores y clases dominantes, con sus emporios imperiales, patriarcales y de usurpación colonial como Inglaterra y los Estados Unidos.

Me ha participado nuestro entrañable amigo y compañero de luchas, Eligio González, hoy Cronista del Municipio Piar, su interés inmediato de enviar a la imprenta unas crónicas, anecdotarios populares, chistes, travesuras y relatos enmarcados en la historia local de Upata, con su toque de humor y amor al terruño. No sin antes anidar en el misterio para algunos indescifrables de su magia, en los mitos y leyendas de sus viejos y actuales chamanes.

Upata es en pemón “mi patria chica”, mi tierra, sentido de arraigo y de comunión con el universo. Arraigo, identidad y sentido de pertenencia, donde lo telúrico y lo cósmico encarnan nuestras lenguas maternas y las filosofías indias del buen vivir... así hablemos en castellano, nunca debería estar ausente el recostar la cabeza en la almohada del terruño, que nos vio nacer o que nos recibió un día venido de otros mundos.

Donde lo local y regional, lo nacional y continental, lo guayanó-amazónico, lo llanero, lo andino y caribeño cuelgan sus nidos de los mismos bejucos, de esa venezolanidad proteica, floreciente, una y diversa, en sus múltiples mestizajes, pero irredimiblemente indianista y bolivariana. Asediada y bloqueada por los mismos buscadores de El Dorado de ayer y de hoy.

Es del interés de Eligio, como me ha comunicado, evaluar en qué medida el imaginario popular en los chistes, cuentos y humoradas de la cotidianidad, traducen la internalización de la cultura y clase dominante y en qué medida, liberan potencialidades realmente terapéuticas y liberadoras.

En qué medida están imbuidos en los imaginarios de los mismos Colón, colonos y encomenderos que supuestamente descubren el “paraíso terrenal” en las costas de Paria, o ya mirando Guayana adentro con los ojos de su Walter Raleigh, su Diego de Ordaz, su

Alonso de Ojeda, con patentes de corso para saquear, matar a condición de suscribir y anexar las llamadas “tierras vírgenes”, –o “sin gente”– al imperio de turno, para convertirla en “tierra en desgracia” de sus “indios sin alma” y de nosotros, sus actuales descendientes por parte de los viejos y nuevos buscadores de El Dorado, que en el decir de Eduardo Galeano, pronunciaban 10 veces la palabra “Dios” o de “Nuestro Señor”, mientras se encandilan con los ojos desorbitados y fuera de sus cabales, para pronunciar 10 mil veces más la palabra “oro”, y ahora, la palabra “dólar” ... O lo que es igual la nueva idolatría, encarnada como el “nuevo becerro de oro”.

La historia insurgente y la resistencia indígena nos obliga a la siembra crítica de la liberación para acceder a un humorismo de la descolonización emancipadora, que garantice nuestra independencia cultural y social, mediante la revolución cultural, comunicacional, educativa y espiritual, en la preservación de nuestros ecosistemas tropicales y la sobrevivencia del agua y de nuestros pueblos y culturas originarias, en convivencia con los múltiples sujetos de la venezolanidad actual.

San Antonio del Valle del Yocoima. Upata (El Chapire), 14 de enero de 2024.

SAÚL RIVAS-RIVAS

Presentación

La posibilidad de ver cristalizado un sueño, depositado en las neuronas escondidas en portal de telarañas, es alcanzar un peldaño bajo la bendición de nuestros antepasados, quienes, en un momento de mi vida, fueron promotores del aliento oportuno, la ayuda necesaria, la corrección para tomar el camino adecuado, conocer su alegría al verme vestido de borla y birrete; por ejemplo, mis padres.

Esta recopilación de travesuras y relatos de Upata es el resultado de 20 años guardados como un tesoro escondido. Hoy, gracias a esta gestión revolucionaria promovida por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, a través de un acertado evento nacional titulado FILVEN, es posible visibilizar nuestro humilde aporte a la memoria histórica, con la lectura como punta de lanza al crecimiento espiritual con saberes populares.

Aprovecho para darle un público reconocimiento a mi hija Yohanna González, quien me regaló su tiempo de madre y educadora para transcribir estas líneas, gracias a Dios.

También agradezco a Jessica Galaz, chilena que se casó con Venezuela y es activa operadora del MPPC en el municipio Piar.

Travesuras

I

A mediados de los años 70, cuando el caudal del Rio Yocoima se mantenía en plenitud de crecida como era costumbre que una muchedumbre pudiera bañarse en el tramo El Pasito, Luis Alberto “Culito” Siso, después de salir de sus quehaceres estudiantiles del Liceo Tavera Acosta fue a darse un chapuzón, pero no previno que Elio “Chamanaja” Méndez al verlo metido en el agua, corriera a darle aviso a Doña Del Valle Siso. Esta recia dama se armó con un grueso mecate, llegó a orilla del río y gritó: “Luis Alberto salte de ahí, vagabundo” y para obligarlo a salir le agarró la ropa con lo cual se vio en la necesidad de tomar la orilla, pero temiendo el castigo emprendió una veloz carrera y todos los vecinos lo vieron totalmente desnudo, desde El Pasito hasta su casa ubicada en las inmediaciones de la cancha miranda.

Por supuesto, no se salvó de una soberana paliza y, en desquite a esa travesura, por más de un mes anduvo buscando a Chamanaja y cuando lo “pilló” le asestó dos fuertes cocorronazos: “para que no seas chismoso”. Con otras palabras, no permitidas.

II

En cierta ocasión, el mítico “León de Guacarapo” Alejo Pérez, agregando historia a sus infinitas travesuras, se metió en un patio repleto de gallinas patarucas y gallos padrotes, y en un santiamén llenó un saco. Cuando pretendía salir en fuga, el dueño lo sorprendió y le reclamó su proceder, lo llevó ante el prefecto para su sanción; entonces, de una forma audaz y osada, Guacarapo respondió: “que tú querías esos animales, estaban enfurecidos y me querían picar y me vi en un fuerte apuro, por eso los metí en el saco para defenderme; así que te pido tengas cuidado con esas gallinas y gallos que son unas fieras”.

Ante tan convincente alegato, el jefe civil le otorgó su plena libertad y el dueño de las aves agarró el saco, se lo terció al hombro y se fue camino para su casa, no sin antes decirle a Guacarapo: “eres un rolo de sinvergüenza, vagabundo yo te agarro en la bajaíta”.

III

Según el relato de Exiober Fernández, como era tradición que cada familia tuviese un barbero asignad para el afeitado de los varones, su padre los llevaba con el popular Santo Cambeto o “buche de agua”, quien vivía detrás del Cementerio Municipal. Este aseguró que, de manera puntual, a fin de mes, montaba en la bicicleta de reparto a Manuel “Tamborín”, a Jesús y a él. Así que, en una de esas ocasiones, a Tamborín se le ocurrió quejarse y ante el dolor que sentía dijo en voz alta: “coño, me vas a romper el cuello”, debido a que el barbero lo trasquilaba con la máquina manual. Su padre que estaba leyendo un periódico, no dijo nada, solo bajó la lectura y lo observó.

Sin embargo, al llegar a la casa le preguntó: “mira, Manuel ¿por qué dijiste esas palabrotas?”. Él le respondió: “papá, sentí que me rompía el cuello”. En respuesta a esa queja, lo hincó en la sala y le

dio cuatro correazos. La próxima ocasión que fueron a afeitarse con “Santo Cambeto”, Tamborín resistió en silencio la embestida de la máquina en manos del barbero y para ñapa, sintió una ráfaga de agua en la cabeza, lanzada de una buchada que tomaba en la boca. Todo fue aceptado en silencio. Tamborín alegó: “eso demuestra que antes había gobierno y respeto familiar”.

IV

Otra de Tamborín –también narrada por su hermano Exiober Fernández– afirmó que, en cierta ocasión, cuando se celebraba el acto del Día del Árbol, los alumnos y alumnas que formaban parte de los desfiles, sufrían mareos y desmayos, los cuales eran atendidos de manera especial. Así, una niña al entonar el Himno al Árbol, se desmayó y prontamente fue atendida con un vaso de leche y un ponqué.

Esto lo quiso imitar el travieso Tamborín. Así que, de forma dramatizada, cuando le tocó entonar la estrofa del Himno, solo cantó: “al árbol debemos...” y se desmayó. De igual manera, una atenta maestra de la escuela José Antonio Anzoátegui, le suministró un vaso con leche y un succulento ponqué, pero la emergencia fue notificada a la madre del niño afectado. Así que cuando lo llevaron a la casa, ella preguntó qué le había pasado y dijo que se vino sin desayunar, entonces la enfurecida dama le espetó: “¿cómo tú vas a decir eso, sinvergüenza? Si yo madrugué para darte dos bollos con huevo y queso, con tu respectiva taza de café con leche antes de irte” y le dio una surra de correazos como corrección y escarmiento.

V

El productor agropecuario y mecánico de CANTV en Upata, Bladimir Pérez, una noche que regresaba de su fundo San Andrés, ubicado en el sector Guacamayo, al pasar el puente que atraviesa el Río Carichapo, observó un animal de gran proporción parado en plena carretera. Al darse cuenta de que es un chigüire, lo embiste con el camión y logra impactarlo en la cabeza. Como iba en compañía de su esposa, la profesora Maricris Ascanio, le dijo: “bájate y ayúdame a subirlo”. Ella le respondió: “ese bicho es muy grande y yo no puedo alzar peso”.

Por tanto, sudó la gota gorda. Después de más de una hora en sucesivos intentos, logró meterlo en la parte delantera; Maricris, durante el recorrido, soportó llevar los pies montados sobre el lomo del animal para evitar que en la alcabala de La Romana pudiesen detenerlos con el sorpresivo cargamento.

Al llegar a Upata, todo sudoroso y la ropa empapada de barro, Bladimir pronunció: “gracias Dios mío, me regalaste este gordo chigüire para celebrar hoy, primero de mayo, mi cumpleaños y se salvó el becerro que se quedó amarrado en la mata de chaparro”. Todos rieron a carcajadas.

VI

En una tertulia celebrada por los 20 años de fundada la escuela Nuestra Señora Virgen de Coromoto, propiedad del profesor José Daniel Senra Bolívar, durante una sesión de contar anécdotas de Upata, intervino el diputado a la Asamblea Nacional Américo de Grazzia. Aseveró que, en el gobierno de Raúl Leoni, Sócrates Hernández Senador en representación del estado Delta Amacuro, le planteó al primer mandatario nacional que le diera un permiso para instalar una emisora radial en Tucupita. El presidente le respondió:

“te voy a dar dos concesiones con la condición de que abras una en Upata”, y fue así que los upatenses pudieron disfrutar de la primera estación radioeléctrica con el dial 820 AM y fue bautizada con el nombre de Radio Guayana el 15 de diciembre de 1965.

VII

Un día de campo el Negro Pérez, dueño del fundo La Matica, salió a pescar en compañía de su hijo Miguel. Como a las 4 de la tarde le dice al chico que regrese a la casa porque se iba a quedar cazando un venado, y las cinco guabinas capturadas se podían dañar. El muchacho se vino en un manso burro, pero cuando pasó el tramo de la Escondida, se dio cuenta de que los peces se le habían caído por un hueco que tenía el saco; Miguel quiso reparar la perdida y se puso a pescar en una laguna, sin embargo, al poco rato vio que venía su papá en el caballo y sin pensarlo dos veces se puso a llorar desconsolado, el Negro Pérez le preguntó: “¿qué te pasó muchacho?”. Audazmente le respondió: “bueno, me puse a pescar y el burro me comió las guabinas”; el comprensivo padre valoró la travesura del chico, resistió la risa y le dijo: “a este burro lo voy a llevar para que lo inscriban en el libro record de Güines, porque se comió las cinco guabinas y las dejó todas regadas en el camino, vámonos para la casa rolo de pícaro, tu mamá debe tener los bollos listos”.

VIII

Les cuento una travesura de Pedro Pava González, genuino hijo del semillero. Entre chanzas y carcajadas relató que un día pasó por la bodega de Tomás “Acure” Herrera ubicada en el barrio San Antonio, se le habían dañado 5 kilos de carne debido a una interrupción eléctrica. Él le pidió un favor para

que le botara la carne podrida, para lo que se ofreció gustosamente, pero se montó en su moto y buscó la compañía de Spitiar el “enano”, José Luis Peña, José “Kulei” Siso y se le agregó Rafael “Bobe” Acosta que se encontraba en el Samán de la Calle Miranda.

En lugar de botar la carne inventaron irse para La Estancia, Club que estaba en construcción a cargo de Noel Moreno; se fueron convencidos de preparar una succulenta parrilla a la criolla con la “pichi” pichona. El caso es que “Bobe” se incorporó sin saber la situación de la carne, le preguntó al Pava: “¿qué es eso de pichona?”. Le respondió sin inmutarse: “ese es un neonato que me regaló Acure y vamos para La Estancia a asarlo”. Por tanto, entusiasmado, se fue con ellos; sin embargo, mientras encendían el fogón, no resistió la curiosidad de descubrir qué había en la bolsa donde guardaban el manjar. Al meter la mano en la bolsa y oler profundamente se dio cuenta de que la carne estaba de color morada y putrefacta y gritó: “ustedes son unos cochinos, yo no voy a comer esa porquería”, pero la pandilla aderezó la carne pichona con cualquier cantidad de ramas y aliños y se dieron un gran banquete; con la desgracia de que el único que sufrió de vómitos y diarrea fue “Bobe” sin haber probado ni un bocado.

IX

Otra del “Pava” según su testimonio, en una oportunidad, Acure le dio un cochino para que lo ayudara a descuartizarlo, con la condición de darle la cabeza. Inmediatamente se aplicó en cortar las piezas del marrano, pero al culminar la tarea, el sorprendido comerciante se dio cuenta de que el travieso Pava le había cortado toda la carne de la paleta pegada a la cabeza. Solo dijo: “eres un vivo, me llevaste la ganancia en ese corte”. Por respuesta, Pedro González, se defendió

al decir: “discúlpame hermano, más loco eres tú, bien sabes que yo no sé realizar este trabajo, porque mi profesión es albañil”, y se dio un banquete con fritura de cochino fresco, debajo del Samán en la calle Miranda, reunidos con sus amigos.

X

De aquellos tiempos de serenatas al pie de ventanas, Cristóbal Peña relató que una noche andaba junto a un grupo de muchachos contemporáneos, después de cumplir con las rondas programadas a las muchachas; en el momento en que procedían a despedirse en frente de la casa de Oscar Ñuto, colindante a lo que es hoy la cancha deportiva del Club Miranda, Juan Díaz le pidió a Cristóbal para dar una última serenata en El Corozo, él se negó alegando que se sentía cansado. Esto molestó a Juan y en un arrebato de ira le quitó el cuatro y se lo rompió en la cabeza.

Cristóbal rememora que no dijo nada porque Juan Díaz era un fornido hombre de gran temple y carácter, pero se le fue acercando poco a poco y cuando lo tuvo a una distancia prudente, le pegó un derechazo en la mandíbula que lo dejó fulminado. Oscar Ñuto, testigo de esta anécdota le dijo: “que buen golpe Peña, mira cómo cayó de piraguita, parece dormido en su cama”. Por supuesto, el noqueador corrió a su casa a dormirse antes de que se despertara el quiebra cuatro.

XI

De mitos conocidos en Upata, el popular Piano Macuarisma recordó que fue bien mentado el hombre ahorcado en una frondosa mata de copey, que estaba ubicada en un camino del sector La Esperanza-Semillero, predios del río Yocoima. Después de este incidente se

hicieron famosas y temerarias las apariciones de un guindado en noches de luna llena, asustando a los trasnochadores que pasaban por el sector. Cuenta Piano que esto ocurrió de manera sucesiva, hasta que un hombre vino de tierras lejanas al pueblo de la Villa del Yocoima. Según dice el relator era conocedor de estos misterios de espantos y aparecidos, por tanto, convivió en la comunidad y un día, a mediados del mes de mayo, nadie supo dar noticias de él, pero todos quedaron asombrados cuando, al pasar por el transitado camino, notaron que debajo de la mata de copey se notaba un gran hueco excavado.

El misterioso hecho asoció que el desconocido hombre había sacado “un entierro de morocotas de oro” y como para dar apoyo a esos mitos nunca más se escuchó que en las noches cerradas con luna llena y estrellas alguien se tropezara con el hombre guindado del frondoso árbol. A los pocos meses después de ocurrir este hecho, sin motivo aparente, se empezó a secar la frondosa mata de copey y quedó totalmente muerto.

XII

A manera jocosa Miguel Odremán, actual conductor afiliado a la Línea de Transporte Hipódromo Sur, narró que en una oportunidad su hermano Carlos “El gallero” Pérez, salió de cacería quien, al poco tiempo de andar en la sabana, cerquita a una calceta, vio que venía un zorro y quiso darle un susto de travesura juvenil; para tal fin se ocultó detrás de un grueso árbol. Así cuando el fiero animal se acercó a una distancia prudente, salió y le pegó un grito, pero para su sorpresa, el enfurecido zorro se le fue encima en actitud amenazante, por lo que el novato cazador se intimidó y salió en veloz carrera camino a su casa.

Al llegar todo sudoroso y con gesto asustadizo, alarmado le preguntaron: “¿qué te pasó muchacho, donde está la bácula?”. Y

respondió: “bueno, cuando iba pasando por la quebrada de la calceta, en la escondida me salió un tigre así de grande y casi me mata esa fiera, me salvé porque le tiré la bácula encima y no sé dónde cayó”.

XIII

La dulce señora María de Grazzia, de nacionalidad italiana, en una entrevista ofrecida confesó que por más de treinta años los muchachos y muchachas que estudiaron en el liceo Tavera Acosta en incontables ocasiones pedían pan, refresco y mortadela y se iban con la cabuya en la pata, pero pasaron los años y muchos de ellos regresan ya convertidos en profesionales, se me acercan y cuentan sus travesuras, solo nos queda echarnos a reír.

Son anécdotas que la señora María de Grazzia relata con mucha alegría y confiesa: “yo me siento como una madre que ayudó en sus estudios a esos chicos y chicas que quizá no tenían para comer y desde nuestra panadería dimos ese impulso para ellos y ellas; para alcanzar sus sueños de ser profesionales, lo que les permitió formar sus familias y trabajar en el desarrollo de este bello país.

XIV

En una ocasión, después de una tertulia celebrada en la casa cultural María Cova Fernández, a eso de la una de la madrugada, el poeta guayanés Rafael González, el abogado Alberto Mathison y el cronista Ángel Romero continuaron con una conversación sobre sus años de infancia. El poeta recordó su dura vida cuando fue becerrero en su lar natal de Guri; el inquieto Mathinson dio una cátedra entorno a los derechos ciudadanos con referencia al área laboral y habló de cuando vendía queso por las calles de Upata en compañía de Sady

Silva. Por su parte, el cronista Romerito entonaba con insistencia canciones del inmortal Carlos Gardel.

La anécdota ocurrió porque Mathinson, un tanto cansado con los ensayos de Romerito, no terminaba de arrancar con “Mi Buenos Aires querido”, le quitó un viejo cuatro que cargaba el poeta guayanés y, para su sorpresa, le dio hermosas tonadas acompañándose con canciones románticas. Entonces el poeta para no quedarse atrás, con su voz apacible dijo: “préstame un momento el cuatro, doctor, para entonar una cancioncita que me quitaba el sueño, dedicada a una bella morenita” y se dio gusto en la solitaria noche, bañada con una fértil cosecha de estrellas que parecían comerse la torre de la iglesia San Antonio de Padua.

Un tanto picado Romerito, porfió y dijo: “creo merecer el honor de cantar mi tango preferido, teniendo como testigo el aposento de Simón Bolívar, Cristo Redentor consagrado en esta iglesia y la palabra hecha poesía en los tangos de Gardel” y sin más, a capela como todo un tenor, elevó la voz y en el silencio nocturno, hacía eco en la intersección de las calles Sucre y Libertad. Sin embargo, antes de terminar el tango, se presentó una patrulla de policía con sus relucientes uniformes color caqui, quisieron llevarse presos a los artistas; por tanto, Romerito espetó: “con su debido respeto, señores agentes, aquí no le estamos faltando a nadie, somos gente de reconocida solvencia moral, él es el poeta guayanés, el Dr. Alberto Mathinson, abogado defensor de las causas nobles; este muchacho es el periodista Eligio González y yo soy el cronista de Upata”. Por tan convincente explicación, los agentes pidieron disculpas y emprendieron su retirada. Y la parranda siguió.

XV

Luis “Culito” Siso, reconocido profesor de Educación Física y destacado jugador de fútbol, quiso aportar anécdotas ocurridas en Upata.

Al respecto, relató que en una nutrita cosecha de naranjas, toronjas, mandarinas y limones que tenía el Doctor Cristóbal Laprea detrás del cerro El Corozo y Monserrat, un día un grupo de muchachos de la calle Miranda, sector la Esperanza, se fueron preparados para “cosechar gratis”. Sin embargo, el travieso Elio “Chamanaja” Méndez quiso jugarles una mala treta a sus compañeros, porque mientras el grupo se adentró en el sembradío a meterse entre las camisas las frutas, él se quedó en la entrada y después de que tenía una gran cantidad en su poder empezó a gritar “aquí están robando” y emprendió una veloz carrera de huida.

Cuando los demás muchachos lo alcanzaron le reclamaron su mal proceder y él se puso a reír, además puso como condición: “nadie le da a nadie, cada quien se come lo que agarró”. Sin embargo, su travesura le salió bien cara, porque cuando peló su primera gran naranja y la probó, notó el agrio sabor y todos los demás se pusieron a vitorear y le decían: “nadie le da a nadie, cómete tus limones lava gallos”.

XVI

En el funcionamiento del diario *Nueva Prensa de Guayana*, corresponsalía del sur, sede Upata, cuenta el reportero gráfico Fernando Silva que en una oportunidad hizo llave de trabajo con el periodista Álvaro Pérez “Perecito”. Era común que el diminuto caballero se parara al frente de los grandes ventanales en el primer piso del edificio Yocoima, con su consabida expresión: “caramba Fernando, en este pueblo nunca pasa nada” y en la redacción esperaban las notas desde esta corresponsalía, porque había que llevarlas diariamente en un transporte. Esto ocasionaba desesperación en Fernando, por tanto, se convertía en un aliado en la búsqueda de las informaciones.

El hecho anecdótico ocurrió cuando un día sucedió un accidente con saldo de heridos y muertos vía El Manteco. Entonces,

el chofer que estaba asignado salió en veloz carrera en compañía de “Perecito” y Fernando Silva, con la finalidad de llegar al sitio y cubrir el suceso con buenas tomas fotográficas y datos en el lugar de los acontecimientos. Sin embargo, Álvaro “Perecito” Pérez que se había mantenido en silencio, de repente les dijo casi a gritos: “un momento, hazme el favor y te paras de inmediato”. Por tanto, el sorprendido chofer detuvo la marcha del vehículo y le preguntó: “¿qué pasa?”. Por respuesta, el periodista con notable disgusto le respondió: “me haces el favor y dejas esa loca carrera, recuerda que nosotros vamos a buscar una noticia, no a convertirnos en noticia, esa gente ya tiene su diagnóstico de muertos, estamos claros”.

A partir de allí, el vehículo fue conducido con mucha parsimonia; por supuesto, cuando llegaron al lugar del suceso, no encontraron ni rastros ni datos de lo ocurrido. Los cuerpos de seguridad y de rescate ya habían hecho su trabajo.

XVII

Ramón Ponciano Álvarez, autor del Escudo del Municipio Piar, elaborado en el año 1962, en honor a los 200 años de fundada la ciudad de Upata, gracias a un trabajo solicitado por Virgilio Bártoli, presidente del Concejo Municipal, narró que después de hacer un largo periplo en la ciudad de Caracas y Ciudad Bolívar, regresó a su pueblo natal de Upata. “Recuerda que yo soy un lagunero”. El reconocido artista upatense quiso anotarse en los 250 años de fundada Upata con esa referencia histórica de ser el autor del Escudo Municipal de Piar. También compartió el hecho de que siendo operador de la empresa Café Yocoima, propiedad de don Ramón Salazar, ubicada en el sector La Laguna, actual avenida Bicentenario, fue el primero que tostó 15 kilos de café en su apertura.

XVIII

El sempiterno explorador de muchas cuevas, minas y mensuras, Fabricio Timoteo Rodríguez, nativo de Upata: “yo dejé el maruto aquí mismo en las riberas del río Yocoima y como cosa fabulosa, aprendí a leer a los 16 años de edad. Para ello todos los días iba a la casa de Bertha Paiva, algunas veces me sentaba en una lata de aluminio y otras en un rústico taburete”. Afirmó Timoteo, como es conocido en el ámbito de la exploración, que después de tener un rudimentario conocimiento de la lectura y escritura: “un buen día me presenté a las oficinas del Ministerio de Obras Públicas (MOP) y le dije al jefe que no me pagaran nada, yo solo quería aprender los secretos en el manejo de las maquinarias pesadas, eso sucedió a mediados del año 1942”.

Confesó que después de aprender a manejar las máquinas pesadas fue contratado por la empresa Iron Manny Company en El Pao, después de trabajar seis meses se retiró. “Esto me permitió viajar por casi toda Venezuela y tener la satisfacción de trabajar en proyectos de exploración. Allí está la anécdota, que cuando se quieren alcanzar sueños, debemos sacrificarnos, sin ver para atrás”.

XIX

En la celebración de los 200 años de fundada Upata, se construyó la nueva plaza Bolívar que ostenta en la actualidad. Al respecto, Cristóbal Peña afirmó que fue testigo cuando una mañana, a eso de las 8, observó que un hombre ataviado con traje gris y sombrero tipo “pava” se presentó a donde una cuadrilla de hombres que pegaban unas estacas y les preguntó por el encargado de la obra. Al responderle que había salido, solicitó su inmediata presencia, cuando llegó, el funcionario le dijo: “yo soy Leopoldo Sucre Figarella” y sin mucho protocolo sacó un plano gigante y lo colocó en el capó de un

vehículo. Con muchas verificaciones y observaciones de esa obra, exigió al contratista de nacionalidad italiana que demoliera todo lo que estaba construido y acatara las especificaciones registradas en el croquis aprobado. La orden fue cumplida y la Plaza Bolívar fue inaugurada de acuerdo a las recomendaciones del exigente ingeniero, quien dictó cátedra en la realización de infinitas obras a lo largo y ancho de la geografía nacional.

XX

Da cuenta Pedro González que una vez fue contratado por su primo Domingo Malavé, en ese entonces, empleado de ferrominera para realizar un trabajo de albañilería en su casa, en la Urbanización Carlos Enrique Álvarez y se llevó como ayudante a Luis “Caricari” Rondón. La anécdota se concreta al momento de ir a comer el desayuno, porque la esposa de Domingo les sirvió dos huevos y una arepa, entonces “Caricari” en actitud molesta manifestó: “con su debido respeto, señora, esta comida no es para un hombre que va a batir 12 carros de mezcla, esa dieta es para un boxeador y yo no lo soy” y sin más se retiró de la mesa.

Por tanto, la dama se vio en la necesidad de preparar un bistec aderezado con ensalada verde, arepas y para tomar avena y lo volvió a llamar. Después de comer dijo: “ahora sí voy a trabajar como manda la ley, muchas gracias”.

XXI

Cristóbal Peña, popularmente conocido como “Grillo” por sus andanzas de cantante romántico y “Mano de seda” por habilidades en el juego de dominó, afirmó que en el Club La Pomalaca, ubicado en casa de la familia González Peña, en la calle Miranda, ocurrió una

divertida anécdota; porque la pareja integrada por Cipriano (Piano) Macuarísma y Cristóbal Peña Junior recibió en una partida cuatro zapateros de forma consecutiva, lo cual culminó la rivalidad que se mantenía desde hace varios meses.

Para remate, el otro día enfurecido por haber recibido semejante afrenta, Piano despertó a Cristóbal a las seis de la mañana para volverlo a retar. Debido a que no encontró la pareja con la cual había pegado cuatro zapateros, convocó a Pedro “El Pava” González y el primer partido jugado fue otro humillante zapatero, sumando cinco de manera seguida. Esto ocasionó que Piano jurara su retiro oficial de esta disciplina. Para suerte mía, fui el compañero de Cristóbal Peña en esa hazaña, que se mantiene como récord en esos predios.

XXII

Para nadie es un secreto que, en Upata, todos los nativos le dicen a la popular catalina “cuca negra” o “cuca blanca”, según la confección y color de sus ingredientes utilizados en su fabricación, acompañadas con queso telita guayanés, siendo toda una delicia de referencia nacional, con su respectiva alusiva intencionalidad. Por eso, un jovencito en transición a la adolescencia se anotó para la historia de este trabajo de anécdotas en los 250 años de fundada Upata –según el relato del travieso Pedro González–. En una oportunidad habló con su sobrino José Luis “El chivo” Guevara y le dijo: “mira chivo, ya es momento de que dejes de andar detrás de las cuatro pezuñas, aquí en el barrio hay muchachas que pueden darte otra visión de la vida” y le recomendó a una chica, por razones obvias nos reservamos su nombre.

El imberbe chico, sin ningún tipo de astucia, se acercó a donde se encontraba la muchacha quien estaba jugando barajas “chichón”. Desde una distancia prudente al grupo alrededor de la mesa le dijo: “hazme el favor”; ella se paró un tanto sorprendida y le preguntó:

“anda, dime rápido que estoy perdiendo. ¿Qué tú quieres chivo?”. Y sin tapujos, respondió: “quiero una cuca blanca”, por respuesta recibió una fuerte cachetada que casi lo derriba.

Ante el asombro de los que se encontraban jugando, “el chivo” se fue todo sorprendido y llegó al samán donde estaba el grupo, inmediatamente le preguntaron: “¿Qué te dijo?”. Entre un evidente desconcierto, respondió: “ustedes son unos malos amigos, cuando le pedí lo que me dijeron, ella se puso bravísima y me pegó un golpe en la cara que casi me saca los dientes”. Entonces uno de la pandilla le dijo: “anda y pídele perdón, explícale que tú querías era una catalina blanca de esas que venden en la bodega de sus padres”. Por supuesto, temiendo otro pescozón, se quedó quietecito debajo del samán.

XXIII

En una ocasión, cuando Wilmer Peña trabajaba en el taller de su padre Cristóbal Peña, ubicado en la calle Miranda, le jugó una broma a un niño de 6 años de edad de nombre “Chicho”. Sucedió que una gata parió dos gatitos blanquitos, entonces el travieso Wilmer le dijo al chico que eran sus hijos y debía buscarles su diaria alimentación. Por tanto, incurrió en decisiones de una total abnegación paternal para cumplir con sus responsabilidades de manutención a los dos mimos. Así, en la casa de la señora Nelia Espejo, empezaron a desaparecerse algunos alimentos sin que nadie asumiera su responsabilidad ni el destino que tomaban. El primer caso fue la pérdida de un jugo de parchita preparado para el almuerzo, lo habían dejado encima de la mesa. El niño pasó en silencio y se lo llevó a los gaticos. Por más que buscaron y preguntaron, no pudieron dar con el complemento alimenticio.

Mientras tanto, Wilmer Peña se daba vida tomándose el jugo en su casa, haciéndose pasar por un gato recién nacido. El otro día

nuevamente le dice al chicho que los gaticos, que son sus hijos, lloran de hambre; entonces entra a la cocina y cuando estaba sacando cucharadas de leche para vaciarlas en una bolsa, lo sorprende Nelia y le pregunta: “¿para dónde tú llevas esa leche?”. Y con toda normalidad le responde: “para los gaticos que tienen hambre y Wilmer me pide la comida”. Por lo que la negra fue a reclamarle el porqué de esas peticiones y con una sonrisa paciente, le dice: “esto no es nada, ayer almorcé divino con jugo de parchita, ese muchacho va a ser buen padre”. La negra le dijo: “por fin se aclaró el misterio sobre la desaparición del jugo de parchita, tú sí eres cómodo, Wilmer”. Luego se fue para la casa y le reclamó al niño: “me haces el favor de no estar creyendo en todo lo que digan personas que no son de la casa”. Por toda respuesta le dijo: “¿y los gaticos se van a morir?”.

XXIV

El médico veterinario y ex alcalde del Municipio Piar, Julio Malavé Lanz, explicó que debido a la gran visión estadística y aplicación de una gerencia exitosa del Ingeniero Leopoldo Sucre Figarella cuando fue ministro de Estado y presidente de la Corporación Venezolana de Guayana, los upatenses hoy día pueden disfrutar de un servicio de agua potable con un potente caudal desde la toma ubicada en el sector Chiripón, área del lago de Gurí conectada a la planta de tratamiento en Santa Rosa y es depositada en el tanque de distribución, ubicado en Monserrat.

Julio Malavé dijo que él asumió el cargo como alcalde del Municipio Piar el 1° de enero de 1990 y desde ese mismo momento hizo contactos técnicos y de factibilidad para instalar un servicio de acueducto que pudiese suministrar agua suficiente a la población. Fue así que su administración, junto a las fuerzas vivas de la ciudad, rechazó una propuesta que promovía una aducción desde la represa El León. Por tanto, después de cumplirse todos los trámites

del levantamiento topográfico, recursos económicos necesarios y procesos legales se hizo realidad la histórica instalación.

El acto de inauguración fue en agosto de 1992, en el marco de las ferias agropecuarias, con la presencia del presidente de la República Carlos Andrés Pérez, comitiva de ministros, el gobernador del estado Bolívar, Andrés Velázquez y Leopoldo Sucre Figarella. La inauguración oficial estuvo a cargo del primer mandatario nacional y las formalidades protocolares las realizó el alcalde Julio Malavé Lanz, con una proyección de utilidad de servicio para 20 años de esta planta que fue instalada en el sector Chiripón, bombeo hasta Santa Rosa con un tanque de almacenamiento ubicado en Monserrat.

XXV

Hoy la bella dama Heylin “Chili” Navarro, técnico superior en informática, comparte vida con Jonni Acevedo y su hijo Aarón. Así que asumiendo su chispa jocosa con la particularidad de reírse de sus travesuras infantiles comentó que ella creció al cobijo de sus abuelos maternos: Jesús Delvalle Odremán y Andrés José “El negro” Pérez. Como nieta consentida dormía con ellos, pero en la noche tenía la costumbre de levantarse con ganas de orinar, entonces “ma Jesús” le sacaba un envase llamado bacinilla y debido a que era de peltre “aquellos sonaba haciendo un ruido espantoso, eso se repetía todas las noches”. La anécdota se presenta debido a su “gran secreto guardado”, el cual consistía en creer que cuando la llamaban a comer, como el plato era de peltre, ella para sus adentros decía que era el mismo envase en el que ella orinaba todas las noches. Por tanto, “ma Jesús se molestaba y le daba una cantaleta” y decía: “esta muchacha sí es mala boca, si sigues con esa manía te vas a morir, ya se te ven las costillas, igualita a una vaca vieja”.

La popular y traviesa Chili hoy disfruta de sus charadas, pero quedó marcada con el material de peltre, hasta el punto de que no

bebe agua, jugo o cualquier otro alimento líquido si no es un envase de vidrio: “de peltre ni loca” .

XXVI

El profesor y músico Ángel Resplendor, actual director de la estudiantina Mimina Rodríguez Lezama, relató que a los 18 años de edad le ocurrió una sufrida anécdota. Sucedió que cuando ingresó a la banda musical “Juan Vicente Gutiérrez”, en condición de ejecutor del clarinete, también como empleado de Sidor, lo llamaron a formar parte de la estudiantina de esa factoría. Así, un día que iba a ensayar a Sidor, cuando se bajó en el cruce de la 45 en San Félix, a eso de la cinco de la tarde, un cordón de agentes policiales practicaba una recluta para selección al servicio militar, Resplendor fue retenido. Como situación curiosa, un policía le pregunta: “¿qué llevas en ese maletín?”. Y respondió: “es mi clarinete, yo soy músico y voy a ensayar a la estudiantina de Sidor”. El policía le dijo en forma burlona: “oye, qué bien, así mañana te corresponde tocar la diana en la cuadra”. El otro día, a la seis de la mañana, cuando ya se disponían a cortarle el cabello a todos los jóvenes retenidos para enviarlos a la circunscripción militar en Ciudad Bolívar, un mal encarado policía se le acercó y le preguntó:

—¿Qué tú llevas en ese maletín que tanto cuidas? ¿Ni siquiera dormiste anoche?

El asustado Ángel Resplendor confiesa:

—Yo soy músico empleado de la Gobernación, ayer iba a ensayar a Sidor en la estudiantina.

El agente le dice:

—Caramba, muchacho tenías que haber dicho eso ayer mismo y no hubieras dormido aquí. Anda, vete rápido para tu casa que aquellos tres tipos con cara de pocos amigos están planeando arrebatarte el maletín, porque creen que eres un vendedor de prendas y relojes.

XXVII

Ángel “Romerito” Romero, en su condición de educador jubilado, historiador y cronista de Upata, al referirle el trabajo de recopilación de una anécdota, inmediatamente dijo: “mi vida toda es una sucesión de un largo anecdotario, con especial dedicación a la educación y la investigación como norma de trabajo. Como yo jamás en mi vida había tenido vehículo, después de muchos esfuerzos, cuando la situación económica mejoró, compré un viejo Jeep y andaba por las calles de este pueblo, algo parecido a un llanero en la sabana. Además, en esa época todavía no habían colocado el control de semáforos”. La anécdota ocurre un día cuando Romerito salió desde Banco Obrero para el centro de Upata, después de realizar las diligencias programadas, visitar la casa cultural y charlar con unos amigos, a mediodía regresó para su casa, pero la situación fue de alarma, porque su esposa Carmen, al verlo llegar a pie, le preguntó: “Ángel, ¿qué pasó con el carro? ¿Te lo robaron o ya se dañó?

Por respuesta, le respondió:

“Bueno, tú sabes que toda mi vida yo he andado a pie, ese bicho lo dejé en la Plaza Bolívar”. Por supuesto, al regresar, el flamante Jeep estaba sombreando debajo de frondosos árboles con las llaves pegadas al suiche, a la espera de su olvidadizo dueño.

XXVIII

En versión de Obdulio González, con tendencia de mito, dijo que después de que el nativo Yocoima se uniera a su compañera indígena, ella al ver construido su bello rancho, labrado por las manos de su amante esposo, le pregunta: “¿qué nombre llevará nuestro nido de amor?”. Él, con cierta sorpresa, le responde: “se llamará Up-ata”. Es bien conocido que Up-ata, en la lengua indígena pemón, significa

mi sitio, mi lugar, mi terruño que identifica el gentilicio de los upatenses, nacidos en 250 años de fundada Upata.

XXIX

Otro mito con apego a ritos, leyendas y fe religiosa, es la devoción que se profesa al ánima de Parasco, con una capilla construida en el sector rural de Altagracia. Al respecto, el cronista Ángel Romero aclaró que Parasco era nativo del estado Monagas, quien llegó a estas tierras en una de esas tantas revueltas de revoluciones liberales y alzamientos guerreras. Al pasar la razón de su incursión en Guayana, se dedicó a la actividad de comerciante y se residenció en Upata a mediados de 1898, pero no se sabe con exactitud los motivos. Tuvo un altercado con un mercader que se dedicaba al comercio en barcos. Para saldar esa diferencia, supuestamente el molesto comerciante paga a unos bandidos para que lo maten, como efecto se cumplió y lo dejaron enterrado a plena sabana.

Luego encuentran el cadáver de Parasco y descubren al autor intelectual del crimen y sus ejecutores, para lo cual fueron llevados a juicio, referencia que está registrada en el Archivo Histórico, según relata el cronista Romerito. Desde ese momento, con el tiempo, se fueron tejiendo infinitas leyendas, mitos, relatos y promesas que hoy día se han convertido en un encuentro de superstición unido a la fe religiosa del pueblo. Con un inmenso arraigo de agradecimiento por las promesas cumplidas, con ostentación.

XXX

Reynaldo “Chicho” Muñoz recuerda que su padre Sandoval, el popular “Tigre contento”, en momentos que cuidaba su crianza, un día le comentó el caso de un hombre que venía del río con un saco

lleno de material de oro, extraído de los confines de las riberas del Caroní. Como se sentía muy cansado, el minero le pidió la cola a un conductor que venía con sentido El Manteco-Upata, pero pasó sin detenerse.

Sin embargo, al poco rato de pasar sin tomar en cuenta al minero, el conductor a lo mejor consideró una bonita oportunidad para hacerse de la posibilidad de que ese hombre pudiese traer un botín en bruto de material aurífero sacado de las bullas, que en ese momento sonaban. Por tanto, decidió regresarse para obtener la riqueza de una forma fácil, pero cuando se topó con el hombre, al decirle que sí lo iba a llevar, con malicia, ya con anterioridad el minero había pensado con similar prevención: “¿y si ese cristiano me roba mi esfuerzo después de sacar oro?”. Por tanto, le dijo: “no, gracias ya no voy para Upata”. “Es mucho mejor prevenir que lamentar”, reza un popular refrán.

XXXI

La profesora Denise Alarcón, nativa del estado Táchira, narró una anécdota vivida en Upata. Sucedió que una mañana se levantó con el bostezo del sol cuando, de pronto, sintió una gran nostalgia y sin darse cuenta rememoró una calle empinada que ella recorría en su natal San Cristóbal, con reminiscencia con sus años de infancia. Comentó que esa mañana amaneció todo nublado con las serranías vestidas de mechas blancas. Sin embargo, al cruzar de la calle Páez a la Miranda, sorprendida dijo: “Dios mío, sí estoy en Upata y te lo juro de corazón, desde ese momento afirmé: ahora en verdad mi pueblo es Upata, orgullosa de vivir aquí”. Esa es mi anécdota en estos 250 años de fundado este bello terruño.

XXXII

El hechizo del valle upatense, así como atrapó a Marcos Vargas en su vorágine sobre el lomo de Canaima, la profesora Yenni Gastel un buen día agarró sus macundales de su natal estado Aragua, en busca de nuevos horizontes. Quedó imbuida entre marañas de raíces de babandi, el ritmo de cadenciosos calipsos, con su “tumbao” de danzas. Upata le dio abrigo, un título como docente y su tesoro más preciado: una bella hija.

Relata su anécdota: “ay, chico, cuando cumplí 35 años de edad empecé a ver a mis amigas, los integrantes del grupo de danzas con sus hijos y entonces decía, sin ningún atajo: yo quiero tener un hijo, yo quiero tener un hijo”. Así que después de establecer una relación amorosa, casi al mismo tiempo fue invitada a formar parte de los bailes a presentarse en la copa América, celebrada en Ciudad Guayana en el 2007, lo cual aceptó con mucho gusto y bailó como nunca en ese majestuoso evento. Sin embargo, ya en los ensayos sentía unos raros mareos, los cuales incrementaron en las presentaciones oficiales. “Las compañeras me decían que eso era la presión ocasionada por el *stress* del compromiso asumido, pero mi sorpresa fue mayúscula cuando acudí a una consulta médica y al hacerme los exámenes de control, el diagnóstico fue usted está embarazada”. Arguye Yeny Gastel: “la anécdota es que, si yo hubiera sabido que estaba embarazada, no acepto bailar jamás; ella es mi tesoro más preciado, como el mayor premio porque recibí mi título de profesional docente y su nacimiento el mismo año, un hecho inolvidable vivido en este querido pueblo de Upata”.

XXXIII

Un fin de semana, los esposos Claudio “Chilo” Aro, Mariela García y sus dos hijos invitaron a Pedro González y a Cristóbal Peña hijo

para una pesca de pavones en el lago de Gurí. Después de recorrer el trayecto Upata a Cogollar, pernoctaron en un seguro campamento, pusieron como condición que el que no atrapara un pavón, tendría la responsabilidad de cocinar para todo el grupo; sin más, quedaron en total acuerdo.

A las dos horas de lanzar anzuelos al río Mariela, Chilo y el Pava ya tenían sus muestras de pavones, el único que se había quedado sin “el testigo” era Cristóbal; entonces le rogó a su compañero de faena en la pesca que le diera un pescado de los dos atrapados, pero el pava se negó. Sin embargo, le dijo: “allá en San Félix, la semana pasada estaba reunido con un grupo de pescadores que trabajaron en alta mar. Uno de ellos comentó que cuando se pone dura la pesca, si alguien saca un animal, el de la mala suerte debe abrir el pescado y untarse la cara y todo el cuerpo con la sangre, las vísceras y agallas. Así, inmediatamente, vendría la buena dicha”. Este consejo lo tomó Cristóbal al pie de la letra. Después de embetunarse todo el cuerpo, sin perder el tiempo lanzó el guaral a las profundas aguas, recibiendo un premio a su fe, con la captura de un pavón de casi dos kilos. Por tanto, gritó: “yo no voy a cocinar, gracias pavita por tan valiosa ayuda. Ahora sí podemos irnos tranquilos para el campamento”. Como complemento, al amanecer, tenían los trenes llenos de curbinatas, coporos y copanecas.

XXXIV

Jesús Andrade, docente especialista cultural en bailes tradicionales, compartió una anécdota ocurrida en la plaza Bolívar. En una presentación del joropo guayanés, con un escenario de gran concurrencia, cuando daba a su pareja un redoble “samaqueao”, debido al fuerte giro se soltó de la dama y cayó de rodillas al piso. “Por un segundo no reaccioné, pero escuché que un viejito me dijo: arriba negro

que eso es parte del baile. Como un resorte volví al ruedo y tomé la pareja con mayor ahínco”.

Aclaró: “terminé el baile por guapo, porque la rodilla derecha me quedó como un papelón pasado de candela. Por eso, ya en el vestuario le reclamé a mi pareja, otro día: ¡caramba chica! Tenga cuidao en no soltarse”. Risas entre el grupo tras vestidores.

XXXV

La profesora Elsy Camacho de Guevara, nativa del estado Lara, compartió una anécdota lingüística de cuando, en el año 1986, viajó para Upata con la idea de trabajar dos años en la especialidad de Educación Inicial. Hoy lleva 28 abriles de vivencias en la Villa del Yocoima. Indicó que sufrió mucho en la adaptación por la forma de hablar, en comparación al léxico larense. “Por ejemplo, los niños y niñas que yo atendía, para llamarles la atención en prevenirles una posible caída al correr, les decía: si te caes, no te voy a sobar y ellos, ni pendientes, no me tomaban en cuenta la advertencia. Hasta que una colega me aclaró el error de interpretación”.

Detalló “la Guara” Elsy que la colega le dijo: “profesora, la he escuchado decirles a los niños que si se caen no los va a sobar. Eso suena raro, porque aquí estos diablillos pueden corregir su mal comportamiento si les dice que los vas a sobar; pero que no lo va a hacer, montan fiesta contigo de gratitud”. Por tanto, agradeció la aclaratoria y le explicó: “ay amiga, nosotros en Barquisimeto usamos esa frase como condición de que los vamos a levantar con una caricia y ustedes la utilizan para amenazarlos si no se portan bien o directamente les dicen: si te caes te voy a pegar”.

XXXVI

En toda Venezuela, el 29 de noviembre se vivió un estricto decreto con suspensión de las garantías. Aquí en Upata tres camaradas tuvieron la osadía de retar la vigilancia militar con rondas y patrullajes en todas las calles del pueblo. Sucedió que quien escribe esta anécdota en compañía de Gervasio “Bacho” Bermúdez y Ángel Resplendor, militantes de la liga socialista, estábamos de campaña como candidatos aspirantes a un circulo electoral al Concejo Municipal. Ese día andábamos haciendo contacto con los electores, se presentó el decreto y seguimos en la calle sin cumplir la medida de no poder circular públicamente. Y como dice el refrán: “aunque usted no lo crea”, anduvimos hasta las tres de la madrugada y veíamos los cowboys militares pasar por aquella calle, por la otra y jamás fuimos detenidos, porque no coincidíamos con sus redadas armadas. Esta anécdota es para agarrar palco y mi camioneta Dodge negra la terminó conduciendo el camarada Bacho.

XXXVII

Rafo López, viejo vate dedicado a labores del campo en la cría, agricultura y actividad ganadera en el sector rural de Guacamayo, ya está casi retirado debido a su longeva edad.

En una oportunidad, cuando yo iba para el fundo La Matica, vía Guacamayo Santa Bárbara, en el sector Villa Flor, el señor Rafo López esperaba una “cola” para su residencia. Mi acompañante, Alida Pérez, al ver mi duda por el clima de inseguridad, me dijo: “es un hombre decente, no hay peligro”; entonces, detuve el vehículo y él se montó. Después del saludo de rigor, bien preocupado narró un robo sucedido el día anterior. Este relato deja para la posteridad la anécdota. Su versión fue: “ayer un grupo de bandidos según y que se metieron en el fundo La Guayabita, esos malandros se llevaron

dos cochinas preñadas, seis pavos, gallinas patarucas, una moto sierra, también golpearon a una viejita y le robaron el bastón”. La anécdota de este relato es cuando Rafo López, en su narración, dice bien afligido: “ahora cómo va a caminar esa pobre vieja, si esos bandidos le robaron el bastón”, pero el noble hombre no tenía claro que el bastón robado no era el instrumento que sirve de apoyo para caminar, sino el podador manual empleado en las labores de limpieza y cortar malezas. Sale a colación mencionar: “ahí está el detalle”.

XXXVIII

De esas anécdotas vividas en nuestra infancia, predios de El Semillero, una tarde se desarrolló una espectacular pelea entre mi hoy apreciado compadre Servando Rivas y Youl Requena. El escenario fue en el terreno donde hoy está la cancha deportiva del Club Miranda. Esa anécdota se cumplió porque Servando le tenía “la caña agarrada” a Youl con una constante broma en decirle “mojón picado de pollitos”, debido a la gran cantidad de pecas salpicadas en su rostro. Hasta que esa tarde, apoyado por un bando amigo, Youl se decidió y enfrentó a Servando quien pensó que lo iba a arrollar. Empezó con muchas fintas, quiebres de cintura y ágiles *jabs*, pero Youl no se amilanó y sin utilizar estilos ni movimientos técnicos fue llegando con más frecuencia al rostro de su rival. El mentón empezó a hincharse, los mocos de la nariz salían profusamente y nunca pudo encontrar la forma de penetrar la guardia del sorpresivo Youl.

La gritería de ambos bandos azuzaba a su pupilo. Al final, después de casi una hora de refriega, hubo un batacazo en las apuestas: el gran vencedor fue Youl. Así se acabaron las burlas en decirle “mojón picado de pollitos”. Sin embargo, Servando siguió teniendo su liderazgo como uno de los mejores jugadores de voleibol que ha dado el Club Deportivo Miranda. Al entrevistar a Youl Requena ya en su vida de adulto, al recordarle ese pasaje, entre risas dijo: “ya no

aguantaba más, Servando me tenía obstinado, pero ese día se rebasó el vaso debido a que yo estaba súper enamorado de Zélide Palma, aunque ella no lo sabía y después de salir de la escuela compré un heladito a donde Tomasito y se lo regalé. Entonces llegó Servando, empezó a molestarme, yo nada le decía y Zélide me dijo: tú no te defiendes de esos abusos. Allí sentí un vaporón que me subía por los pies, casi ciego de miedo le dije: vente para que pelees con un hombre. Así de simple, hasta allí llegó la de él”.

XXXIX

El poeta guayanés Rafael González, nativo del desaparecido pueblo de Guri, después residenciado en Upata, es un baluarte de un prolífico trabajo con narraciones poéticas de múltiples vivencias, paisajes, aves y toponimia en general de nuestra Guayana. En las muchas creaciones recitadas por él, un día de parrandas compartidas, cuando todavía podía tomarse un trago de aguardiente, tuve la oportunidad de conocer las menudencias de sus andanzas como un niño huérfano a temprana edad. Lanzado por obligación a la fuerte vida en el campo donde fue becerrero y ordeñador, después trabajó en Edelca como chofer de un camión y un eterno enamorado. Entre esas tantas cuitas y creaciones, él cuenta con mucha nostalgia las ocurrencias narradas en la chica adorada, donde su inspiración le brinda un sublime poema de esperanzas y anhelos. Como cosa divertida, en una de esas ocasiones de parrandas, me dijo: “mire pariente, a la gente le gusta que yo les recite ese encuentro entre una linda dama y este aporreado viejito. Lamentablemente, después de tantos ruegos, la convencí y hasta me dijo que me iba a querer, lo triste es que no me dijo cuándo”. Todavía, cada vez que la veo con los quebrantos propios de la avanzada edad, me recuerda: “¡Caramba pariente, la muchacha sigue sin darme respuesta!”. Todo un personaje el poeta guayanés.

XL

Un relato consustanciado a hermosas vivencias de una época de Upata cuando su paisaje exótico rodeaba las serranías circundantes de nuestro valle, el Río Yocoima, tenía el poder de inundar todo el pueblo, desde sus cabeceras en La Busca Tejiendo recorrido por la Laguna Larga, La Matica, El Roble, cruce en El Guamito, Paso de Margarito, El Pasito, El paso del Caballo, La Esperanza, El Semillero, Hueco Lindo, Merecure, Puente Bolívar y alargaba su cauce en su paso por el puente San Félix, barrio Maturín, hasta perderse en las brazadas en los Purgos y entregar su cuota acuífera en las embravecidas aguas de Río Caroní. Bajo este manto de referencia es oportuno, en esos 250 años de fundada Upata, recordar que el terreno donde hoy está construida la Unidad Educativa Estadal José Antonio Anzoátegui había un gran tapón y otro de similar magnitud estaba al lado donde hoy funciona una licorería en la Vuelta El Diablo. También hacia donde tiene su residencia la familia Mosquera, mejor conocida como Los Pichirilos, era una fuente de cauce que inundaba esa zona.

Lo curioso, que forma parte de las anécdotas de memorias en estos 250 años compartidos en Upata, es que cuando llegaba la época de invierno el ímpetu del Río Yocoima empujaba el desborde de los tapones, los cuales durante todo el año se mantenían con la cría de guabinas y coporos. Entonces, todo aquello se convertía en una fiesta para los chicos y adultos de las barriadas circundantes porque, regularmente de madrugada, desde lo lejos se escuchaba un conocido ronquido emitido por la gran cantidad de coporos que eran arrastrados por la fuerte corriente.

XLI

En Upata han convivido muchos hombres y mujeres, quienes han dejado un legado en diferentes tópicos de la sociedad y su dinámica existencial. Así, en la década de los años 50, llegó un joven de nombre José “Matoco” Valentín Sánchez, con la misión de trabajar invitado por un hermano y para siempre quedó atrapado en el encanto de una dama de nombre Carmen Rafaela Suárez y procrearon tres hijos: Sunilde, Xiomara y Valentín.

Matoco narró una anécdota de cuando llegó a Upata. En ese entonces se jugaba béisbol en el sector la Margariteña, lugar que hoy se conoce como Las Tres Esquinas, así que para jugar se utilizaba un pique para conformar los equipos contrincantes. “Y como yo andaba con un sombrero de cogollo no fui tomado en cuenta, pero a un equipo le faltaba uno y me dijeron: ¿tú quieres jugar? Para más compromiso me pusieron en la tercera base, entonces Elías Rodríguez soltó una bola por la esquina caliente con amenaza de convertirse en extrabases y yo me fajé con valentía, con el guante de revés capturé la bola, lancé a primera y logré un gran *out*”. Con mucha satisfacción, Matoco relató que después fue invitado seguro en las caimaneras y eventos organizados de béisbol; con equipos registrados para la época, entre ellos Barrio 19 de Abril y Santo Domingo, partido que llegó al noveno episodio empatado a cero carreras y él pegó un soberbio jonrón y dio el triunfo a Santo Domingo, una carrera por cero.

Además de esa anécdota, Matoco fue un exitoso jugador, dirigente, entrenador, estratega con los Piratas, los Indios de Yocoima, el Club Bicentenario creado en 1962 para conmemorar los 200 años de fundada Upata, entre otra gran cantidad de clubes bajo su batuta. Con una marcada participación y promotor del béisbol menor, su larga trayectoria en pro de esa disciplina valió para que su nombre fuera inmortalizado con el estadio ubicado en el sector Coviaguard.

XLII

Otra anécdota relatada por el exitoso compositor Ramón Guillen fue en una presentación solicitada por un grupo de ciudadanos que integran la colonia peruana. Después de cantar tres melodías, acompañado de su mágica guitarra, se le acercó un peruano y le dijo: “dígame cuando usted se vino de Perú porque esa forma de interpretar la guitarra solo ocurre en ese país, en nuestro Perú”. Yo le respondí que era nativo de Upata: “soy venezolano”. Sin embargo, el acaudalado hombre no quedó convencido y cuando Ramón Guillen fue para el baño, lo siguió y le preguntó: “¿será que usted mató, violó, robó o que le pasó en Perú, para venirse a este pueblo?, ese cabello es genuino de Perú, su físico. Dígame, estamos en confianza”. Por lo cual apeló por su cédula y se la mostró: “¿usted ve este documento?, dice que soy venezolano por nacimiento”. Por toda respuesta el porfiado hombre le dice: “tendrás esa cédula, esa cédula falsa, pero eres peruano y ya no hablemos más”, y no fue posible persuadirlo de lo contrario. Hoy recuerda Ramón Guillén que en su vida solo ha visitado el Perú, pero en El Callao del estado Bolívar.

XLIII

A veces cuando uno debe recurrir a la primera persona para relatar una anécdota o cualquier otro género literario, se convierte en un “ovillo” al reflejar con la mayor veracidad un acontecimiento. Así que un viernes víspера a la celebración del Día de las Madres la profesora Eunice Ríos, jefa de educación en el Municipio Piar, organizó un agasajo especial para todo el personal que tenía la dicha de ser mamá.

Yo llegué un tanto retardado como a la una de la tarde. Aquello era todo contagio de alegría, comidas, música y solo estaba en la pista el profesor Noel Gómez tratando de apaciguar a más de 20 enardeciditas damas que competían en demostrar sus dotes

de bailarinas, animadas con un popurrí de candentes calipsos. Como quien quiere y no quiere la cosa, el negrito se retiró y me dejó con aquella cayapa encabezada por “tres cuarto bates”: María Celeste Quiaro, Teresa Ruiz y Delvalle Bacadare, quienes se combinaron en rotativos turnos para dejarme exhausto, hasta el punto de que las piernas me flaquearon, la vista se me nubló y el estómago anunció síntomas de vómitos.

Gracias a Dios que la profesora Trina Varela me rescató de sus fauces y dio oportuno auxilio para una urgente rehabilitación, así pude respirar nuevamente con regularidad. Esta anécdota me pasó por no tomar en cuenta el sabio consejo: “después de comer no debemos bañarnos, tampoco ir a la cama y menos hacer esfuerzos extremos, por aquello del proceso de la digestión” y ese devastador maratón de baile fue un abuso.

XLIV

El profesor y poeta Daniel Ruiz, director académico de la UNEG en Upata, relató que una mañana decembrina su padre, Antonio Ruiz, estaba pintando la casa y como estaba subido en un barril, todo sudado por el calor reinante, le pidió a su pequeño hijo de 8 años Juan Alfredo Ruiz Correa, hoy periodista de profesión, que le trajera agua. Por tanto, de manera inmediata fue y trajo el agua, pero no en un vaso para poder bebérsela sino en un balde. Antonio Ruiz al ver lo hecho por el niño, se bajó y agarró el balde de agua y se lo vació encima, dejándolo todo empapado y confundido. Además, lo regañó: “tú eres loco, yo no te pedí agua para bañar cochino, era para beber porque estoy sudado y con mucha sed”.

El periodista Juan Ruiz Correa hoy reconoce: “eso jamás se me olvidó. Antes los padres eran brutales en el castigo a los hijos”.

XLV

En una ocasión, cuando trabajaba para nueva Prensa de Guayana, Fernando Silva y yo fuimos a entrevistar a Ortega quien tenía fama de ser muy tacaño, poseedor de una gran fortuna económica. Al plantearle que estaba interesado en difundir parte de su vida para lograr su riqueza, después de venirse de su natal Isla de Margarita, se quedó pensativo y al rato me dijo: “pero tú tienes que pagarme por eso”. Sin embargo, después de una larga conversación, accedió autorizar publicar el trabajo con la advertencia: “no te vayas a poner a inventar cosas que despierten ambición y me vengan a secuestrar”. Este empresario modernizó gran parte del centro de Upata, con edificaciones y centros comerciales. El más referente es el Edificio Ortega, al frente de la Plaza Bolívar.

XLVI

En una visita al bodegón del maestro jubilado Antonio Aro, entre la tertulia citadina le dije que estaba recopilando anécdotas y travesuras ocurridas en Upata, en sus 250 años de fundada, y para sorpresa grata él buscó en un estante un recorte de una publicación escrita por Normando Bonalde, en la sección “Crónicas de Upata” con el lema: ‘fábrica de corpiños’, de una edición aparecida en *El Camaleón*.

Por lo jocosa y recurrente de la anécdota, la transcribo en su totalidad: «un buen día Ramón Antonio Salazar, dueño del Café Yocoima, quien empezaba a incursionar en la minería y por razones de estricta cábala necesitaba un burro de carga, pero de color negro, anduvo la seca y la meca y no lo encontró. Conversando frente la panadería Central con Carmelo de Gracia, este le dijo: “allí va el que te lo puede conseguir. ¿Quién?, nada más y nada menos que el León de Guacarapo».

Alejo Pérez pidió cincuenta bolívares por su trabajo, pero se trenzó finalmente por veinte bolívares cuando un cuarto de ron valía real y medio. El mismo día, el veterano León le tenía el burro en su poder, pero esperó a las tres de la tarde, que Ramón Antonio acostumbraba a descansar y se presentó el León de Guacarapo con su burro y un mecatico.

—Dígale a don Ramón que le traje el burro negro que me encargó.

—¡Ramoncito! —gritó el comerciante desde su hamaca—. Ve a ver si el burro que trajo León es negro.

—Sí, papá y bien negro.

—Entonces dile a Felipito que le dé veinte bolívares del reparto de hoy.

El negocio se cerró con la permuta del burro y por los reales. Lo malo fue que en la noche llovió a cántaro en Upata y el burro amaneció otra vez como con algunos lamparones de negro humo. Otra vez el León de Guacarapo había hecho una de las suyas.

XLVII

Otra del periodista Juan Ruiz Correa, cuenta Daniel Ruiz que su hermano modera un programa de variedades en la emisora radial Amiga 90.9 F.M, “Joropeando con la noticia” y como él es aficionado a la astronomía, todos los días aporta datos relacionados al tiempo, posibilidades de lluvia, temperatura y el santoral referido a las efemérides históricas y religiosas. Refiere Daniel Ruiz que una mañana su esposa, Raiza Rivero, sintonizó el programa porque tenía un voluminoso paquete de ropa acumulada y quiso saber el pronóstico de su cuñado para ponerse a lavar con mayor seguridad. Entonces Juan Ruiz, como es su costumbre, explicó el movimiento astronómico, fase de luna y con mucho énfasis aseveró que iba ser

un día soleado. Por tanto, ella no esperó más y empezó a meter toda la ropa en la lavadora, con la finalidad de desocuparse temprano.

Como a las 11:00 de la mañana terminó su faena con un largo tendido de ropa. Un poco cansada de la jornada, Raiza se fue a descansar un rato. Sin embargo, se llevó una gran sorpresa porque cuando ya se quedaba dormida escuchó a su hija Danielita: “mamá, mamá, está lloviendo y se moja la ropa”. Se levantó de prisa, pero ya no se podía hacer nada, era tan fuerte la lluvia que el agua corría a cantaros. Solo quedó expresar: “perdí todo el trabajo, cuando vea a Juan le voy a cobrar por su errado pronóstico de astrónomo”.

XLVIII

Relata Cristóbal Peña, comerciante dedicado al cambio de aceite automotriz en la calle Miranda, que en cierta ocasión llegó al popular “Pellejo”, bien temprano a las inmediaciones del Mercado Municipal. Como era su costumbre y manía de considerarse un vehículo personal, acelerando de retro y hacia adelante; además, además del rostro tapado, una capa de tela a su espalda, traje deportivo y unas babuchas roídas por el diario trajinar de recorrer la ruta San Lorenzo Upata y viceversa.

Como era normal que mucha gente le diese “apoyo económico” a Pellejo para sus gastos personales, Cristóbal cuenta que después de comprar los diarios de prensa regional le quedaron cinco bolívares del vuelto, entonces se acercó a Pellejo y le dijo: “toma, para que completes el desayuno”. Inmediatamente él adelantó en “primera”, pero cuando iba a tomar el billete vio que en el reverso tenía dos agazapados cachicamos, por lo que un tanto alarmado respondió: “oh no, esos bichos son muy hediondos, yo no los quiero”. Dio una violenta maniobra con sus manos volantes, puso el retro, se alejó unos metros y colocó la primera saliendo en veloz carrera, espantado por el fétido olor de los dos cachicamos dibujados en el billete

color naranja con la nominación de cinco bolívares. Cristóbal Peña, sorprendido pronunció: “qué loco tan pretencioso”.

XLIX

Jorge Martínez, artista plástico graduado en 1983 de la Escuela de Arte Arturo Michelena, en la ciudad de Valencia, descifró a través de una anécdota la creación del escudo que representa al Municipio Piar –según su testimonio– cuando el profesor Miguel Rodríguez Luna fue Presidente del Concejo Municipal y lo llamó a formar parte del departamento de Cultura. Así, un día, visitó la oficina de Jorge Rivas, encargado de Relaciones Públicas y vio un lienzo tirado en un rincón en deplorables condiciones cubierto de polvo, sucio, con telarañas, pero le llamó la atención sus trazos que representaban emblemas del Municipio Piar. Por tanto, le dijo a Jorge Rivas que era importante recuperar esa obra. Inmediatamente habló con Rodríguez Luna, le pidió el material requerido para darle un remozamiento al deteriorado lienzo.

Significa el artista que la obra original es de Ponciano Álvarez, trazada en un cartón contra enchapado a la cual él le hizo una restauración en un formato o escala mayor. Agregó algunos elementos para darle mayor identificación del Municipio Piar con muestras de oro, diamante y retoques en el diseño del encuadre, con su respectiva distribución de los diferentes colores que lo componen. Así que esta es la verdadera anécdota histórica sobre la creación del escudo que identifica al Municipio Piar, con Ponciano Álvarez como su autor original y Jorge Luis Martínez como su restaurador.

L

José Guevara relató una anécdota pornográfica que le ocurrió junto al titiritero Luis Reyes. Ocurrió una tarde cuando estaban en un “buceo” acelerado sobre el cardumen de chicas que pasaban al frente del “Carapacho Jau-Jau” en la calle Ayacucho. Entonces Luis, al observar que venían tres despampanantes jovencitas, se infló el pecho lo que más pudo y exclamó: “Dios mío, que pasará en el cielo que los ángeles andan en la tierra” y una de ellas se volteó con cara gruñona y les dijo: “que el coño de tu madre dejó las puertas abiertas”. Quedaron estupefactos y jamás han podido superar la cruel respuesta hacia su piropo.

LI

El mecánico automotriz Luis Rondón, mejor conocido como Luis Bello, comentó que su infancia se desarrolló en predios del Río Yocoima, Merecure y El Corozo. Junto a un grupo de compañeros tenían la costumbre de salir todos los fines de semana, preferiblemente el domingo, a pedalear en bicicletas para subir el cerro Santa Rosa; eso era un reto de resistencia. Entre muchos otros iban Nelson Solano, Rafael “Pulgo” Robles, Luis Avilés.

Recuerda Luis que la única misión de esas correrías era divertirse con la travesura de tocar las campanas de la iglesia, ubicada cerca de la plaza Bolívar y salir en veloz carrera de regreso para Upata. Así que Luis Rondón contó a modo de anécdota que una vez compartía con Nelson Solano hijo y Carlos Solano, y ellos alababan las grandes facultades de su padre en la juventud, quien les había contado que en su etapa juvenil era el primero que subía el empinado cerro Santa Rosa y dejaba a todos sus compañeros atrás. Entonces Luis les dijo: “un momento, es bueno aclarar esa mentira porque tu padre Nelson Solano y yo éramos los más gorditos, y nosotros casi

gateábamos para poder superar esa ruta sin asfalto. Por supuesto, siempre llegábamos de último”.

LII

Otra de Youl Requena. Antes era bien conocido el fuerte carácter y respeto que imponían los padres, abuelos, parientes cercanos, tíos e inclusive esposas y esposos que se unían a familiares; por tanto, era normal besarles la mano con reverencia incluida. Así cuenta Youl que La Negra Requena, su abuela, un día le dijo que fuera a vender una canasta de pumalaca al mercado. Él salió con un canarí de aluminio dispuesto a cumplir el mandado, pero cuando iba en la esquina de Pablo Enríquez, calle Miranda, entre un grupo de muchachas venía Zélide Palma y como estaba en solitario, perdidamente enamorado de ella, dejó las pumalacas en la esquina y se escondió detrás de una mata de samán. A lo lejos escuchaba que lo llamaban: “ven, queremos comprar unas pumalacas”, pero él no salió y solo logró decirles: “no se vayan a llevar el canarí que es de mi abuela la Negra Requena”.

LIII

Mario Aponte relató que, en su infancia, a los 10 años de vivir en el fundo La Reforma vía El Manteco, tuvo una desagradable experiencia porque su padre Juan Aponte, tenía la costumbre de cargar un colín amolado a doble filo atado a la silla del caballo. Así que él por curiosidad se vio tentado a agarrar el colín, para ello esperó que su papá se durmiera en la hamaca colgada en el zaguán. Cuando lo escuchó roncando, tomó el filoso machete y se fue a cortar una caña, al ratito estaba con el dedo índice de la mano izquierda casi despegado.

Su papá escuchó el llanto y se despertó sobresaltado, sin embargo, no mostró ninguna compasión por su sangrante herida, solo le dijo: “nunca se te olvide que las cosas de los adultos se respetan”. Y hoy a sus 47 años de vida, cada vez que se ve la cicatriz en la mano, jamás ha olvidado esa dolorosa anécdota. “Así son las cosas”, señala el popular dicho.

LIV

Víctor Hugo Rodríguez, nativo de Colombia –Puerto López, Departamento El Meta– relató que llegó a Upata el 28 de diciembre de 1999 con el oficio de sastre y poeta delirante. A los pocos días de su estadía caminaba bien pensativo por la Plaza Bolívar, calle Sucre, vestido con un traje negro confeccionado por él a su medida. Iba en dirección a la iglesia, entonces observó que en sentido contrario venían tres bellas damas, una de ellas hizo una reverencia y le preguntó: “padre, por favor, cuando va a realizar la misa en honor a Agustín Parasco”. Él todo confundido, sin saber la intención de esa interrogante le respondió: “¿y qué mierda es esa?”.

La chica ofendida y sorprendida dijo: “Dios mío, este es fin de mundo en Upata que hasta el cura es loco y grosero”.

LV

Comenta la artesana Daysi Gil: “tengo 60 años de vida, llevo 46 dedicada a la creación pictórica con particular motivación al tema de mujeres mulatas”. Como anécdota, confesó que esa preferencia se debía a un hecho que la “marcó” para toda su existencia. Sucedió un día cuando a sus 12 años estudiaba cuarto grado en el colegio Morales Marcano; su maestra, Trina De Fernández, tenía la tradición para fin de año en época de Navidad de realizar actos culturales.

Ella relató con emoción palpable que le gustaba “bailar más que comer” y como estaba programado un concurso se inscribió; fue tanta su dedicación con hermosas figuras que sobresalió sobre las demás. Así recibió como premio una coqueta muñeca negra, pero al salir un grupo de muchachos se la arrebató. Según su testimonio: “eran los hermanos Muñiz”, ellos salieron corriendo y ella detrás llorando que le devolvieran su muñeca mulata. Toda cansada los vio que, por una ventana, se la dieron a una señora y por más que imploró a llanto suelto: “denme mi muñeca, denme mi muñeca” no se la regresaron.

Fue una travesura de los tíos del actual alcalde Gustavo Muñiz, y la muñeca se quedó en casa de su abuela, ubicada en la calle Ayacucho.

LVI

Otra anécdota, aportada por la profesora Elsy de Guevara, fue cuando recién llegada de Barquisimeto a Upata, ella traía una concepción de que para espantar a un perro “allá nosotros le decimos chito chito”. Sigue relatando: “así que un día al salir de la casa de mi suegra en el barrio Santo Domingo se me acercó un perro con intención de morderme y yo empecé a decirle: ‘chito chito’, pero el animal se acercaba con mayor fiereza. Gracias a Dios que en ese momento pasó un señor y al verme en el complicado apuro le gritó con fuerza: ¡sale perro carajo! Así, de inmediato, el perro se fue y por esa confusión casi soy mordida por un fiero animal en Upata. Por supuesto, eso no se me olvidó jamás”.

LVII

Cuando cursaba el tercer año de bachillerato en el liceo José Manuel Siso Martínez, como era costumbre caminar todos los días desde la vuelta El Diablo en compañía de Omar Alba, quien vivía en El Guamito, en ese entonces la institución funcionaba en el local del colegio Morales Marcano y yo andaba inquieto por conocer al León de Guacarapo y sus tantas travesuras cometidas en diferentes espacios de Upata. Así que un día Omar Alba me dice: “mira ese es el famoso León de Guacarapo” y allí estaba, en la calle Ayacucho al frente de la panadería Central, envuelto en su corpulenta figura con pantalón teñido, camisa en harapos y gorra terciada. Todo nervioso me acerqué y le dije: “señor Guacarapo, cuénteme una historia de esas que usted sabe de Upata”. Por respuesta me dijo: “págame primero”.

Al recibir esa inesperada respuesta quise seguir mi camino, pero la curiosidad fue tan contundente que saqué un bolívar de plata que llevaba para merendar y se lo entregué, expectante esperé su relato. “Muchacho, dime con certeza: pasa pantanos naufragos de la vida, túnica sin mojar plumajes ¿qué será?”. Al ver mi indecisión, de forma jocosa respondió: “eso es ave de rapina, bachiller” y se marchó dejando una carcajada en su lento caminar.

LVIII

El fotógrafo Fernando Silva contó que una noche después de salir del trabajo en El Tepuy, a mediados de 1991, entró al restaurante Kavanayén en compañía de Mary Delgado a quien estaba cortejando. Al poco rato de entrar, un hombre que estaba acompañado de una dama, al verlo vestido con camisa blanca manga larga y pantalón negro lo confundió con un mesonero, y le pidió un servicio de espagueti a la boloña. Fernando dijo: “como yo tenía confianza con Ziade, chileno dueño del restaurante, fui a la cocina y solicité el pedido, volví a sentarme a ver un partido de futbol de la selección nacional y continuar con mi convencimiento amoroso”.

Pasado cierto tiempo, el atrevido cliente vuelve a solicitar el servicio de dos cervezas. Fernando, sin decir nada las pidió, pero estaba a punto de reventar, lo cual ocurrió cuando el hombre a grito abierto le dijo: “mira pana, no seas desatento. Tráeme, aunque sea una sardinita de pasapalo”. Por tanto, se paró y le espetó: “un momentico, déjame decirte que yo también soy un cliente y quiero pasarla bien igual que tú y con quién andas acompañado”. La pareja le pidió disculpas y el caballero dijo: “me confundí debido a que andas vestido igual que los mesoneros. No te vayas a molestar, pero anda y busca cuatro cervezas para celebrar esta confusión”.

LIX

Andrés “Rafito” Pérez recordó que, en el año 1985, ocurrió una invasión en La Urbanización Hipódromo Sur. Así que un día, al regresar al lado de su esposa Moraima Naranjo, después de pasar muchas penurias sin un trabajo estable consiguió “una chambita” y le entregó 250 bolívares con la advertencia: “trata de alargarlos lo más que puedas, compra un buen bastimento de comida y le traes unos zapaticos y ropa a Anderson”. Después de casi tres horas regresó Moraima y antes de entrar a la casa le dijo con mucha alegría: “ay Rafito, te tengo una gran sorpresa”. Hoy él recuerda que pensó: “esta mujer seguro que consiguió ofertas en el mercado”, sin embargo, la respuesta lo dejó boquiabierto. Ella eufórica le comunicó: “compré el último disco de Julio Iglesias y una bellísima franela con su rostro, eso me costó 60 bolívares”.

Por su parte, Moraima recuerda esa anécdota y envuelta en sonora carcajada dijo: “me di un gran gusto porque estaba loca en comprar ese disco y Rafito no conseguía trabajo. Así que no iba a perder esa oportunidad y allí en Sonocolor adquirí la música de mi ídolo artístico y su bello rostro estampado en una franela. Todavía lo conservo como un bonito regalo que me di”.

LX

Cuenta Saúl Muñoz, director de la agrupación musical Karisma con K, que en una oportunidad fue contratado por Martin para las fiestas patronales de Las Cositas, en honor a la virgen Las Mercedes. Aquello estaba totalmente lleno de visitantes de Upata, Ciudad Guyana y El Manteco. Así que después de montar el equipo musical, cuando iban a cantar el primer set con la pista repleta de parejas tomadas de las manos, el cantante solista Luis Cachete se acercó y le dijo a Saúl que él no se sabía las letras, todo lo tenía en el cuaderno apuntador. Como se le había quedado el fulano cuaderno, Saúl con la furia y el compromiso asumido, salió casi corriendo a buscar su vehículo, pero algún vagabundo le había pinchado una llanta. Entonces vio un carro con fanal de taxi, llamó al dueño por el micrófono del equipo musical y al montarse le dijo: “por favor, ponle un extra porque necesito regresar con urgencia”.

Así, en el término de la distancia llegó a Upata, se dirigió a San Antonio y en su residencia, ubicada en la calle Chile, agarró el fulano cuaderno. Al llegar nuevamente al escenario en Las Cositas, la situación había empeorado, pues Cachete estaba pasado de copas y no podía leer las letras, ni mucho menos entonar una canción de memoria. Por tanto, Saúl Muñoz en su desesperación por cumplir con el contrato firmado y con sus nervios a poco de reventar hizo un juramento: “a partir de hoy seré cantante de mi agrupación” y desde ese momento, durante 15 años, se ha mantenido alternando su actividad laboral en alcasa y el conjunto Karisma con K.

LXI

El 10 de mayo de 2013, el profesor Francisco Hernández realizó una exposición en homenaje al Día Nacional del Artista Plástico, hecho ocurrido en la U.E.P. Manuel Piar. Allí concurrieron varios hombres y mujeres, cultores del maravilloso mundo del color, la forma del espacio y diversas tendencias de la actividad pictórica. En esa tertulia me topé con Edith

Millán, al indagar para conocer su anécdota de vida, relató que ella no se consideraba una artista, sino una aficionada con el hobbie de pintar, así que decidió mejorar su técnica. Habló con Morela Díaz, ella le sugirió que le mostrara algunas obras realizadas y al ver su colección, la maestra de forma jocosa le dijo: “mujer, tu tema de trabajo se puede calificar como botón llorón” porque todas las pinturas tenían una semblanza envuelta en lágrimas. “Para mí es grato recordar ese momento, pues cada vez que Morela me ve el saludo es: adiós botoncito llorón. Yo tengo más de 60 pinturas en mi galería personal, exhibidas en la Urbanización Carlos Enríquez Álvarez, lugar de mi residencia”.

LXII

La maestra Juanita Domínguez, en la residencia de su hija Soledad en la Urbanización Loma Verde, casi a sus 90 años de edad, avivó recuerdos en torno a hechos significativos de la vida en Upata. Así, contó una anécdota de cuando ella era adolescente y con gran chispa narró: “como el suministro de agua siempre ha sido un problema en nuestro pueblo, recuerdo que todos los muchachos y muchachas contemporáneos conmigo e inclusive los mayores, cuando llegaba el agua por un tubo conectado a un manantial en La Carata, aquello era una especie de fiesta colectiva. Por tanto, se escuchaba un grito general: ¡llegó el agua! Y empezábamos a llenar los envases con el preciado líquido”.

LXIII

El músico compositor y cantante Ramón Guillen recordó para este anecdotario cuando formaron “El Trío Guayana” en el año 1962, dirigido por el tenor Eduardo Fernández. Enmarcado en la celebración de los 200 años de fundada Upata fueron invitados para cantar en la empresa Sidor, conocida como Matanzas. Narra Ramón Guillén que

ellos empezaron a realizar su presentación con una asistencia masiva en aquella empresa, con gente amante de la música romántica. La anécdota quedó en el recuerdo de los integrantes del trío porque un hombre recorrió todo el escenario con un gran sombrero “pava” y recibió donativo de los agradecidos concurrentes. “A nosotros se nos salían los ojos de los billetes que sobresalían de las anchas alas, después de cada melodía romántica cantada yo decía: aseguramos el pan de los muchachos, pero cuando terminamos el espectáculo, por ningún lado pudimos encontrar al misterioso hombrecito quien nos bailó la noche con su caída y mesa limpia que nos aplicó. Un gran vivo fue ese tercio”.

LXIV

Un día, cuando estaba hospitalizado en la Clínica Humana en San Félix, recibí la visita de mi hermano Alexis González. Al saber que andaba recopilando anécdotas ocurridas en Upata, sin mucho tropezón me contó que, en las travesuras infantiles de los muchachos de la calle Miranda, una noche se reunieron Javier Rojas, Luis “El catire” Cornieles y José Luis Guevara “El Chivo” y planearon hacer un succulento “pelao”. Así que el gallinero de la señora Lilia fue el seleccionado para la visita furtiva.

Se pusieron de acuerdo de que El Chivo se quedara en la entrada de la casa, en prevención por si se despertaba una persona de la familia, sin embargo, la tardanza de los dos en el gallinero puso nervioso al “campanero” y se fue a ver qué pasaba, pero cuando se acercaba al gallinero, venían Javier y El Catire con el cargamento de dos gordas gallinas y un pavo. En la oscuridad de la noche, al ver a un hombre parado, ellos creyeron que era el dueño de la casa y sin otro recurso Javier se hincó y empezó a rogarle: “le juramos que no queríamos hacer esto. No vinimos a robar, son cosas de muchachos, perdone este abuso, más nunca vamos a repetirlo”.

Entonces, para su asombro, El Chivo por fin pudo articular palabra y les dijo: “qué les pasa a ustedes, soy yo”. Después de escuchar las palabras de El Chivo, casi lo matan a golpes porque las dos gallinas y el pavo corrieron espantados en la confusión al sentir a los pillos descubiertos. Ellos lo soltaron amparados en la noche, así que el “pelao” en esa oportunidad se quedó sin cocinarse. Mientras tanto, debajo del samán, el fogón con el agua hirviendo dejó a los muchachos esperando con los aliños y el arroz.

LXV

La otra anécdota que compartió Eduardo Fernández ocurrió en la iglesia parroquial San Antonio de Upata cuando ya, poseedor de una reconocida fama en cantar el Ave María en matrimonios católicos, fue contratado el afamado tenor Carlos Almenar Otero para animar un matrimonio con el Ave María. Entonces se corrió en el pueblo una algarabía: “porque yo estaba contratado para cantar en dos matrimonios, así que los alrededores de la plaza Bolívar como nunca estaban repletos de curiosos”. El tenor Carlos Almenar Otero cantó el Ave María: “cuando me correspondió interpretar mi turno, después de culminar de forma magistral la canción, los aplausos voluntarios dentro de la iglesia y alrededores de la plaza colmaron todo mi cuerpo y la piel se me erizó. Aquello fue una fiesta en todo el pueblo, eso nunca se me olvida como anécdota”.

LXVI

Francisco “Chichi” Rogelio Muñoz otro hijo de El Pasito, en predios del río Yocoima, recordó que en aquellos momentos de la euforia de las motos en Upata, una noche se desplazaba por la Avenida Raúl Leoni y al frente de Radio Guayana lo impactó un vehículo por

la parte trasera derribándolo a él y a su parrillero. Debido a que el chofer se dio a la fuga, después de recuperados del encontronazo se emprendió una persecución para cobrar la afrenta y en el mangar de lo que es hoy el parque Alejandro Otero, en la urbanización Bicentenario, se le tendió una emboscada. Entonces, al momento de enfrentar a los agresores, se bajó del carro Jesús “Paleta” Torrelles y en lugar de pelea y reclamos todos se dieron la mano con la disculpa de rigor porque era un amigo de la barriada. Como caso curioso, el parrillero que iba con Chichi y recibió el fuerte impacto en la cabeza al caer de la moto, era este servidor, que por un milagro les cuenta esta anécdota.

LXVII

En un viaje programado para la Gran Sabana por un grupo de alumnos de la Universidad Nacional Abierta, la gran expectativa de los hombres que acompañaban la comitiva era llegar lo más pronto posible al primer salto en el exuberante paisaje de fuentes acuíferas porque la despampanante morena Ninfa Mosquera, entre risas de su blanca dentadura, a cada tramo recorrido decía: “mi traje baño es una seda transparente y estoy ansiosa por exhibirlo en estos parajes”. El momento tan esperado llegó, entonces todos metidos en las abrumadoras aguas esperaban ansiosos la llegada de Ninfa envuelta en su atrevido traje de baño, pero cuando apareció la bella dama de ébano, toda coqueta dijo bien soniente: “aquí estoy, ahora a disfrutar de un merecido chapuzón”. Aunque todas las expectativas quedaron en franco fraude porque ella se apareció en un traje completo, totalmente cerrado, parecido a una braga de trabajar en una empresa del Holding de la CVG. Hoy día, la licenciada Ninfa Mosquera es la flamante directora de la Unidad Educativa Estadal Humberto Bartoli.

LXVIII

El médico y exitoso poeta Luis Sánchez, en la presentación de su libro *Proverbios a palos*, ganador del concurso nacional Historias de Barrio Adentro, promovido por el Ministerio del Poder Popular para La Cultura, a través de La Fundación Editorial El perro y la rana, dio a conocer una divertida anécdota sobre su participación y logro de la publicación referida. Debido a que no encontraba un pseudónimo apropiado, le dijo al director del distrito sanitario de Salud NRO. III en el municipio Piar, doctor Andrés Aguilera, que enviara el material con su nombre y para mayor sorpresa y complicación legal, el libro resultó la obra ganadora y fue editado con el crédito como autoría de Andrés Aguilera. Así que hubo la necesidad de que, disimuladamente, las chicas de Librerías del Sur en Upata, lugar donde se realizó el acto de bautizo oficial, pegaran un papelito encima del nombre usurpado y destacaran a su autor: Luis Sánchez. Para el sencillo médico, eso lo tomó como una divertida travesura que compartió a más no poder entre las risas de Luis Reyes, Ángel Romero, Daniel Ruiz, Ramón Ponciano Álvarez, Lauradismar López, Ana Ascanio, entre muchos otros invitados.

LXIX

Existen hombres marcados por la gracia de Dios y su afán en hacer de la vida una parte divertida de su existencia, ellos son referencia para siempre. Ese es el caso de Jesús Sandoval, mejor conocido como “Tigre cariñoso” quien dejó infinitas anécdotas, con más de 46 hijos regados en los predios de El Manteco, sitios aledaños y Upata. Una anécdota la narra su última compañera Gladys Muñoz, ella es madre de Reynaldo “Chicho” Muñoz, familia que quedó en el reducto habitacional de Tigre Cariñoso, en el fundo Mata de Zamuro, ubicado en el kilómetro 40 Upata-El Manteco. Así,

Gladys relata que Sandoval fue un hombre muy rico, con miles de cabezas de ganado en el fundo El Caruto, capital que desboronó en inversiones “alegres; también tiene el mérito de ser el fundador de la fe religiosa a la Virgen Las Mercedes en el sector Los Cerros, que luego la cedió a Martín Gutiérrez en Las Cositas.

Es famosa la anécdota de Tigre Cariñoso cuando regentó una bodega en Mata de Zamuro, con un pool y venta de cervezas. Allí llegaban cientos de clientes, entonces cuando estaba en pleno apogeo la voluminosa clientela, Sandoval con su versatilidad y facilidad de palabras floridas decía: “Gladys por favor, anda rápido y mata dos gallinas patarucas de las más gordas para que estos amigos y amigas coman un aguaito”. Sin embargo, después de anunciar este succulento manjar, se acercaba a la cocina y le decía a Gladys: “ni se te ocurra matar las gallinas, todavía quedan muchas cajas de cervezas”. Y ella un tanto molesta respondía: “y entonces para qué alborotas el avispero, a ti no te dicen nada, todo recae sobre mi persona”. Por supuesto los clientes seguían pidiendo las espumosas, esperanzados en saborear el ofrecido aguaíto de gallinas criollas. La mayoría se iba y no tenía la oportunidad de ver ni siquiera las plumas. En una oportunidad le pregunté a la señora Gladys sobre esta anécdota y ella confesó: “eso es mentira, es verdad que le decían Tigre Cariñoso por sus conquistas de mujeriego y sus habilidades comerciales, pero no era un hombre mezquino”.

LXX

Obdulio González, hombre ligado al hecho cultural y dedicado al cultivo de cacao, en su fundo comentó que don Pedro Piñatel junto a su esposa Panchita formaron una familia en el centro de la ciudad de Upata, hoy identificado con el cruce de las calles Libertad y Bolívar. Allí, Piñatel tenía una especie de bodega ambulante porque él recogía una lista de solicitudes que pedía la clientela, entonces

solicitaba la mercancía desde la ciudad de Caracas y la recibía por flete de encomiendas. Detalla que en esa actividad de “bonguero” se mantuvo por muchos años, después ya viejo, era común reunirse con Andrés Luquessi para conversar sus andanzas de todo tipo, y al mediodía tenían la costumbre de comerse un papelón con medio kilo de queso. Después se quedaban dormidos y al despertarse, se retaban a contarse la mentira más grande que pudieran recordar, era una especie del Gallo Pelón. Apunta Obdulio en concretar la anécdota cuando un día llegó bien temprano Andrés Luquessi a conversar con Don Pedro Piñatell, lo vio como nervioso y le preguntó: “¿qué tú tienes vale?, te veo raro”, por lo cual Piñatell se acercó y le dijo: “hoy te voy a contar la más grande mentira que es de verdad” y empezó su relato:

«Bueno, tenía unas ganas de conocer Caracas así que me fui en un carro para el aeropuerto, al buscar para pagar no me vas a creer, se me había quedado la cartera y para remate viendo los aviones y la bulla sentí un frío raro en la espalda. La muchacha que me atendía me dijo: “no importa señor, dígame su nombre”. Me quedé mirándola un rato, que me pareció una eternidad y de repente le dije: “se me olvidó el nombre” y salí apresurado, con una sensación de pena y vergüenza muy grande y nunca más pude viajar a Caracas».

LXXI

En una ocasión, a mediados del año 1978, el Grupo X de El Pao animaba una fiesta de 15 años en el Club Social de Upata. Alex Chilo Lazar cuenta que allí se encontraba Jasmín, con quien tenía una relación amorosa; ella se había disgustado con él así que, en el primer set, creyendo que se la estaba “comiendo” le dedicó *Salomé perdónalo* del Gran Combo de Puerto Rico y enfatizó la estrofa: “espero que te pongas más barata, bajarás de precio”. Para el segundo set, volvió a dedicarle a Jasmín la canción *Amores de la calle*

de Héctor Lavoe y con fina voz concluyó: “amores como el tuyo se encuentran en la calle”.

Al culminar su interpretación, se sintió bien alegre al ver que la bella dama subió al escenario, pero Jasmín encolerizada le dijo: “qué te has creído tu descarado, yo no soy una puta” y le asentó una soberana cachetada y Chilo, estupefacto, se retiró del espectáculo y para remate, el director ese día no le pagó por abandono de trabajo y bochorno público en una fiesta. Y como dijo Gardel “20 no son nada” y aludiendo a la frase: “sorpresas te da la vida”, el hijo de Alex Lazar conquistó a una chica y un día invitó a su padre para presentarle a su linda novia, al intentar conocer a la madre, era nada menos que Jasmín. Al verlo parado en la sala, vociferó: “por favor, fuera de mi casa” y la novia más nunca quiso saber nada del junior Alex.

LXXII

Cuenta el profesor José Guevara que el Maestro Ángel Romero, proveniente de su natal Ciudad de Caracas, en sus inicios como docente de aula llegó a la escuela del sector El Valle. A los pocos días de estar allí, murió una dama fundadora de la comunidad y en referencia a su investidura pedagógica, los familiares de la difunta le pidieron que diera las gracias con palabras como despedida. Con su encendido y florido verbo, Romerito hizo una larga alocución sobre los méritos y dones de la dama fallecida destacando: “ella jamás morirá en la obra y memoria de sus hijos, nietos, bisnietos, sus vecinos y todos ustedes”. En ese pasaje se le acerca un pariente y le dice quedamente al oído: “maestro, la difunta era señorita”. Como buen orador, Romerito sin inmutarse tomó un atajo y concluyó: “agraciada dama, que todos tus deseos no cumplidos en la tierra al irte como santa y virgen se hagan realidad en el cielo, al lado de los ángeles que serán tus hijos, nietos y bisnietos eternamente”, todos respondieron amén.

LXXIII

De los predios en el barrio La Esperanza, final calle Miranda, Alexis González recordó que en una ocasión estaba un grupo de muchachos de parranda en un templete de carnaval en el estacionamiento del estadio Simón Chávez, con animación de *The Sam People* de El Callao. José “Kulei” Siso observó que Arturo Cornieles se había quedado dormido y sin pensarlo dos veces, convidió a los demás y se montó en el hombro al joven en estado de ebriedad. Sin embargo, cuando iban pasando por la quebrada que atraviesa la casa de Los Pichirilos, Arturo le reclamó: “por favor Kulei, acomódame el brazo que me lo tienes pisado y eso me incomoda”. Entonces, un tanto molesto, dijo: “este muérgano viene despierto y yo de pendejo cargándolo” y lo tiró al crecido cruce. El sorprendido Arturo, cuenta Alexis, pegó un grito: “¡Dios mío!, ¿dónde estoy?”. Al darse cuenta de la realidad, salió a la orilla cercana a la casa de José Félix Solano y bajo un tic nervioso cayó en un ataque de sonoras carcajadas hasta que llegaron a la Vuelta El Diablo, lugar de su residencia.

LXXIV

El popular cantautor Reynaldo Robles, conocido como el Brujo de la Pipa, en una oportunidad que fue entrevistado confesó que su nombre de pila era Freddy Ramón Robles Reina. Citó que su afición por la música formaba parte de muchas anécdotas o situaciones de su vida. Así en su adolescencia, debido a sus limitaciones económicas, no tenía la posibilidad de comprar un cuatro, pero por suerte del destino llegó un vecino llamado Carlos Gómez y él se iba todas las tardes a verlo en su ejecución del instrumento, hasta que un día se atrevió a decirle que se lo prestara y dio unos tonos. Desde ese momento se comprometió en adquirir el suyo. Para obtener su deseo empezó a trabajar en lavado de carros, así pudo reunir para

comprar su anhelado cuatro. En ese trance fue reclutado y cumplió con su deber del servicio militar. De regreso a Upata se encontró con Miguel “El Cubiro” Rodríguez y con Ramón “El Gabán” Muñoz, logrando ser contratados en la tasca La Pimientosa por 250 bolívares. Después siguió en la dura batalla de la canta criolla con una prolífica pluma de temas con gran sentido social, pasajes, merecures, contrapunteos, hasta que escribió y grabó con un rotundo éxito *Alcarabán del camino*, tema que recorrió todo el país al ser grabado por el consagrado cantante Armando Martínez.

Como un dato adicional y que destaca la anécdota, dijo que después de grabar su exitoso tema *El Brujo de la pipa* que hoy le da crédito como artista, debido a que en una estrofa alude que da pipazos por aquí y por allá, para evitar malos entendidos se vio en la necesidad de mandar a fabricar con urgencia una gigante pipa de madera. Así la mostraba en sus presentaciones y todos quedaban satisfechos: “hasta el extremo que las chicas desbordantes de alegría se montaban en el escenario y se tomaban fotos, también por descuido me han robado tres pipas, así que existen tres falsos brujos o brujas”.

LXXV

Si vas a montar al ring... ¡No montes!

Existen infinitas cábalas en el diario transcurrir de este mundo loco y hermoso. Cumpliendo la rutina de recibir todos los días mi dosis de vitamina D, prodigada por el Astro Rey, bien de mañana recibía sus rayos con luz encendida. Cuando ya me retiraba a protegerme con un reconfortante baño, un veterano pugilista que ahora cumple tareas afines como entrenador y juez en los ensogados se detuvo a conversar sobre boxeo, le mencioné el beneplácito del recién Campeonato Nacional alcanzado por la joven upatense que ahora es selección de Venezuela. Al respecto me dijo: “es un diamante de

muchas riquezas en el deporte de la Filigrana, pero le falta pulirse en su defensa y desplazamientos, esperamos que su referencia le dé respaldo al resurgimiento de viejas glorias". Bueno, volvamos al tuétano de la crónica donde está involucrada la disciplina mal o bien llamada de las narices chatas. De manera extraña, el estadio emblemático de Upata, coso construido para la práctica y actividad de béisbol y softbol lleva el nombre de un insigne boxeador marabino Simón Chávez. En los últimos meses, como se ha puesto de moda tumbar estatuas, modificar nombres de ciudades, estados e inclusive los avisados asiáticos si en su país de origen su nombre es *Chin Chin*, se registran en Venezuela como "pago efectivo" o mucho más con tinte de paisano. Su cédula es trocoleada con el vernáculo Juan José "el que da mucha pena ver como lo han despachao de su tierra". Bien, disculpen esa charada, es posible que el estadio Simón Chávez sea bautizado con el nombre de un beisbolista nativo del Municipio Piar. Eso está montado en un caldero que hiere a fuego lento.

Seguimos dando pasos laterales para activar una defensa efectiva con el propósito de evitar los azarados golpes lanzados por nuestro peligroso contrincante; esto es un verdadero milagro, mientras las damas y caballeros tienen el privilegio de ensayar y probar una gran variedad de golpes en la mañana, a mediodía y en la tarde, en muchísimos hogares se lamentan de no poder lanzar ni siquiera un golpe a la zona baja porque un gancho bien colocado al hígado es un 'nocaut' fulminante, es matarlo a pausa lenta; es un veneno letal de hambre y desnutrición y el veneno a la larga mata. Ya preparada la defensa, aplicamos el ataque previamente por muchos días entrenado, no dejes de lanzar el *jab*, previo al recto de derecha, cuando pegues con la izquierda no bajes la guardia diestra. No se te olvide primero el *jab*, recto de derecha, gancho de izquierda, rematas con *oper* fuerte a la zona baja y retírate fuera del alcance del contrario. También es una norma cuando se acerca la fecha del combate, el personal de apoyo psicológico les recuerda a los pupilos: "cuídense

de las esquinas porque allí se esconden los malandros, los pueden confundir y son capaces de malogrados". No falta un púgil que responda: "tranquilo, esos panas son de la cuadra y contra nosotros no riberan".

Regresamos con el colérico estado de ánimo del ex boxeador quien, con mucha dedicación, confesó haber pasado dos meses en un rígido plan de entrenamiento con esmero a su hijo menor que le veía mucho talento de un buen prospecto y la posibilidad de escalar posiciones en el peso mínimo, pero... hoy día esos muchachos no acatan ni respetan las recomendaciones y sagradas reglas previas a un combate: no comas este alimento, duerme temprano, no ingieras licor, no fumes y ¡cuidado!, se te ocurra tener relaciones íntimas con tu pareja. No es fácil seguir este martirio cuando no hay disciplina y resistencia mental. Como todo tiene un final llegó el día fijado para la refriega boxística en el destortalado *stadium* Simón Chávez y aquí es donde el sufrido padre relata que el viernes en la noche salió para la bodega a comprar una vela y prenderla a su ánima que lo ha acompañado en su carrera de boxeador. Sin embargo, al regresar, preguntó por José y la madre con cierta pena le dijo: "ahí se metió con la mujercita esa, tienen rato en el cuarto". El sábado, a eso de las siete de la mañana, el padre llamó a José y al verlo con profundas ojeras y un evidente cansancio en el rostro al pedirle la bendición le dijo: "olvídate del boxeo, te voy acompañar en la esquina porque es un compromiso y estás en la cartelera estelar, pero el lunes no vas a practicar, te llegas a trabajar en el taller de soldadura y ayudas a tus hermanos".

Al rato salió la chica toda sonriente, entró a la cocina con fogón atizado por leña porque el cilindro de gas se lo llevaron y todavía no se sabe cuándo lo traerían; ella montó tres huevos a sancochar y se los sirvió al joven gladiador acompañados de dos arepas asadas. A las siete de la noche sonó la campana con la primera pelea, la novena refriega era la estelar y José estaba en el camerino esperando el

llamado de su padre; sin embargo, la situación no pintaba con buen color porque la jovencita estaba al lado del peso mínimo, ella toda acaramelada con la tentación de Eva a millón. El progenitor vio la escena y no interrumpió, y cuando llegó el momento del combate le dio las indicaciones de rigor. Así en un primer round bastante parejo, al verlo un tanto cansado, le dio respiración abdominal en profundidad. El segundo capítulo fue un eterno sufrir para el púgil local, intentó fajarse buscando un rápido desenlace, pero las piernas no le respondieron y a menos de un minuto para el campanazo salvador, recibió un recto de derecha que impactó la mandíbula y besó la lona. El malogrado boxeador escuchó el conteo reglamentario y volvió contra su contrincante; en ese momento al parecer, su joven enamorada intentó darle ánimo y gritó a pleno pulmón: “dale duro mi amor, no te cances”, por respuesta le dieron una felpa de golpes y se derrumbó de forma fulminante. Después de que lo revivieron, su padre no esperó llegar al camerino y le espetó: “eso te pasa por no seguir al pie de la letra mi recomendación, si vas a montar al ring, no montes”.

LXXVI

Añejos amigos

Yo no sé en qué coordenada o ubicación del árbol genealógico me ubico, tengo miles de emociones encontradas. La emoción me hizo sentir un vértigo, pues mi apacible convivencia, sujetada a permanecer inmóvil en la rutina de alargar raíces en un insaciable viaje por encontrar agua, alimentos necesarios, recibir el diario despertar con el sol a fuerza de poder que nutre energía y así mover los brazos para saludar. A veces creo que somos el circo del aplauso mundial, es la única señal palpable de que el viento, la brisa y el vendaval dejaron sus embestidas. Somos visibles; ellos, en su medida cada uno, son

invisibles. Somos vida, ellos alegran y destruyen, ¡epa! Disculpen ustedes por el desvarío que comencé con mi confusión en querer ubicarme genealógicamente. Todo acontece porque ayer después de muchas cargas y descargas, bien de mañana, cuando apenas me despabilaba para empezar a poner a funcionar el motor vital, vi que se acercaba un señor, calculo que debía tener 60 de edad; vestía harapos rupestres: pantalón corto, pecho desnudo, cabello con evidente calvicie progresiva, barba a copo de nieve, rostro enjuto y achatado, torso cubierto de blanquinegra vellosoidad. Quizá los distraiga por la distancia, con referencias incomprensibles, pero el palpito sentido se debe a los cuentos narrados por nuestros antepasados, eso data de milenios.

Yo soy joven con mis tres hijos regados en múltiples gajos; el caballero visitante es un personaje que forma parte de nuestras vivencias. La savia bruta y la savia elaborada es la sangre zambullida en las venas, si mal no calculo, eso ocurrió hacen 50 años terrenales. Cada centuria, los sabios paternales convocan reunión generacional con la finalidad de expandir la presencia arbórea, allí se recuerdan anécdotas ocurridas, beneficios prestados a la sociedad civil y vegetal, daños sufridos por la devastación ambiental, también se aprovecha para firmar sobrios convenios con diferentes especies de aves, aquellas de vuelos cortos, largos y extra continental de allende mar; ellos forman parte de valiosísima importancia en transportar las esporas germinativas, así se asegura presencia en los cinco continentes conocidos.

Les doy un dato o una anécdota como ustedes los humanos llaman a las ocurrencias curiosas; este mismo señor que hoy me visitó, un día lo escuché decir: “señorita, si usted no carga lamentablemente la va agarrar moto sierra”. Yo que soy su vecina al verla asustada, envuelta en una gran confusión, le recomendé engendrar, despertar con flores frutales y dar bondadosas cosechas; ella toda engréida respondió que no se iba a marchitar para complacer ambiciones de

seres insaciables en comer, comer y comer. “Bueno, no insisto, eso es tu parecer”. El otro día hablé con mi otra vecina, la del costado derecho, ella le explicó que no fuera tan egoísta: “olvídate de tu ego de eterna virginidad, debes de saber que si te cortan disminuye tu aporte de oxígeno a la humanidad, destruyes el cobijo a nuestras queridas aves, ellas hacen sus nidos en tus frondosas ramas, son tus brazos, los verdores de tu piel armonizan el panorama campestre. Por favor te lo pido, piénsalo bien.”. Al final aceptó a regañadientes, pero debido a su inconformidad para producir hijos útiles, toda la carga nació con un carácter insoportable de acidez, nadie los podía comer, ningún beneplácito aportó; así que vuelve a estar amenazado en ver derrumbado su orgulloso cuerpo-hogar.

Dejemos ese debate. Volvamos a lo nuestro: el señor, al ver mis hijos regados en cobija lastimada por averías del verano, tomó a los más robustos, descartó los picados de murciélagos, aves de corral, bachacos rojizos... Estaba bien cerca de mi planta, casi sentía su respiración, su emoción desbordaba... tuvo un primer impulso de volver a tirar mis vástagos, ¡entonces ocurrió el milagro! Empezó a dar vueltas y más vueltas, hasta que toda excitada palpó sus labios al rozar mi piel, sus dientes triturándome en voracidad alimentaria. En ese trance recordé con inglesa precisión lo escuchado en aquella reunión generacional cuando el jefe paterno dijo: “no se aflijan por el lugar designado, los vecinos a sus costados si quedan solos o en bosques de su misma especie, siempre van a tener momentos agradables y algunos tristes. Su vida es larga, deben ser sabios, pacientes, comprensivos, promover paz, sana convivencia, sin envidia ni rencores; cuando reciban visitas de amiguitos de nuestros antepasados, quiéranlos, bríndeles buena acogida, regalen su mejor sonrisa, si tienen comida y frutos no se la nieguen y si no hay, abríguelos de sombra y tranquilidad para que descansen su trocha”.

Este ilustre visitante jamás se imaginó que fue parte de aquellas tertulias, por eso yo estoy enterada de que se levantaba de madrugada

con apenas 10 años de edad, él recogía a los hijos de mi abuela y tatarabuela en todo el recorrido del río Yoccoima, en un pueblito llamado Upata, con exactitud 50 años atrás. Recuerdo que ese río era caudaloso, pasaba por un sector llamado El Guamito, se escabullía en el puente El Corozo, Paso de Margarito, La Laja, El Pasito, Piedra Los Caballos, El semillero, La Esperanza, hasta desembocar en donde hoy se conoce como Merecure, abundancia de mi familia. Fue tanta su alegría que, sin ningún rubor, se engulló otro y vi en su rostro una emoción contenida; al otro día regresó y se comió dos más. Una dama, desde mi ubicación es fácil observar entrada y salida a vivienda campestre, ella trajo jarrón de leche recién ordeñada en corral de Arroyo Negro, predios de La Matica, asentamiento de Guacamayo, escenario de esta travesura imaginaria.

Mi amigo, así creo tener autoridad para llamarlo, al tercer día se alebrestó y tomó en sus manos un manojo de mi cosecha, desconchó, raspó mi pulpa y en un armonioso batir sentí que bailaba un candente ritmo de calipso. La leche aderezó una fría bebida, acompañado de un polvo amarillo, según escuché a lo lejos era cúrcuma... Dos bollos de maíz pilao con chicharrón, queso, mantequilla llanera fue el aperitivo de aquel desayuno. Una chica degustó ese batido, no oí bien, pero creo que dijo: "debe tener una mujer embarazada", en alusión al brebaje ingerido. Así todos los días, bien de mañana, recibía la visita de nuestro amigo. Para despedirme les digo que trajo un envase verde, me regó alrededor con agua, también vi, cuando de sus ojos tibias lágrimas se confundieron en el riego, mi felicidad fue completa. Yo soy una joven planta toda orgullosa, mi nombre es Merecure y con mucho mérito le dije a mis vecinas la orgullosa mata de mamón, con temor a perder su virginidad y el mango con muchas cargas en su haber. A la derecha una vieja ciruela, les recomendé que "hagan el bien y no miren a quien". Amigos añejos.

LXXVIII

Fantasma en Semana Santa

Aquella noche venía con el cuerpo molido por el fuerte trabajo cumplido en la empresa Sidor. Después de bajar del autobús, un jodedor que nunca falta me gritó: “cuidado con el espanto de la mata de plátano, recuerda que hoy es Viernes Santo”. Al pasar por el tramo donde vive Doña Filomena, veo la imagen de un alto hombre recostado de una mata de plátano, en la mano derecha le relucía un filoso machete, en la mano izquierda una botella de *Grand Lord*, un negro sombrero le tapaba el rostro. Yo quedé paralizado, del bolsillo saqué el sueldo que esa noche me habían pagado; primero pensé: “me está esperando y me va a robar” y para mis adentros dije: “voy a esconder el dinero debajo de esta sepa, mañana regreso a buscarlo”. En esa duda pasé como una hora y el hombre no se movía, a veces la brisa lo bailaba de un lado a otro, pero no avanzaba ni hablaba. Ya cansado y con el temor que rompe el miedo, decidí dar la vuelta por el camino de La Antena y sin contratiempos llegué a la casa. Eran casi las dos de la madrugada y sin más le conté a mi hermana Ariannis lo ocurrido en el paso de Doña Filomena; ella riendo con sabrosa carcajada me dijo:

—Ay hermano, usted como que va tener que ir a un oculista, no se dio cuenta que ese fulano hombre con machete y sombrero negro es un judas para quemarlo el domingo.

—¡Ah!, con que es un Judas, préstame una caja de fósforo que ya voy a sacarle un litro de gasolina a la moto.

Así que el enojado “sidorista” lanzó la gasolina al Judas y detrás el encendido fósforo. A eso de las tres de la madrugada, los vecinos despertaron bajo el estruendo de las detonaciones de los triquitraques y tumba ranchos colocados dentro del infeliz Judas, su muerte y castigo se adelantó para el día sábado, como cochino gordo.

Su hermana le recuerda:

—Bueno hermano, la gente se quedó con el testamento redactado.

—A mí no me importa y te digo, no se te ocurra decir que fui yo quien lo quemó, saldé un gran susto que sufrí por más de una hora.

—Si va, pero con la promesa que me compres una botellita y el domingo nos vamos a ver la quema de Judas en la Vuelta El Diablo y en La Antena. Otra de Chichi Muñoz.

LXXIX

Lina y la porfía del uno

«Ya no aguento más, hoy dejo testimonio de mis inquietudes y pasiones. Uno comienza en un dilema de algún día encontrarse con uno mismo, a veces se asombra con las travesuras que uno realiza en su vida y también con lo dejado sin atreverse a hacer. Hasta cuando uno se decide alcanzar sus sueños, no existen barreras para detener el ímpetu de logros. Muchas personas a diario luchan por ser el número uno en sus sitios de trabajo, actividades deportivas, aspiraciones de poder político, económico, artístico, científico, cultural; prevalecer como único en la relación de pareja, unos se sienten amanerados. Cosas de la vida. Yo he comprobado que uno es un ser humano con avanzado sistema de alertas y bajas. Si uno sabe nadar en aguas turbulentas, en aguas tranquilas debe cuidarse el doble. Aquí mi dilema: “¿cómo hago para ser el número uno y mantenerme en ese nivel de excelencia?”».

En este soliloquio se debatía Pacho, joven curtido en los avatares del campo, a sus 22 años de edad decía que tenía la obsesión por ser el número uno en toda tarea realizada.

«Yo aprendí a amansar caballos cimarrones con gran esmero para entregarlos a sus dueños con paso de trote, suave de rienda y sin mañas de ningún tipo; además ordeño, hago sabrosos quesos a

pies de botalón, mantequilla llanera, me siento a plenitud en esos espacios abiertos. Siento la felicidad al considerarme el número uno».

En esa transición de intrínseca cavilación, un día que compartía en una reunión familiar, ingirió tragos de licor y quiso alcanzar lo sublime de ser el número uno, como era su obsesión de vida. En su euforia se unió a una partida de dominó acompañado de Javielito, tenía de contrincantes a la campeona Lina Pérez y a Eligón Peña. Cuando la tarde se entregaba en los brazos de la noche, apuraban el partido con la jugada decisiva, empatada a 99 puntos en ambos bandos, alusión a lo deseaba alcanzar Pocho: ser el número uno y faltaba un punto para culminar el juego.

—Bueno Javielito, mi aspiración es ser el mejor en todo lo que haga, ser el único y cada día pongo empeño. No se te olvide que falta un punto para ambos, esta partida es crucial.

Dicha esa frase se estrecharon las manos, ya la noche se disponía a devorar el último ocaso que despuntaba en el Fundo San Andrés. Pocho ponía empeño en demostrar ser el número uno, así se fue desarrollando el juego de dominó y llegado el desenlace, a Pocho le quedaban tres piezas con la corrida de los tres, solo faltaba uno blanco para él poder cuadrar y liquidar la partida a su favor, fue tanta su pedantería que en forma fanfarrona dijo:

—Quiero que jueguen el uno que falta y así quedará demostrado una vez más que soy el número uno. Vuelvo y repito, quiero que jueguen el uno.

Entonces Lina con cierto temor exclamó:

—Yo tengo el uno blanco —y de manera asustadiza colocó la pieza que era la llegada y cierre del partido.

Pacho no podía creer su sorpresa y con voz a tono de humildad expresó:

—Perdóneme, señora Lina —y ella con una sonrisa picarona le respondió:

—Está perdonado y ayúdeme a subir todo mi equipaje al camión, para Upata nos vamos y siga usted siendo el número uno en ordeñar las vacas, pero en dominó tiene que besarme la mano. Terminó la porfía del número uno.

LXXX

Dolor y risas

Aquella tarde el sol anunciaba acostarse temprano. Un loro anciano repetía su pregón aprendido a prodigiosa memoria: “arroz pelao ya no quiero más... abue- abue- abue... chico feo, ven a comé” y culminaba con una tos cansina y soltaba un llanto con imitación perfecta de un niño lastimado. Xiomara Garcilaso, con su corpulento cuerpo, se desplazaba hacia el baño para refrescarse de la sofocante canícula de octubre, cuando pasó al frente de su mamá le dijo:

—Ay vieja, hoy he pasado un día pésimo, con dolor de cabeza que me hace ver visiones.

Su madre de forma jocosa le respondió:

—A mí me parece que a ti te hace falta es un “marío” y puedo asegurarte que se te quitan todos esos males y dolores.

—Ah no. Deja de meterte en mi vida, usted tiene más de 20 años sin compañía de un hombre y sigue viviendo a todo dar, gracias a Dios.

—Olvida esas pendejadas y anda a bañarte que yo también tengo un calorón y voy a echarme un poco de agua para ir a preparar la cena.

La molesta hija quiso acortar camino para llegar al baño y pretendió pasar por encima de un promontorio de piedras que fungía de muro de contención al drenaje habitacional. Al momento se escuchó un grito ensordecedor:

—¡Ay mi madre!

Xiomara quedó tendida en el suelo con un fuerte golpe recibido en la mano derecha, un ojo lastimado y contusiones en las costillas.

—¡Muchacha!, ¿qué pasó?

Ella respondió:

—Parece que me quebré la muñeca, siento un dolor inmenso.

Ayúdame a parar.

—Qué va, yo con mis jaquecas no puedo hija. Espera un momento que voy a llamar a Luis.

Xiomara estaba tendida en el suelo y buscaba afanosamente cubrirse el desnudo cuerpo, pero debido a lo lastimado de la mano no podía recuperar la toalla desprendida al instante de la caída y así la encontró su hermano cuando acudió en su ayuda.

—Ay hermano, disculpa que estoy desnuda. Párame rápido, creo que me fracturé la mano.

—¡Muchacha!, no tengas pena, más bien le voy a decir a mamá que prepare el fogón porque pareces una cochina americana, lista para la paila.

El travieso hermano despachó una sonora carcajada y levantó a la lastimada hermana. Luego, por sus propios pasos se dirigió a su cuarto dormitorio.

Elañejo loro volvió con su pregón: “arroz pelao ya no lo quiero... chico feo, ven a comé” y como por arte de magia y retentiva deletreó: “Xioma se cayó... Xioma se cayó”.

En ese instante, un travieso niño de seis años de edad y sobrino de la aporreada Xiomara, en su diaria visita, al verla con la mano hinchada y con muestras de dolor, sin ningún aspaviento le dijo:

—Tía, para que se te quite ese dolor come bastante miel, después te cortas la mano aporreada. No te vayas a asustar, porque se te va a hinchar la cara como una pelota grandota.

—¡Muchacho!, no seas inventador, ¿me quieres ver mocha?

Y con supina inocencia le respondió:

—No tía, yo te aseguro que te va a nacer de nuevo, con un bonito color verde.

Intervino la alarmada abuela Fidencia:

—Ustedes se han vuelto locos, ¿de dónde sacas esos inventos?

—Mamá por favor, ¿usted le va hacer caso a José Brillante? Esas son comiquitas que él ve.

—Bueno, no te vayas echar a morir, voy a ver si consigo unas hojas de árnica, carcanapire y una penca de piña para ponerte una compresa.

—Anda rápido, te espero porque este dolor parece que me revuelve el estómago y me dan ganas de gritar.

—Y tú niño loco, un ser humano si se corta una mano no le va a nacer de nuevo, ni mucho menos de color verde, esos son los marcianos.

Dicha esa aclaratoria al niño llegó la hermanita de José Brillante con apenas cuatro añitos, su lengüita es todo un mundo de sorpresas. Ella, sin ningún tapujo, entró al cuarto donde estaba la tía Xiomara con su dolor y con la gracia de su voz blanca, cantó:

—Él te mintió, mi hermano es tremendo mentiroso, ella mi mamá... me jodió... ayer me jodió... sí tía ayer me jodió... mi mamá ayer me jodió.

Xiomara, la abuela Fidencia y el tío Luis soltaron sonora carcajada por la traviesa composición musical de Camilata. Al respecto su madre le dijo a la aporreada Xiomara:

—Ya vengo para ponerte la compresa sino mañana vas a ir a tomarte una placa al hospital hija, hay que llamar a choco.

—Por favor mamá, apúrate que este dolor es terrible.

Salía Camilata y parada en la puerta dijo: “tía, no se te olvide que ayer mi mamá me jodió... sí, ayer mi mamá me jodió... mi mamá me jodió... él te mintió...”, así se conjugó el dolor y la risa.

La cola

Seguid el ejemplo que Caracas dio, frase inmortalizada en una estrofa del Himno Nacional, “Gloria al Bravo Pueblo”, letra de José Vicente Salías, patriota que fue fusilado el 17 de septiembre de 1814 por barbarie asesina del español invasor. Como un detonante extraño en un país con un alto desahogo económico, en base a su producto interno bruto (PIB), en la década de 1980 llegó a Upata una familia proveniente de Caracas. La pareja matrimonial, toda decencia y buenos modales, sus hijos dos varones, con melenas cabelleras, con sus respectivas colitas amarradas con ligas elásticas, una linda chica, delicada ella al caminar, además de pantalones acampanados y su forma cantadita de hablar. Era para nosotros toda una diversión. Para ese tiempo no se había establecido un transporte público organizado, esos muchachos impusieron el ejemplo utilizado en Caracas: todos los días se paraban al frente de su casa, situada al final de la calle Miranda, eran vecinos de la familia Ruiz y con sus impecables uniformes blancos, protegidos con los “guardapolvos”, se dedicaban a pedir cola, aquello era una innovación en la comunidad. Ellos pusieron de moda las colas, tanto para ir a la escuela, regresar y también cuando iban a comprar al mercado los fines de semana.

Ya pasado el tiempo, en conversación con uno de esos muchachos caraqueños, le pregunté en relación a esa estrategia de pedir cola, él con cierto sarcasmo respondió que ellos tenían para pagar el pasaje, pero la lógica bien orientada de economía familiar aconsejaba “recortar” lo máximo de gastos y como complemento a esa premisa indicó: “a nosotros nos daban un refuerzo de merienda en la lonchera y un bolívar para chuchería en la cantina”; pero el principio básico de pedir cola diaria se sustentaba en el ahorro de no sudar las medias, gastar las suelas de los zapatos, el guardapolvo se lo quitaban tan pronto llegaban a casa y lo guindaban siendo

usado toda la semana, sin lavarla, era notable la economía en jabón, detergente, agua y Ace. Allí la lógica de la cola.

Esa misma palabra juega a varias connotaciones en el concepto etimológico, propio del léxico venezolano; por ejemplo, la cola femenina ha sido alimento para un sin número de usos... En un programa televisivo, los famosos pompis y senos fueron protagonistas a través de las coconazas, ellas lucían su “bondadosa” anatomía y les generó un lucrativo ingreso económico, solo por aceptar ser despojadas por el brujo actor. Luego llegaron los avances tecnológicos, entonces aquellas damas que Dios no las benefició con llamativa cola o colita, los verdaderos médicos y los impostores hicieron riqueza rápida inyectando polímeros y otros aditivos que las convertían en atracción pública. Lamentablemente, una elevada estadística reflejaba graves consecuencias e inclusive, muerte de muchas damas o traumas de salud mental irreversibles.

Yo recuerdo que en mi infancia existió una embotelladora de Coca-Cola, Fanta y frescolita, nosotros le decíamos colita, local donde hoy funciona la empresa Corpoelec, frente Plaza Piar, lateral al cementerio... Nosotros en pandilla vecinal, todos chavalos, nos aventurábamos para Los Coloraditos, vía El Guamito, hoy Parque Ferial. De esa excursión traímos el cansancio de tanto correr por agarrar “la cola”, además de escobas, estiércol seco, verdolaga. También descubrimos un depósito de botellas de refrescos, las recogíamos y hacíamos trueque con los encargados de la embotelladora a compensación; nos regalaban una lata de la original Coca-Cola y colita.

De la venta de las escobas y abono orgánico a mi tía Pilar, tía Juana y abuela Mamá Anita comprábamos pan, catalina y queso, aquello era un manjar Al pan le hacíamos un huequito y lo mojábamos con la deliciosa colita. La Coca-Cola era para comernos la catalina con queso... Vea usted, desde esa época agarramos la cola y la colita, sin jamás relacionarla con el aventón, que después se hizo tan popular. La verdolaga era para alimentar a los cochinos y

un corral de morrocoyes que nadie osaba robar; estaban en el patio o solar de la casa. Ahora en la última década de este joven siglo, la cola se ha convertido en dueña y señora de cualquier movimiento social. Así podemos recordar aquellas kilométricas colas para comprar harina pan, aceite, azúcar y leche, también el pan de comensal, las panaderías registraban a los usuarios con listados, tickets y hasta los “marcaban” como los 17 hijos de Aureliano Buendía en *Cien Años de Soledad*. Era normal el anuncio: “llegó la gandola en el negocio de fulano chino” y las calles se convertían en una alocada correría, tropezaban rencos y adultos mayores reclamaban su cola preferencial.

Los más avisados “volaban” en rápidas motos y hacían cola por cinco personas y hasta por diez. ¡Dios libre!, alguien osara reclamar, se autoproclamaban colectivos vecinales. Fue otra traumática modalidad de la cola. En las entidades bancarias, la cola se ha convertido en vía de escape para adultos mayores, tercera edad, damas embarazadas y como es difícil escapar de “la viveza venezolana” muchas jovencitas se colocan una almohada y pasan de preferencial, después al salir se rién de su picardía. Algunos colegas con bastón y muletas llegan a la cola, casi doblados, con una renquera cercana al calificativo de patuleco que dan piedad de su condición; el vigilante con mucha cortesía los pasa con diligencia y ellos al sentir el dinero en el bolsillo, al cruzar la cuadra fuera de la vista de quienes están en la cola, se convierten en una imitación de nuestra campeona olímpica en salto triple, Yulimar Rojas. Son una saeta.

Y como cola explosiva en todo el ámbito nacional, el irregular suministro de combustible, bien sea gasolina o *diésel*, ha convertido en “nuevos ricos” a un grupito selecto de listeros y maromeros vestidos con diferentes uniformes. Aunque en los últimos meses, las autoridades han logrado regularizar el surtido del parque automotor, por lo menos en el municipio Piar y las colas de madrugada ya no se permiten. Sin embargo, siguen las fulanas colas, pues son obligatorias, indudablemente, sin el trauma de no ser atendidos.

Plausible esa medida en favor de las mayorías. El tema de la cola se extiende como la cola de las aves, por ejemplo, el pavo real, la cola plástica, la cola es sinónimo de rabo, trasero e inclusive las nalgas. Aquí recuerdo aquellas mangas improvisadas construidas en el sector La antena, en el antiguo local del M.A.C., en la calle Miranda. Nosotros hacíamos cola para cuando anunciaban el último toro, adueñarnos del mecate que amarraban a la estantería de la manga.... Y aquella voz bien timbrada del animador... “fulano de tal montado en el moro Caribito tiene la cola yyyy se cayó el toro, efectiva la coleada”. En la agricultura se cultiva o se cría, se filtra agrí-cola, fructí-cola, en lo relativo a un habitante: terrícola, cavernícola.

Con la grave situación de la migración se han ido del país –según estadística registrada– aproximadamente 7 millones de venezolanos en una diáspora jamás vivida. Hacen colas de vergüenza al frente de las embajadas, el paso del Darién; eso no es cola, sino inmensas caravanas... Pero sí hacen colas para “rogar” una legal aceptación en el país por ellos elegido. La mayoría busca “el sueño americano”. Muchísimos han perdido la vida en su intento. Y lo más globalizado es la cola digital para pedir renovación de la cédula de identidad, licencia de conducir, certificado médico vial, solicitud de un repuesto, recepción de un aporte en divisas, caramba ¡ya basta de colas! Podemos seguir una ruta infinita de la cola, pero es pertinente y necesario concluir esta crónica con: el perro mueve la cola en manifestación de amistad a su dueño y quedó para la posteridad la frase: “mientras más conozco a la gente, más quiero a mi perro”. Por favor haga su cola.

La hierba solitaria

Vi una hierba atrapada entre el brocal de una acera y un lamido asfáltico. A su lado un depósito de retenidas aguas provenientes de los asaros digestivos expulsados por congestionado aparato excretor. Hoy se conocen como aguas servidas, otros los tildan de cloacas y en alto deplorable racismo también se apellan aguas negras. Sin querer, a modo de una simple curiosidad, me anclé en aquella simbiótica y tan insignificante hierba, con apenas tres hilachos de ramitas color verde, ella estaba íngrima. En la otra acera, que divide la vialidad en libre circulación, se observa el asfalto derruido, huecos, huequitos y en algunos tramos llega a cráteres sin ser exagerado. Lo cierto de la situación es cómo burla a la solitaria hierba. Del otro lado hay un bonito bosque con alta maleza, allí se esconden ratas relucientes de gran tamaño, sapos, sapitos y a veces las familias se alarman porque traviesos gatos enfrentan a fugitivas culebras.

Una bandada de aves gallináceas, a diario, hace fiesta con desayuno a base de una riquísima proteína aderezada con cardúmenes de gusanos que pululan a lo largo del cauce, arrastrados por aguas desbordadas de los sépticos vomitados debido a la carencia del urgido empotramiento de la red de cloacas. También he observado pájaros de diferentes especies; con sus vuelos en piruetas hacen aterrizajes en raudo desplazar y a veces pierden la vergüenza y se ponen a competir con las asiduas gallinas, gallos y sus inocentes polluelos. Sin estar programada en este relato pasó una vecina y al ver la algarabía de las aves, dijo como refunfuñando: “yo ni loca como una bicha de esa”. Yo solo me dediqué a un juicio interno con la trillada frase: “ojos que no ven, corazón que no siente”. Habría que agregar: “ojos que ven, estómago que se niega a comer”.

Quizás en estos tiempos de ajetreo político, procesos eleccionarios, mediática “el Esequibo es nuestro” y un grupo de damas que

propulsa la aprobación del aborto como vía perdurable al crimen legal. Aparecen como las moscas cebadas en el depósito de prístinas aguas, qué cosa extraordinaria, ellas se desplazan en ambas aceras con una cremita blanca y olores fétidos, pero sin haber pasado por ningún laboratorio de purificación; transcurridos algunos días estancadas, su color es hermoso como es el ‘vital líquido’. Pasa un perro y con suavidad sacia la sed. Los alegres caballitos del diablo se aparean en unión aérea después de separarse y en rasante vuelo llenan su tanque con alegría inusitada.

Una gata parida con 6 gatitos se ha convertido en asidua vigilante en los predios del verde bosque que nutre sus raíces del cauce permanente de aguas desprendidas del manantial de varios sépticos, que no resisten la presión de bodrio vecinal. Esa gata golosa sabe que los ratones o ratas tienen allí su hábitat, abrazadas a cucarachas de conchas negras las cuales, de tanto comer, se desplazan a paso de morrocoy. “Aquí no queremos políticos!”, pareciera expresar la hierba solitaria. Esa pícara plantita creo que vive mucho mejor que esas plantas gigantes con más de 50 años de existencia porque, sin saber de dónde viene la orden ni en qué estudio ‘fitoparasitario’ se basan, llagan cuadrillas armadas hasta los dientes. Aunque no utilizan rifles R-15, se ven filosos machetes, motosierras, escaleras mecánicas y en un abrir y cerrar de ojos el suelo queda anegado de invisibles lágrimas, de la resina desprendida de seres vivos encargados de regalarnos oxígeno y por supuesto una mejor calidad de vida.

¡Hace mucho calor!, esa expresión se escucha con frecuencia en los diferentes sectores de Upata; mientras tanto, la insignificante hierba con su trio de hojitas entre el brocal de la cera y la calle sin asfaltar, se le nota una felicidad evidente. En todo momento la he observado, recuerdo a *Don Quijote De La Mancha* en sus delirios de destrozar los molinos de viento para conquistar un mundo nuevo, prestigio y riquezas con el objetivo de obsequiarlo a su amada Dulcinea. Ella, la hierba, mueve sus hojas con aspaviento de movimientos constantes,

semeja hilaridad o carcajadas sin importarle la hediondez de las aguas putrefactas a su lado estancadas. Como quien no quiere la cosa, me acerqué y me vi reflejado en un mosaico de gran esplendor en el cielo a pleno día, no es necesario dirigir la mirada al poniente ni al ocaso; allí en esa poza se ubica un mundo en pleno gozo, el cableado de la red eléctrica no dice nada sobre los apagones diarios, debajo de las aceras se encuentra la instalación de tuberías de aguas blancas con sus permanentes interrupciones. Unos pajaritos montados en los tres transformadores que distribuyen el fluido eléctrico se reflejan en el espejo de agua y sin ninguna preocupación del costo de la vida, subida del dólar y bloqueos imperiales bajo el calor de su pareja elegida, fabrican el nido para perpetuar su especie, sus cantos son combinados con ligeros aleteos. Allí quedó la humilde hierba con sus tres hojitas reflejadas en un cielo límpido y su pequeña poza hirviendo de contaminación de agentes infecto-contagiosos. Hay sectores con nombres halagadores, La Esperanza es uno de ellos.

LXXXIII

La sayona de El Pao

Según narración del antropólogo, historiador y representante indígena Saúl Rivas Rivas, para la época de los años 1940 era común la aparición de espantos, chivatos y hechos misteriosos sin explicación alguna. Así, en la zona de La Primera Agua, jurisdicción de El Pao, con insistencia las familias de esa zona y sitios aledaños estaban alarmados con la salida de La Sayona. Siempre con luna oscura se escuchaban esos lamentos tan espeluznantes, por ese motivo se vieron obligados dormir temprano, por temor a las apariciones nocturnas. En una ocasión, Antonio Rivas Gutiérrez llegó paloteao y al ver a la familia alarmada por los gritos de la fulana Sayona, tomó la bácula, le metió una bala con sal y se escondió a un lado del camino, detrás

de un platanal y esperó con calma la llegada de la media noche. Con la finalidad de darse valor, se llevó un cuartico de ron blanco y a cada momento se empinaba un trago.

A las 12 de la noche se escuchó cerca del manantial de agua el primer grito: “Ay, ay, ay mi madre ¿dónde estás?... Ay, ay, ay que no te puedo encontrar...”. El celador se atragantó un palo doble y esperó que la figura se acercara más... cuando lo vio pasar accionó el gatillo y disparó dos veces la bácula y el grito de La Sayona se quedó en el aire porque sin esperar más, un hombre se quitó la vestimenta blanca y gritó: “¡mi compadre no me mate, soy su compadre Juan Yépez!”. Desde ese momento, se desapareció para siempre el grito asustadizo de La Sayona en El Pao. En cierta ocasión, Abelardo Rojas, quien reside en La Urbanización Villa Paraíso, en sector El Chapire, se fue a cenar con su familia a un centro culinario de Upata, degustó ricos manjares y luego regresó a su hogar.

LXXXIV

La prótesis extraviada

El otro día, bien por la mañana, cuando fue a cumplir con el cepillado de dientes se dio cuenta de que no tenía la prótesis dental superior y empezó a preguntar, primero a su esposa, luego a sus pequeños hijos y nadie daba razón de la dentadura postiza. Aquello llegó a ser un tormento para el técnico en refrigeración. En su desesperación empezó a sentir dolores estomacales, preguntó a un amigo y le recomendó comer bastante cambur para ver si le provocaba una efectiva evacuación y así expulsar la posible prótesis en el estómago, entonces fue al mercado y compró dos kilos de bananas y comió cual sediento. Al no responder ese método, hizo una urgente llamada telefónica al odontólogo que le había realizado la prótesis y le relató, con lujo de detalles, la grave situación en la cual se encontraba y el médico le explicó que, si se

hubiera tragado esa estructura el dolor de estómago fuera insoportable. Por tanto, no creía que la tuviera dentro de su cuerpo.

La casa y cuartos “los volteó” de arriba abajo y nada de la prótesis, para más alarma sentía punzadas en un costado de la costilla derecha y decía: “parece que se incrustó aquí” y le señalaba el lugar a su esposa. Ella, ya un tanto preocupada, le recomendó la necesidad de hacerle un eco, pero el costo en dólares no lo disponían. Ya Abelardo estaba al borde de una crisis nerviosa y a cada instante se repetía: “ahora el dinero reunido para reparar el carro, voy a tener que agarrarlo para volver a fabricar la prótesis, son como 200 dólares”. Al pasar dos días ya no quería ni siquiera sonreír, con pena de verse cual Drácula en pleno siglo 21. Para su tranquilidad, el tercer día bien por la mañana, notó que en la pared del baño se notaba un huequito ratonero, entonces metió la mano y casi en gallarda lucha con un ratoncito recién nacido, le arrebató la prótesis y de manera inmediata, la lavó con alcohol y desinfectante; se la colocó y regresó una amplia sonrisa a su rostro.

RELATOS

Salto portachuelo del ahorcao

Las imitaciones interpretadas por el ser humano son parte de la evolución milenaria. El teatro se vale de las máscaras escenográficas para exponer dramatizaciones de alegría, denuncias sociales, llamado a la sensibilización, el terror, el crimen, situaciones de misterio; porque la vida es teatro. Se sufre y se ama, eres actor y espectador... de esa dualidad nadie se escapa.

Rupertiño dice:

—Yo conozco a una fulana que se viste de varón y es una linda hembra, ella me tiene con el tuétano chorreado.

La conejita responde:

—Si quieres insinuar que yo uso máscara para hacer teatro, déjame decirte: no te metas en mi vida, soy feliz, soy auténtica, a nadie le pido para mis gastos y gustos.

Este drama se desarrolló en predios de San Lorenzo, Santa Rosa y Cupapuy. Fue un macabro suceso ocurrido en la década de los 50 del SIGLO XX y conocido como “El Salto del Portachuelo del Ahorcao”. Don José Marquesino y José Ruizal son los narradores testimoniales de este episodio que tuvo su desenlace en una noche de farras y velas encendidas.

La conejita le dijo a Olegaria:

—Yo vengo para Santa Rosa solo por verte. Mira que, sin importarme el peligro desde San Lorenzo, camino todos los días y tú no valoras para ser mi amiga.

Olegaria le refutó:

—Quiero que te quede bien claro: a mí me gustaría formar una familia como Dios manda y aunque tú andas vestida de hombre, todo el mundo sabe que eres una mujer, igual que yo y contigo jamás voy a tener mis hijos. Así que te pido de corazón y amistad, déjame tranquila.

—Yo te puedo ayudar para tus gastos de mujer, en tus estudios o lo que tú quieras. Solo quiero el bien para ti, ya eres mayor de edad y no tienes que pedirle permiso a nadie.

—Entérela bien de una vez, yo soy novia de Rupertiño, él es un muchacho de buena familia, trabajador y me ha prometido construirme mi casa y comprar mis corotos. Así que te agradezco que tires tus pretensiones para otro lado.

—¡Gran cosa elegiste! Ese es un pájaro bravo, anda detrás de mí y en varias oportunidades, cuando se echa los tragos, lo he puesto en su lugar. Si quieres pregúntale y así abras los ojos.

En ese pugilato de razones y rechazos, desde el fondo de la cocina, doña Ceferina escuchaba la conversación y a grito tendido dijo:

—Mira Olegaria, déjate de esa rochela con esa marimacho. Anda a revisar el cochino, bien sabes que la cochina de Juan José está en tiempo de parir y la cochina pintá se va a poner maluca y el cochino padrote puede hacerla mal parir.

—Ay mamá! Yo estoy poniendo en claro mi situación con la Conejita, usted sabe que yo estoy comprometida con Rupertiño... yo con marimacho no quiero nada de nada.

La conejita aseveró:

—Está bien, me voy... pero volveré, no te extrañes, puedes recibir una sorpresita con tu noviecito.

—¡Zape contigo! Déjate de tus amenazas, no se te olvide que tú eres mujer, no eres hombre... quítate ese disfraz, te ves horrible.

Para romper la discusión se escuchó un chillido de cochina herida o en peligro y doña Ceferina gritó:

—¡Olegaria! Fuiste a ver la cochina que va a parir en el chiquero del medio, si dejas estropear las crías vamos a quedar mal con Juan José. Recuerda que es un negocio a media en el parto, él ha gastado en alimento con dinero y nosotros en tiempo y atención.

—¡Caramba doña! Usted si es pesimista, ya voy a poner orden en el fulano chiquero.

Rupertiño al ver pasar toda apresurada a la conejita con su vestimenta de pantalón caqui, camisa blanca y sombrero de cogollo atiborrado cerrándole visión de las cejas, la floreó con versos atrevidos:

—Tú no eres hombre eres una flor/ déjame probar el néctar de tu amor/ yo te ofrezco cuidarte toda la vida/ no importa si tengo que padecer herida.

La conejita respondió con una estrofa cimarronera y amenazante:

—Para unirme a un mamarracho prefiero un perro/ algún día vas a sentir el aguijón del destierro/ ¿así pretendes hacer feliz a Olegaria?/ Te veré con tablas rotas en tu agropecuaria.

Para esos tiempos, en la vida rural crecían los muchachos viendo y escuchando a sus padres y vecinos sin que nadie les diera clases de

música. Agarraban un cuatro, maracas y con un tambor improvisado cantaban a rienda suelta y eran ellos quienes animaban los bailes, daban serenatas y amanecían en las parrandas.

La conejita y Rupertiño eran herederos de esa tradición de trovadores, que de forma relancina tenían a flor de labios la copla y la improvisación para fiestas y contrapunteos amanecidos.

Doña Ceferina le preguntó a Olegaria:

—¿Qué pasó Olegaria, ya parió la cochina? Aprovecha y aparta para el otro chiquero a la cochina pintá y al cochino padrote. Yo no sé quién dejó la reja abierta solo para estropearle el parto a Capullo de Algodón.

—¡Mamá que alegría! La cochina parió doce bellos marranitos, igualitos a la madre, todos blanquitos y gracias a Dios el cochino y su novia se pasaron para el chiquero de apareamiento.

Rupertiño, después del cruce de verso con La Conejita, montó en su mula con rumbo al rancho donde tenían su producción agropecuaria. Tierras en Predios de Cupapuy, vía hacia el cerro salto la Caratica. En su andar, lleno de alegría, se atrevió a pronunciar un monólogo sobre sus planes inmediatos:

—Tengo que mejorar la cerca, ampliar dos cuartos a la casa y replantar el techo porque se acerca la fecha del matrimonio con Olegaria, ella será la reina de todo lo que tengo.

Un vecino que estaba esperándolo le gritó: “¡Amigo Rupert! ¿Te volviste loco que ahora hablas solo?, ¿o es que la mula conversa contigo?

Rupertiño respondió:

—Épale Jacinto! No, no estoy loco, pero sí me siento enamorado de mi reina Olegaria y venía haciendo planes en voz alta, eso no es locura compadre, usted será el padrino de mi primera criatura.

—Gracias por su tan bonito gesto. Bueno es propicio alertarlo, tú bien sabes que a La Conejita le gustan las mujeres y para nadie

es un secreto que anda con la empalizada por el suelo al pretender a tu linda Olegaria.

—Gracias por el aviso, pero a esa marimacho la voy a poner en juicio cuando la convenza que para mujer el hombre es lo conveniente.

—Ten cuidado, recuerda que ella cuando se echa unos tragos se pone violenta y la semana pasada mis oídos la escucharon decir: “el mamarracho de Rupertiño se cree una gran joya porque se va a casar con Olegaria, yo le voy a dar un sustito, va a ver”.

—Bueno compa, no tengo otra salida, tendré que enfrentar al marimacho ese y a su hermano que es un pato declarado.

—Estoy a la orden para ayudarte a hacer en las mejoras que piensas emprender en la casa: la cerca, el techo, con el fin que tu futura esposa se sienta cómoda y feliz.

—Agradecido amigo, no solo ella, sino que espero sembrar de hijos estas tierras, por eso estoy emocionado y dispuesto a hacer realidad mis sueños.

—Dios te proteja, futuro compadre.

Esa tertulia se fue apagando con la llegada del ocaso y la noche vistió de luto la sabana.

Desde bien temprano, en casa de doña Ceferina, se veía un ambiente de alegría y vecinos curiosos por saber el motivo de tanta algarabía. Con la excusa de saludar, llegó Tiburcio Ascanio.

—Buenos días Ceferina, ese café atizado en fogón huele sabroso a leguas. ¿Cuál es la razón de tanto movimiento, con ese lechón amarrado y el perol con agua hirviendo? A la orden me ofrezco para matar ese bicho.

—¡Carajo! Usted como que no durmió completo para tan temprano venir a chismear.

—Doña Ceferina no diga eso, usted bien sabe desde que murió mi compadre Aquilino, siempre he sido su fiel servidor sin ningún interés.

—Para matar su curiosidad, hoy amanecimos alegres porque mi querida hija Olegaria y Rupertiño fijarán fecha para el matrimonio, ella se merece esta celebración.

—¡Ah caracha! Eso sí es una buena noticia. Su hija es una muchacha ofiosa y Rupertiño es un hombre de trabajo, responsable y con juicio, hacen una bonita pareja... yo me quedo aquí sin me haigan invitao.

—Déjese de tantos halagos y busque quien lo ayude para matar el cochino y tenga cuidao con la sangre y no se bote, que voy a hacer morcilla.

Tiburcio sacó del bolsillo de su pantalón una botella de ron blanco y se empinó un trago, y a modo jocoso respondió:

—Sus órdenes serán cumplidas patrona y, si no es mucho pedir, como es tiempo de abundante maíz tierno se puede hacer una chapada con manjar de queso, mantequilla llaner y se echa a perdé una fritada con la cabeza del lechón y asadura aliñada.

—Ta bien pues, límpiate el bigote, te quedó lleno de grasa.

Tiburcio se volvió a zumbar un palo de ron y terció:

—Solo lo digo para completar el menú, usted lo decide Ceferina.

Rafael Marquesino se apoyó en su bastón para caminar y recordó un curioso hecho vivido en su infancia:

—Hoy tengo 84 años de vida y me crié en correrías de Santa Rosa, Cupapuy y San Lorenzo bañándome en las cristalinas aguas del Morichal de las comidas, vía El Manteco.

Marquesino quedó como en trance, pensativo y afloró su relato:

—Ese día iba para casa de Rupertiño y cuando pasé al frente del cerro Salto la Caratica, vía que conduce a Aguas Blancas, venía Fausto López. Traía a su mujer envuelta en una hamaca con aprietos para parir y el parto se adelantó en su propósito para llegar al pueblo.

Fausto le dijo a Rafael:

—Mira muchacho, ayúdame a cuidar a María, la llevaba para el pueblo, pero Dios decidió otra cosa. Yo voy rápido a buscar al comisario Paulino Sánchez, así la llevo a Upata en su carro oficial.

La señora quedó apostada debajo de una frondosa mata de aceituno... de repente gritó:

—¡Ay mijo! Ya no aguento más, voy a parir. Ayúdame, no la dejes morir, no dejes morir a mi criatura.

Rafael respondió:

—Yo nunca he asistido un parto, pero dígame ¿qué debo hacer? Ya viene saliendo, se le ve la cabecita.

—Bien, ¡ay!, ya siento su nacimiento, ayúdalo a salir.

Sin muchos apuros, al momento se escuchó el llanto de una niña que nació en plena sabana y a la intemperie, recuerda Rafael Marquesino.

—Yo todo nervioso no sabía qué hacer, ella me orientó para que acostara a la niña a su lado y como a mí nunca me faltaba una navajita come mango, corté el maruto y se lo amarré con un pedazo de franela y le limpié la sangre de su cuerpecito.

Cuando regresó el preocupado padre acompañado del comisario, al ver que todo había salido sin problemas, se regresaron a la casa.

Rafael le dijo al señor Fausto:

—Bueno, hice lo que María me iba diciendo, gracias a Dios todo salió bien, señor Fausto.

—Estoy agradecido muchacho, pero te voy a pedir otro favor, ensilla la burra y avísale a doña Luisa. Dile que María parió para que venga y le haga el aseo necesario, aquí hay alcohol, algodón y gasa. Anda rápido por favor.

—Quédese tranquilo, ya pasó todo sin peligro y esa muchacha nació con hambre. Mire como está pegada a la teta, ya le traigo a la abuela.

En casa de doña Ceferina se vivía un ajetreo bullicioso: en la cocina, el fogón alegraba desde lejos el olfato, el cochino frito chirriaba

en una paila. Más apartado un reluciente budare despedía cachapas volteadas por manos expertas. El cuatro, las maracas, un viejo violín y una bandolina le hacían acorde a los trovadores que venían llegando, muchos de ellos sin recibir invitación. El rumor de la mañana se expandió como pólvora en los alrededores y Tiburcio ya con los humos en la cabeza los recibía. La fiesta agarraba calor en espera del anuncio para la fecha del matrimonio y como visitante invitada llegó doña Filomena García, proveniente de San Lorenzo y fue motivo de sorpresa en la concurrencia.

Tiburcio todo emparrandado dijo:

—Bienvenida la reina del buen bailar y cuenta cuentos de misterios, y a propósito: ¿no recuerdas uno bueno de su repertorio?

—Saludos a todos, mis respetos para los futuros esposos, mi comadre Ceferina y amigos visitantes. ¡Claro!, que tengo un breve relato que sucedió hacia los laos' de la Caratica. Bueno, exactamente más adelante del paso Morichal de Las Comidas. Pongan atención.

Tiburcio dijo, alegre:

—¡Esa es la representación de San Lorenzo!

—No seas agua fiesta, Tiburcio.

Doña Filomena exigió un trago puro y comenzó su relato:

—El protagonista de este suceso es de carne y hueso, no es ningún cuento ni cosa inventada, es la purita verdad. Su nombre es Celestino Rondón.

—Yo lo conocí, él era bonguero, pero más cascarrabias que potro cerrero.

—Les agradezco no me interrumpan, sino tome quien le dé la gana la palabra y yo escucho.

—Disculpe, soy Julián Parranda, a partir de ahora seré todo oídos.

Filomena reposó su carácter y encaminó sus palabras sobre lo ocurrido con Celestino Rondón.

—Cuando nacen nuestros hijos los cuidamos, alimentamos y durante toda la vida son los ojos de los sueños más elevados. Algo

así parecido llegan a ser los animales que nos acompañan como fieles aliados, sea un perro, un loro, un burro, un caballo, una mula y se puede mencionar una larga lista.

—¿Y cuál es el misterio del cuento?

Volvió a interrumpir Julián Parranda.

—Ah pues, ¡qué vaina! Le cayó mosca al guarapo.

—Lo juro, no vuelvo a meter la pata.

—Bien, esto ocurrió en la vía hacia El Manteco, en alrededores del Morichal de las Comidas. Eran tiempos cuando los llamados bongueros llevaban y traían alimentos, ropa y mercancía variada, conducidos en mulas, burros y arreos dirigidos por caballos. En el caso de Celestino Rondón, tenía un atajo de burros y siempre iba acompañado de una manada de perros.

Tiburcio se acercó a Filomena y le ofreció:

—¿Quieres un trago, mi querida Filo?

—Venga pues! Y déjame terminar.

—Dale con furia, después de ese cuento vamos a bailar la chicharra.

Prosiguió Filomena con el relato:

—El hermano de Celestino, Santino, confirmó este episodio con todos sus detalles. Él siempre lo acompañaba en su actividad de bonguero. Un buen día venían de Cupapuy con destino para El Manteco, la carga puesta a los burros cimbraba su resistencia de nobles servidores; pero entre los cinco animales iba un pollino con su primer trabajo de larga trayectoria y cuando pasó el tramo del Morichal de Las Comidas, antes de llegar al Salto del Portachuelo, no aguantó el peso de la carga y se derrumbó estrepitosamente.

—Ese Celestino era un criminal, solo pensaba en sus ganancias sin considerar a ese pobre pollino.

Volvió Tiburcio a brindarle un trago a Filomena:

—Échate otro apuraíto Filo. Juan Parranda ya está jumo, no le hagas caso, sigue el relato que se pone emocionante en tus labios.

—Deja la piropeadera Tiburcio, recuerda que yo tengo mi pareja... Celestino, al ver al indefenso burrito tirado en el charco de agua, sin ninguna clemencia sacó el filoso colín que llevaba en la funda de la grupera y de un solo tajo le cortó la cabeza. La sangre tiñó de rojo el agua en su agitado recorrido hacia el salto de las lajas.

—¡Dios mío! ¿Por qué será que hay seres tan crueles?, deja ese cuento hasta ahí, no quiero pájaro de mal agüero en este día tan especial.

Así reaccionó Olegaria al escuchar el crimen del pollino.

—Anda, vete para la cocina muchacha y déjame concluir mi charada que forma parte de nuestra historia local.

»Eso no terminó ahí. Celestino, lleno de rabia y sin ningún miramiento, empezó a bajar la carga para distribuirla entre los cuatro burros y seguir la larga ruta hasta El Manteco. Al sacar un cajón lleno de quesos, se salió uno y cayó al suelo, un perro que no había comido, sin recelos, le dio un apurado mordisco. Esa travesura le salió caro porque su dueño en lugar de espantarla, le dio un certero golpe en el cuello con el filoso colín y la cabeza se fue como un barquito de papel, dando tumbos hacia el salto de ruidosas aguas».

—¡Virgen María purísima!... tómate este guatacarazo y termina rápido, esto es una fiesta no

—Deja la payasería Tiburcio, son cuentos de ayer.

Todos los presentes estaban a la expectativa para conocer el final del misterioso relato.

—Este es el último episodio: un buen día Santino andaba emparrandado, con su vieja guitarra terciada en el hombro y las copas pasadas en la cabeza y sin casi respirar, narró el triste final de su hermano Celestino Rondón.

En ese instante llegó Conejita, vestida como siempre de fingido hombre y por saludo dijo:

—Para relatos de misterios tengo yo a montón, con el perdón de Filomena porque ella es la mejor en su estilo en San Lorenzo.

Intervino Tiburcio:

—Déjate de pendejadas, no vengas a estropear este festivo momento, se te agradece.

Rupertiño que había llegado ataviado de un completo traje negro, sombrero de copa y relucientes botas, ripostó:

—Dejen quieta a Conejita, después que Filomena termine su cuento vamos anunciar fecha de nuestro matrimonio.

—Bueno, aquí concluyo porque esto se convirtió en una gallera. Santino cantó sus mejores piezas musicales, de repente detuvo el sonar de la guitarra y confesó a voz propia:

»Yo ando de parranda y de duelo, justo en una fecha como hoy se cumple un año de la muerte de mi hermano Celestino... aquella mañana cuando lo visité lo encontré tirado en la hamaca y por saludo me dijo: "hermano quiero que me cantes "La Despedida" y después vas a buscar a doña Cristina para que me rece un rosario de perdón". "¡¿Qué te pasa hombre?!" . Y con voz entrecortada le respondió a Santino: "te ruego jamás maltrates a un perro o a un burro, ni ningún otro animalito indefenso. Eso es un pecado terrible, eso me ha pasado a mí, mi alma busca alivio hermano".

»Le canté "La Despedida" y al dar el último acorde levantó la cabeza y con los ojos bañados de un rojo en sus pupilas, sin explicación, comenzó primero a ladrar con un quejido de perro asustado: jau-jau-jauuuuu y después, para mi gran sorpresa, imitó el rebuznar de un burro y se acostó de nuevo. Al querer moverlo ya era cadáver... a lo lejos vía Morichal de Las Comidas, se escuchó ladrar de perros y el correr sonoro de burros en estampida huida».

Todos quedaron a la expectativa y Tiburcio rompió el hielo al decir:

—¡Bravo Filomena, te la comiste! Con ese cuento tómate este palo recargado y que suene el cuatro, las maracas y la bandolina para retomar el ánimo y celebrar por los novios

—Gracias, eso ocurrió en esta tierra, es auténtico.

Como lo había comentado Rupertiño, después de finalizado el cuento, anunciaría la fecha de matrimonio en pleno patio acompañado de Olegaria y Ceferina. Este habló:

—Muchas gracias a todos los invitados y a quienes se han coleado, para nosotros es un honor anunciar fecha de nuestra unión y eso será el 24 de diciembre. Estamos en octubre, nos quedan dos meses para los preparativos, así que tengo bastantes ganas de trabajar y hacer una fiesta como jamás se ha realizado en esta región. Cuento con ustedes.

Dicho este esperado anuncio se hizo el bullicio con el cuatro, el violín, la bandolina y apareció una vieja guitarra; hicieron la fiesta en la animada reunión... La Conejita recostada de un pretil en soliloquio pronunció:

—Eso lo veremos mamarracho, Olegaria no puede estar tan ciega, ella tiene que escucharme.

La fiesta se cumplió a todo dar, casi al amanecer se fueron los últimos invitados con la parranda callejera muy animada.

—Bueno, lo que viene ahora es trabajar duro para conseguir la plata y poder realizar las mejoras a la casa y hacer una fiesta en grande con el matrimonio.

Así pensaba Rupertiño con relación a su nuevo estado civil próximo a cambiar. Habló con un grupo de carreros organizado con penetración a las zonas mineras y se fue sin más contratiempos.

—Olegaria te veo nerviosa, ¿qué te pasa?

—Ay mamá, esa bendita marimacho me tiene hasta la coronilla con sus insinuaciones que acepte ser amiga íntima de ella y no se cansa de hablar mal de Rupertiño.

—A esto hay que buscarle solución porque la próxima semana viene tu prometido, eso fue el recado que me dio Julián. Según les fue muy bien en el corte que trabajaron.

—Gracias a Dios, él se fue esperanzado en conseguir la platica para el matrimonio.

Justamente como había avisado Rupertiño venía en compañía de cinco compañeros de faenas, su mula mostraba el cansancio del trajín del viaje, las alforjas llenas de oro y mercancías estaba reflejada en la carga.

—Ya estamos en nuestro territorio hermanos, ustedes pueden seguir, yo voy a pasar un rato por mi rancho y luego los alcanzo.

Esa fue la propuesta de Rupertiño.

—Tenga cuidao hermano, no se le olvide que vienes con un valioso tesoro.

—Vayan tranquilos amigo Beltrán, solo paso un rato y sigo.

Cuando se dispuso continuar el tramo que faltaba para llegar a su destino, se sorprendió al ver a una bella mujer vestida con largo traje que lo invitaba a conversar debajo del frondoso aceituno, cerca del cerro Salto La Caratica camino Salto del Portachuelo.

—¡Carajo! Esto sí es un encuentro grato.

—Hoy seré tuya para siempre, como me lo has pedido en varias oportunidades. Vamos a la quebrada en el salto.

Los cuatro amigos de Rupertiño dieron la noticia de que venía detrás y Olegaria, al escuchar esa grata información, se fue a arreglar para esperarlo más bella que nunca.

—¡Ay mamá! Creo que Rupertiño se está quedando mucho, ya de sobra es tiempo que esté aquí.

—Tranquila hija, algún contratiempo habrá tenido. Ya le tengo la comida lista que a él le gusta mucho con carato de maíz, aderezadas con clavitos y canela.

—Unja, lo tienes acostumbradito.

—Después te toca a ti, mijia.

Los amigos de Rupertiño llegaron a casa de doña Ceferina con garrafas de alambique y un cuatro bullanguero para celebrar la jornada exitosa en la mina y al no encontrarlo, se preocuparon.

—Comadre, ¿qué sabe de Rupertiño?

—Bueno, desde que ustedes pasaron avisando lo estamos esperando.

—Esto está bien raro, nosotros vamos a buscarlo.

—¡Ay!, se lo agradecemos. Aquí lo estamos esperando.

Esperanzada quedó Olegaria por el regreso de su amado ante la promesa de su futuro compadre Jacinto. Sin embargo, al llegar al frente del cerro Salto La Caratica, se llevaron una gran sorpresa.

—¡Dios mío! ¿Qué pasó?, la mula anda sin la carga y mi compadre no se ve por ningún lado.

Casi al unísono se escuchó:

—Vamos a rastrear todo el terreno. Como dicen en el argot policial, vamos a peinarlo palmo a palmo.

Al encaminarse hacia la quebrada del Salto El Portachuelo, cauce Morichal de las Comidas, quedaron petrificados por el macabro hallazgo.

—Vengan todos para acá, aquí está Rupertiño, lo ahorcaron y lo taparon con ramas de aceituno.

—Lo mataron para robarlo, ¡qué desgracia!

—Anda Jacinto, rápido busca al comisario y que venga a realizar la remoción del cadáver. No le digas nada de esta tragedia a Olegaria.

Olegaria le comentó a su madre, visiblemente preocupada:

—Mamá, tengo un mal presentimiento. Ahorita vi a Jacinto que iba en la mula de Rupertiño, al ratico pasó el comisario en alta velocidad.

—Hija ¿no te dijo nada Jacinto?

—No me dio tiempo a preguntarle porque se veía nervioso y apurao.

—A quien vi fue a la bicha esa de La Conejita que llevaba un saco en el hombro. Iba para San Lorenzo, su andar parecía como nerviosa y espantada.

Después de los trámites legales, el velorio de Rupertiño fue el suceso de fin de año, pues se tenía prevista una gran fiesta de

matrimonio y ahora una fúnebre urna recibía lágrimas dolorosas de la sufrida novia Olegaria.

—Amor, tantas ilusiones teníamos y me dejas con el corazón partío. ¡Dios! ¿Por qué te lo llevas?

El velorio amaneció con una concurrencia de familiares y amistades. El entierro desde la casa hasta el sepulcro fue acompañado por un grupo musical que hizo más dramática su despedida.

—Mi mijita, ya pasó un año de la muerte de tu novio, ya no volverá. Es tiempo que te quites ese luto. Ahora el 24 de diciembre, fecha de tu malogrado matrimonio, vamos a hacer unas hallaquitas y recibimos Navidad y Año Nuevo en alegría esperando tiempos mejores.

—Está bien, dile a Tiburcio para que me ayude. Ya voy a hablar con Jacinto, mi compadre que el destino no pudo hacer realidad.

Con bríos renovados, después de haber pasado un año de aquel sorpresivo y macabro crimen, no se había podido descubrir el culpable. Familiares y amistades se disponían a festejar en Nochebuena.

—Compadre Rafa, ayer fui a cazar por el cerro Salto La Caratica cuando iba bajando por el ahora llamado Salto Portachuelo del ahorcao, en la caída cascada Morichal de Las Comidas, escuché primero un llanto de recién nacido. Allá abajo, vía Chaguaramal, oí un lastimero ladear de perros y para remate un rebuznar de burro que se escuchaba como un quejido.

—Bueno, a mí me ocurrió algo parecido: hice una troja para velar y pasadas las 12 de la noche, después que la luna se ocultó en una nube, escuché el típico mujido del venao comiendo aceituno donde yo velaba y alumbré por todas las vías y no se vio nada.

—Dios nos cuide de espantos y almas en pena.

—No se te olvide que debajo de ese aceituno y sus alrededores han pasado tres sucesos muy mentados. Primero, el nacimiento de una niña en plena sabana, la cruel muerte del pollino y el perro

degollado, por manía de Celestino Rondón y más recientemente la tragedia de Rupertiño.

—¡Ah es verdad! Ese lugar es conocido como el Salto Portachuelo del Ahorcao, bien cerquita del Salto La Caratica.

—De eso se va a cumplir un año y parece que fue ayer.

Esta conversación la entablaron Rafael Marquesino y su compadre José Ruizal, ambos protagonistas y testimoniales de este relato.

—Jacinto, ayuda a moler el maíz para las hallacas y bollitos picantes. Ceferina es maestra en preparar el guiso, nadie como ella.

—Amigo Tiburcio, en lugar de prepararnos para celebrar un año de matrimonio de mi compadre Rupertiño, como desgracia nos reunimos para recordar su muerte. Bueno, la vida es así, tenemos que seguir hasta que Dios nos dé respiro. Cada quien con su destino.

A eso de las 5 de la tarde, ya los invitados tenían humo en sus cabezas por la ingesta de licor, cantos y anécdotas de Rupertiño; las hallacas hervían en el perol fondero con un fogón más alegre que tizón al rojo vivo.

—Llegó el mojón que le faltaba al escusado.

Esa expresión la vociferó Tiburcio al ver llegar a La Conejita, conocida también como Vale Petra.

—Bien raro verte aquí, tenías casi un año que no venías por estos lares.

Esa fue la bienvenida dada por Olegaria y le reclamó por presentarse en evidente estado pasado de copas, o sea borracha, con un cuatro en sus manos.

—Vine solo por un ratico, para dar a conocer algo que me ha tenido atormentada durante un año.

—¡Ay mamita! ¿Será mi presentimiento que hoy se va a despejar?

Así manifestó el clamor de Olegaria a su madre.

—Escuchen este verso y después me voy.

Eso dijo conejita y con su cuatro, sin dejar a nadie reaccionar cantó:

—No se fijen en ojos negros o rallaos/ yo fui quien mató a Rupertiño en el portachuelo del ahorcado/ era primo hermano mío y sobrino de Wenceslao/ su muerte fue por el amor de Olegaria robao.

—Yo lo presentía! Malvada marimacho.

Olegaria, armada del cucharón de sacar las hallacas, se lanzó contra Vale Petra para golpearla, pero Jacinto la agarró y gritó:

—Tiburcio, agarra a esa asesina y anda a buscar al comisario para que se pudra en la cárcel, este engendro endemoniao.

El comisario alarmado hizo acto de presencia y expresó:

—Quedas detenida y después del acto incriminatorio te vas a pudrir para la cárcel en Ciudad Bolívar.

—Bonito el acto cometido, contra un muchacho en plena juventud y futuro.

—Yo sí lo hice, no me arrepiento, él me había arrebatado el amor de Olegaria.

Y por mucho tiempo quedó en la memoria de los parranderos que repetían los versos de Vale Petra o Conejita:

—No se fijen en ojos negros o rayaos/ yo fui quien mató a Rupertiño en el portachuelo del ahorcao/ era primo hermano mío y sobrino de Wenceslao/ su muerte fue por el amor de Olegaria robao.

El toro y la burra asesina

Las riberas del río Yocoima son testigos de multisapidas vivencias, escondidas en baúles añejos de la memoria y el recuerdo imperecedero.

Hoy nos adentramos en escondrijos del misterio con testimonio narrado por una hija de nuestro terruño. Así en un despertar rodeado de Mercedes Gil, poeta militante. Bien cerca estaban Mariela Soloza y Juanita Aguilera... Este cuarteto había asistido al décimo primer encuentro de poesía promovido por la Fundación Poetas del río, en ciudad Bolívar.

Cuentos, relatos de espantos, fábulas y mitos están esparcidos hacia los cuatro puntos cardinales de Upata y sus calladas colinas, convertidas en serranías.

Mercedes Gil narró una noche de inquieta infancia que rememora:

—Tenía como diez años de edad, eran las dos o tres de la madrugada, sin saber exactamente; hoy lo sostengo por el peculiar canto del gallo, cortito y se escuchaba como una plegaria o ruego al oído de las gallinas que le daban calor.

Por un instante se queda pensativa, como hilando el relato y continúa:

—Yo vivía al final de la calle Sucre, al fondo de mi casa eso era monte, culebra y el misterio de las aguas del río Yocoima. Esa noche fue inolvidable... de pronto sentí un calorón que me asfixiaba, sin pensarlo dos veces, me bajé de la cama, oriné y cuando regresaba al cuarto vi como un celaje con pisadas resonantes... Entonces me asomé por la ventana... casi me da un infarto o algo parecido... Allí en plena calle... estaba un toro negro gigante... ¡Mamá!, grité envuelta en un miedo espantoso... me aparté apresurada y corrí a los brazos de mi alarmada madre.

La sorprendida madre le pregunta:

—¿Qué pasó, hija? ¿Por qué ese grito tan feo?

Por toda respuesta le contestó:

—Allá afuera, en la calle, vi un toro negro gigante y lo más temeroso era su mirada con destellos de brillo maligno.

Al escuchar la desgarradora confesión de Mercedes, la sorprendida madre se asomó por la ventana y como cosa extraña, no observó ningún rastro del toro vestido de luto, pero sí olió un almizcle sulfuroso en el aire... Regresa al lado de su nerviosa hija y la consuela.

—Mi muchachita linda, allá afuera no se ve nada. Te ruego, si despertas por cualquier motivo no tengas pena ni miedo, me llamas para acompañarte al baño o conversar nuestras cosas de madre a hija y que Dios nos cuide de todo mal.

Mercedes respondió:

—Sí mamá.

La inquieta niña hizo amago de que estaba dormida. Sin embargo, en realidad, su pensamiento veía en mil formas al gigante toro negro con sus ojos brillantes, como desprendiendo fuego de furia contenida. Ella pensó en voz alta:

—Será que los animales también tienen alma y este bicho tan horrible sale en pena para calmar su castigo en la tierra.

En Upata se vivía plena época de invierno, relámpagos, truenos, centellas tumba ceibas... Al amanecer, Mercedes y todas las familias que habitaban las riberas del río Yocoima hacían desfile de miedo; ya tenían dolorosas experiencias que las crecidas sin ningún control, arrasaban los enseres domésticos, ranchos construidos a orillas del poderoso caudal fluvial... Y como ícono para el recuerdo de tantos momentos vividos, cuando la muchachada que habitaba esos alrededores sintió un dolor... un vacío al saber que nunca jamás volverían a degustar el sabroso mango piña, el cual fue delicia de una generación en los predios al final de las calles Unión, Sucre, Monagas y Barrio Merecure.

Mercedes recordó ese momento.

—Para todos nosotros cuando amaneció aquella mañana de mayo, al ver el poder indetenible de las furiosas aguas que, sin ningún miramiento, poco a poco fue derrumbando el alto muro de contención y como un Hércules acuático arrastró sin ninguna piedad aquel inmenso y frondoso mango piña... Eso fue una pena, una desgarradora pena porque no volveríamos a comer tan delicioso fruto...

—Y para mayor tristeza fue ver el cargamento de mangos que lentamente, como si fuera un barquito de papel, se iba desapareciendo de nuestra visión... Ese día lloré y aunque los demás muchachos se reían, yo no pude contenerme y grité a todo pulmón: adiós... adiós

manguitos y salí corriendo para mi casa a completar el velorio que llevaba dentro de mi pecho con emociones encontradas.

Las noches con luna llena en Upata tienen un largo legado de románticos momentos vividos por nuestros antepasados... Así en la época en la que no había llegado el servicio de electricidad con tendido de postes en las calles, avenidas y en los hogares... Fue común ser testigos de innumerables sucesos por demás extraños y misteriosos, comparables a las mil y una noches.

Nuevamente nos topamos con Mercedes Gil, ahora no tan niña sino en plena adolescencia. Ella con su cabellera suelta, mirada acaramelada... Hablan sus labios cuando creció en permanente contacto con el río Yocoima... Y razonó como hablando un monólogo:

—Si hubiera estado en poder de decisión, jamás se había concretado destrozar un alto y largo promontorio de rocas... eran lajas de color cristalino. De la noche a la mañana llegaron gigantes máquinas, “yumbos” creo que las llamaban... y poco a poco desbarataron ese paisaje tan bello; nosotros las utilizamos para jugar escondido... Era como un mirador hacia el impetuoso río; eso ocurrió cuando iban a construir el Puente Bolívar.

Mercedes vuelve con sus remotos recuerdos del toro negro y sobre cosas sacadas de un animado cuento de misterio, confesó toda emocionada...

—Tengo todavía en plena memoria la versión referida en relación a la aparición del corpulento animal... Se sabe que esa zona en las riberas del río Yocoima eran tierras con numeroso rebaño de ganado. En un punto de esas rancherías existió una rica familia de apellido Zaragoza y su dueño supuestamente hizo una promesa para no quedar en ruina, la cual consistió en enterrar vivo a su toro padrón y se lo ofreció al Dios de los cachos y sartén en mano.

Mercedes cavila un instante y regresa al relato...

—Pasaron como dos meses, quizá menos o más tiempo y vuelvo a ser testigo de otra espeluznante aparición: después de acostarme

en santa tranquilidad, pasada la una de la madrugada, me desperté y escuché un ruido persistente. Sin tomar en cuenta la sugerencia de mi madre, que la llamara para acompañarme, me asomé por la ventana y a primera observación no vi nada.

—Pero guiada por el ruido, nuevamente vi al toro negro. No estaba al frente sino en un costado hacia la orilla del río donde hoy queda el callejón Sucre y bramaba con agudos resoplidos, sus patas delanteras sacaban polvorienta tierra con una furia que retumbaba en el silencio de la noche. Posiblemente era el lugar donde el ganadero lo enterró vivo, al ofrecerlo al Dios del Infierno.

Al amanecer del otro día, Mercedes no comentó nada de lo observado. Sin embargo, el presagio no pintaba pinceladas blancas. A los tres días de ella ser testigo de esa segunda aparición del toro negro, el dueño del fundo murió... Al poco tiempo llegó una familia a hacerse cargo de los oficios de la casa y el ganado. Confiesa Mercedes que era un grupo numeroso y bien humilde.

Mercedes con tristeza describe el hecho ocurrido.

—Además de las vaquitas dejadas en esos predios, quedó una burra negra con una mancha blanca en la frente... Esa burrita fue protagonista fatal... porque una mañana amaneció con un pollino nacido en la noche y cuando los chicos despertaron, una niña como de cuatro años de edad, en su infantil inocencia, se acercó a tocar al tierno burrito. La celosa madre le mordió la cabeza y su débil cráneo fue triturado y murió al instante.

Un viejo, conocedor del lugar, se arregló un destortalado sombrero cogollo y comentó:

—Allí exactamente donde la burra mató a la niña, fue el sitio que se dice enterraron vivo al toro negro padrote del ganadero Zaragoza.

“¡Virgen María Purísima! Que Dios nos agarre confesados y en santa protección”, fue la plegaria de la madre de Mercedes y se persignó en tres oportunidades y apuró el paso.

—Vente Mercedita, vamos a la casa a prender una vela y rezar por tantas almas en pena.

La hoy señora Mercedes Gil, imbuida en sus recuerdos de infancia vividos con intensidad en los predios del río Yocoima, apoltronada en un costado del Museo Jesús Soto, de una forma coqueta y plena de gracia atornilló a cascada de su cabellera, su mirada tomó un brillo de poniente sol y expresó:

—También en esos predios al final de la calle Sucre, camino que desemboca en un callejón, yo viví con los muchachos y muchachas de la familia Jiménez... Una noche cuando jugábamos, fuimos testigos de un acontecimiento que nos congeló la sangre del susto... Primero sentimos un gran vendaval como un huracán, con vientos que silbaban... parecido a aullidos de perros cuando ven visiones malignas.

Mercedes sorbió un trago de café que le habían brindado y volvió con sus vivencias de infancia.

—Al sentir ese ruido horrible, todos buscamos abrazarnos y el pánico se hizo alarde porque esa ventolera se convirtió en una veloz bola de fuego... Hizo remolino justamente en el lugar donde había yo visto el toro negro y el mismo sitio que la burra negra mató a la niña... y lo más escalofriante fue cuando esa encendida bola de fuego se retiraba, se escuchó un llanto desgarrador de un recién nacido y finalizó con el horripilante bramido del toro negro, como si saliera del fondo de la tierra.

Al pronunciar esas palabras se quedó como absorta con la mirada perdida... no pudo contener la emoción y una lágrima rodó por sus blancas mejillas y casi balbuceando sentenció:

—Paralizados del miedo escuchamos un fuerte chapuzón en las desbordadas aguas del río Yocoima, cruce altura del Puente Bolívar...

—Todo quedó en silencio, fiel cómplice a estos sucesos tan extraños que no tienen explicación.

Espanto de Los Mamones

Este misterioso caso sucedió en San Martín, Caserío Los Mamones, según narración oral transmitida por un anónimo octogenario, cuando transcurría la década de los años 50. En diferentes sectores campesinos, alrededor de Altagracia, habían muerto dos niños de manera extraña: con un orificio en el ombligo, parte que le cortan al recién nacido. Así que esta espeluznante historia me la contó un viejo octogenario que no quiso dar su nombre al público.

Sucedió que, a mediados de la década de los 50, vivía en el caserío Los Mamones una pareja formada por Gumersindo Loreto y Ruperta Márquez. Llegó el momento de dar a luz su quinto hijo –tenían tres varones y una hembrita-. Como era costumbre, el hijo mayor de la familia fue enviado a buscar a la comadrona quien vivía cerca del vecindario, vía hacia Altagracia. El viejo narrador aseguró que eran como las diez de la noche cuando el jovencito llegó corriendo con la respiración agitada, tocó la puerta y la vieja comadrona, al conocer el motivo de la visita inesperada, dijo:

—¡Qué buenol!, espera un momentico que voy a preparar mis cosas y nos vamos.

En la casa de la parturiente, se escuchó un lastimero quejido.

—¡Ay Gumersindo!, creo que no voy aguantar que llegue la comadre.

—Tranquila Rupe, hace un ratico escuché los perros ladrar, seguro es la comadre y Juanito que vienen pasando la quebrada de Parasco. Cálmate porque espero a mi segunda hembrita para que le haga compañía a Gumersinda María y a ella la vamos a bautizar con el nombre de Rupertina Josefa.

Gumersindo estaba en lo cierto, al instante llegó Dorotea Beltrán.

—Gracias a Dios que se presenta comadre, ya siento el parto con rompimiento de fuente, como dice usted.

—Tranquila comadrita, déjeme preparar un agua caliente y le damos salida a este sabroso pimpollo.

La parturienta no le dio importancia cuando a la comadrona le brillaron los ojos con la malicia en cierre al expresar su satisfacción por el recién nacido.

A eso de las 11:20 de la noche se escuchó un sonoro llanto vital, había nacido una linda niña que llevaría el nombre de Ruperta Josefa en cumplimiento al deseo de su padre. La comadrona mostraba nerviosismo y un apuro inusitado por irse a su casa. Gumersindo intervino y le dijo:

—Comadre, gracias por su atención y le preguntó: ¿cuál es su apuro en irse a media noche? Aquí hay espacio para que usted duerma y además quiero tenerla cerca en caso de que Rupe pueda presentar algún problema con el parto.

—No se preocupe compadre, yo vengo temprano y me quedo todo el día, pero ahora tengo urgencia de irme a la casa y le agradezco no se moleste en acompañarme. Es necesario irme sola porque ya van a ser las 12 de la noche.

Y sin más explicaciones se marchó con apresurado caminar.

De manera inexplicable, afirma el viejo narrador.

Antes de llegar al cruce de Los Mamones, donde hoy queda en ruinas el local El Brasero de Joanna, la mujer se internó en un intrincado bosque de bambú y se hizo un silencio sepulcral. A lo lejos, camino a Parasco, se escuchó una carcajada gutural, similar a los lamentos de lechuzas con el fin de encantar a sus posibles presas nocturnas. En casa de los felices padres, bendecidos con una fuerte y sana niña, se mantienen despiertos con celoso cuidado de Ruperta Josefa. Van a ser las 12 de la noche y vuelve a cantar la lechuza, ahora imitando a un conejo en celo. El perro se encrespó con pasaje de luna llena y degolló un lamento llorón sin levantarse de su refugio dormitorio. Gumersindo, sentado sobre la esquina de su poltrona,

agilaba su segundo tabaco y sorbía un tinto guayoyo. Al escuchar aquellos escalofriantes sonidos se persignó y espetó:

—Dios nos cuide de todo mal, virgencita interpone tu bondad y apiádate de mi familia.

Cuando el viejo reloj colgado en la pared del humilde hogar indicó las 12 de la noche se escuchó un ruido estrepitoso, además, se coló un gemido detrás de la ventana del ala de entrada. Gumersindo con cierto temor salió al porche y en la mano derecha relucía un filoso machete cuatro canales, pegó un grito al silencio escondido en la penumbra nocturnal:

—¿Quién anda ahí?

Ante la estentórea pregunta se escuchó un ruido hacia el ala izquierda de la casa y hacia allí dirigió sus pasos el inquieto Gumersindo.

—Es humana presencia o sobrenatural quien merodea en nuestro hogar.

De sobresalto, Ruperta gritó alarmada al ver que un raro animal trataba de chuparle el ombligo a su recién nacida hija.

—Rupe, ¿qué pasa?, ¿por qué gritas así?

El sorprendido padre entró en estampida al cuarto donde descansaba su esposa y la tierna hija. Al ver el macabro animal sobre la cama, la esposa arrinconada tiritaba de miedo mientras tenía apretada en sus brazos a la criatura. Gumersindo, enceguecido al ver la intención del macabro espanto, arremetió contra su figura y le gritó:

—Aquí se van a acabar tus andanzas maligno espanto, te voy a cortar la cabeza para dársela a los perros.

Al escuchar esta fatídica sentencia se escuchó un raro balbuceo proveniente del capturado animal y sorpresivamente habló:

-Compadre, ¡por favor no me mate! Soy su comadre Dorotea Beltrán, disculpe.

—¡Dios mío! Esto es fin de mundo, cómo es posible que nuestra querida comadre, mujer de confianza para ponerle en sus manos el

nacimiento de nuestros hijos, sea la causante de matar sus tiernas vidas.

Gumersindo al borde de la locura no sabía qué hacer y al fin señaló:

—Que Dios te perdone, no te voy a matar, pero te cortaré una oreja para que todos sepan de tus fechorías y nunca más te busquen como comadrona. Eres una perversa convertida en animal de espanto.

La malvada Dorotea Beltrán pasó más de 3 meses sin dar la cara en la comunidad y cuando apareció, desde lejos se le veía el corte de la oreja derecha y los vecinos le gritaban: “bruja mocha, no te queremos, asesina, chupa ombligo de niños”. Un día, 30 de octubre del año 1951, cuando el reloj marcaba las 12 de la media noche se escuchó un grito espeluznante y desde ese momento nunca más se volvió a ver ni el rastro de la bruja Dorotea Beltrán, conocida como El Espanto de Los Mamones.

Material recopilado de una narración oral por parte de un octogenario de Upata.

La mujer del Chapire convertida en fantasma

En cada calle, en un apartado rincón del barrio, en el cuento oral de nuestros abuelos vibran las más impensables leyendas, mitos, fantasmas y noches de aparecidos bajo el encanto mágico de luna llena. Las tertulias entre familiares y amigos siempre despiertan las neuronas para contar añejas vivencias extrañas ocurridas de manera inexplicable.

Una noche que asistí al velorio de un vecino escuché a la señora Julia Guillén quien, con pasmosa serenidad, narró un suceso de realismo mágico aludiendo a Gabriel García Márquez en su laureada obra *100 años de soledad*.

Describo la narración de Julia Guillén:

—Eran como las 11:30 de la noche, mi sobrino Juan Guillén estaba reunido con vecinos y familiares desde temprano tomando bebidas espirituosas. Ese día era viernes y habían cobrado el salario de sus jornadas de trabajo, eso era cosa natural de encontrarse al final de la calle Bolívar, salida El Pao, en un negocio que quedaba al frente de la estación de servicio de gasolina Fabra.

Al decir estas palabras, con ceremonioso ritual se persignó y en voz de tono elevado confirmó:

—Juro por Dios que este relato es auténtico, yo tenía 12 años y hoy a mis 72 bien cumplidos no tengo razón de inventar cuentos, soy testigo presencial.

Todos a la expectativa casi no permitían a la respiración salir de sus pulmones.

—Mi mamá no se quería ir a dormir porque en el grupo estaba, además de mi tío Juan, mi hermano José Antonio. Se arrimó al grupo y él cuándo se tomaba unos tragos empezaba a buscar pleitos... Así, pasadas las 12 de la noche, mi tío salió a la calle aparentemente para orinar. De repente vimos una luz que arropó alrededor de mi tío y cuando quiso reaccionar se escuchó un eco, semejante a un quejido. Inmediatamente una voz de mujer le gritó: "si quieres este bello cuerpo, sígueme", y con grandes zancadas encaminó sus pasos hacía El Pao.

»Mi tío, como poseído de un mal espíritu, empezó a correr detrás del fantasma convertido en cuerpo de mujer y mi mamá, al ver ese extraño caso, gritó a mi hermano y todos salieron rápidamente cuando enteraron de lo ocurrido y emprendieron veloz carrera. Nosotros escuchamos la voz que repetía: "si quieres este bello cuerpo, sígueme". Los amigos y familiares de Juan Guillén ya estaban casi exhaustos al momento de subir el cerro Chapire cuando, como por acto de un milagro, una vieja les gritó:

—Si es el fantasma de la mujer, uno de ustedes quítense la camisa y se la coloca al revés.

Sin pensarlo dos veces José Antonio, tío del hombre poseído, se quitó la camisa y se la volvió a poner al revés. Como por acto de magia, Juan Guillén se detuvo y su cuerpo tiritaba de miedo. Todos lo consolaban y con sumo cuidado lo regresaron a su casa. Este no dejaba de repetir: "no prendan ninguna luz, no me prendan ninguna luz que ella me está esperando en el camino".

Lo llevaron al cuarto y de un tirón se quedó dormido hasta el otro día sábado.

Pollino, mujer y ave

En los más apartados rincones de Upata, escondrijos misteriosos esperan las tinieblas de la noche para salir convertidos en fantasmas, aparecidos, espantos y duendes traviesos. Hoy nos conectaremos a través del sonido mágico de la flauta encantada para transitar en esta cuita narrada por un anciano cuentacuentos, que por más de 60 años ha vivido en las riberas del río Yocoima, unido a su esposa Crispina. Es interesante conocer su versión:

—Ya en varias ocasiones le puedo asegurar que, pasadas las dos de la madrugada, he venido escuchando el rebuznar de un pollino recién nacido; cuando abro la ventana no veo nada y todo está en silencio.

El viejo anciano se rascó la cabeza como recordando y continuó:

—Apenas ayer volvió a rebuznar el burrito, lo escuché como si sintiera un dolor muy profundo, algo así como un gemido llorón y lo más escalofriante es que sentí el rebuznar pegado a la ventana que está casi al lado de donde duermo.

»Lo más extraño de estas raras apariciones nocturnas es que mi esposa duerme al lado mío y ella amanece bien risueña y si le pregunto: vieja ¿escuchaste el rebuznar del pollino? Ella me responde algo alterada: ¿vas a seguir con tus inventos?, te recomiendo bebas

un té de manzanilla para que puedas dormir tranquilo, sin andar con tus locuras. “Hay que ver”, los años no pasan en vano».

Sin embargo, el destino le tenía reservada una sorpresa a la incrédula esposa del anciano narrador. Una noche cerrada de oscuridad, después de haberse acostado y ya dormida a placer, en dos oportunidades de sobresalto se despertó y quiso llamar a su esposo, pero lo vio en profundo descanso, decidió rezar un Padre Nuestro, dos Ave María y culminó su oración con un rosario.

“Que brille para ti su luz perpetua”. Al terminar de decir esa plegaria escuchó, como viniendo de La Vuelta El Diablo, un grito de mujer herida y dejó un eco “ay, ay, ay... mi madre” y luego todo quedó en silencio.

—Ay viejo anoche no escuché ningún rebuznar de pollino recién nacido, pero sí un horrible llanto de mujer que se perdía hacia el río Yoccoima, como que llegó hasta El Pasito.

El sorprendido anciano le respondió:

—Gracias a Dios yo no escuché nada y dormí toda la noche a pierna suelta.

A partir de esa extraña ocurrencia de escuchar el lastimero grito de la mujer, Doña Crispina antes de acostarse rezaba a dúo con su esposo y pedían a todos los ángeles, arcángeles y ánimas del Purgatorio, rogando no sentir molestias de espantos y aparecidos. Eso se convirtió en un ritual y por más de tres meses fueron sueños tranquilos y feliz amanecer. Como cosa curiosa, todos los días, tan pronto se despertaban, a veces ella y otras él, se preguntaban:

—Viejo, anoche no escuchaste ningún ruido.

El viejo zorro respondió rápidamente:

—Nada de espantos y rebuznar de pollino, gracias a Dios he dormido tranquilo.

Esta situación de tranquilidad iba ser interrumpida, ahora Doña Crispina era protagonista.

Como era ya costumbre, al acostarse rezaron con fervor y como ese día era lunes, le prendieron una vela a las ánimas en pena y se desearon buenas noches. El anciano rápidamente se acomodó en los brazos de Morfeo, mientras que Doña Crispina se sentía inquieta, no encontraba la manera de conciliar el sueño y así fueron pasando las horas y se mantenía en vigilia... Cuando la noche acentuaba el peso nocturno, se escuchó un silbido que penetraba en la piel, con molestia en los tímpanos se sentía como que emergía de las entrañas de la tierra... Doña Crispina, con sumo cuidado, se levantó y abrió la ventana... Casi muere de un infarto, solo pudo gritar:

—Dios mío, esto es fin de mundo.

Sin pensarlo dos veces, regresó al dormitorio y con gran aspaviento dijo:

—Viejo, viejo ¡ay! Esto parece cosa de otro mundo.

—¿Qué pasó?, ¿por qué estás tan alarmada?

—Ahora no es rebuznar de pollino, ni gritos de mujer. Créeme, vi un gigante pájaro sin plumas, parecía un pavo o un pichón de aveSTRUZ y lo más horrible fue cuando pasó frente a la ventana, se detuvo con cara de tristeza; vi en sus oblicuos ojos dos lágrimas rodar y volvió a silbar con agudo sonido espeluznante. Cruzó hacia El Pasito.

Lo más preocupante para la anciana pareja era cuando ella les preguntaba a los vecinos:

—¿Usted no escuchó un raro silbido anoche?

—Mire Doña Crispina, después que yo me duermo, no me pica ni coquito y en verdad no oigo nada extraño.

Ante esas respuestas diarias, ella se sentía apenada y para sus adentros se decía:

«No puede ser que nadie escuche estos sonidos tan escandalosos».

El tiempo, sin detenerse ante vicisitudes o éxitos depositados en añejos baúles del recuerdo, transcurría con sus días y noches. Una de esas noches sombrías, los ancianos esposos presentían cosas grandes

y extrañas, después de una cena apurada tomaron la decisión de amanecer despiertos y así poder ser testigos de cualquier suceso raro.

—Hoy es nuestra noche decisiva viejo, ya preparé suficiente café y unos tacos de pan asados.

—Bueno, ponte esta cobija que yo me voy a poner mi viejo abrigo.

Cumplido este ritual pasaron un rato rezando en alta voz y cavilaban sentados en las dos poltronas ubicados en la sala. Las horas pasaban para ellos como un colador que filtra lentamente la borra apretujada. Indudablemente esa noche fue apoteósica, en el patio se escuchó un cantío de gallo gorgoreado; era pasada la una de la madrugada, el cielo apuraba relámpagos, con el crepitar ensordecedor de respetables truenos. Mes de mayo upatense a plenitud de ánimas en pena. Casi pisando las dos de la madrugada, los vigilantes esposos escucharon ruidos que provienen de La Vuelta El Diablo, sin temor a ver algo extraño abrieron la ventana y el susto fue fatal.

Ella, casi sin poder hablar, le preguntó a su esposo:

—¿Estás viendo lo mismo que yo?

—Sí, allí están esos tres abominables monstruos.

La pareja, al borde de una crisis nerviosa, observaba un espectáculo macabro. Allí estaba el burrito pollino, una mujer completamente desnuda montada sobre el jumento y llevaba encima del hombro izquierdo un gigante pájaro sin plumas. Luego de su extraño posar de exhibición frente a la paralizada pareja, el macabro trio adelantó un lento caminar. Para completar su tétrico cuadro, el burro rebuznó con su acostumbrado timbre llorón, el ave pelona lanzó un silbido que dejó un eco envuelto en olor a azufre y ya como cruzando el río Yocoima, tramo El Pasito, se escuchó un grito convertido en alarido cifrado en un “ay, ay, ay mi madre”. Al amanecer, bien de temprano, la vecina llegó toda apresurada y dando toques repetidos a la puerta:

—Vecina, vecina disculpe la molestia tan por la mañana, pero vengo a decirle que anoche sí escuche gritos de tonos diferentes y desde esa hora no he podido dormir.

Al ver que no recibía respuestas de doña Crispina, giró el picaporte de la puerta y abrió con un quejido de bisagra oxidada, al entrar quedó estupefacta. “No puede ser, Dios mío”.

Vio a doña Crispina y a su anciano esposo con el rostro crispado de asombro, yacían muertos uno al lado del otro.

El tesoro de Cupacuy

Cuenta un viejo anciano residenciado en Santa Rosa de Upata, Municipio Piar, que una noche iba de regreso a su casa, eran como las diez, dice que hablaba solo para distraerse de la cerrada oscuridad en el camino. Tenía 18 años de edad.

Recuerda con nítida lucidez que cerca del paso de una mata frondosa de mamón, vio una oleada de intensa luz, tramo caserío Cupapuy, antiguo asiento de misiones capuchinas.

—Lo primero que pensé fue en un entierro de morocotas de oro y su dueño andaba con el alma en pena, por tanto, me bajé de la bicicleta y lancé un zapato para marcar el lugar.

Llegó a su casa y con desespero le dio a conocer el extraño suceso a su cuñado José Acosta.

—Cuñao, tenemos la oportunidad de hacernos ricos, ahorita cuando venía en el cruce del mamón vi una bola así de grande todo encendida y dio vueltas como un remolino. Vamos a sacar ese entierro, recuerda que los padres capuchinos en esa zona tenían grandes haciendas y ricas ganaderías, ¡eso es oro puro!

—Sáqueme de ese negocio, yo no quiero nada con tesoros de muertos, yo no voy a exponer mi vida. No se le olvide que muchos “busca tesoros” han quedado enterrados en fosas comunes.

—No sea pesimista cuña. Bueno, no lo voy a obligar. Quédese quieto, voy a hablar con Rafael Márquez, ese sí creo tiene bríos.

Mientras se dirigía a casa de su amigo, presagia ya saboreando el uso del dinero logrado en el regalo del botín aurífero.

—Voy a comprar un carro pequeño, aunque sea de segunda mano, haré mejoras en la casa de mamá y prepararé dos hectáreas de maíz canilla; compraré los abonos y químicos necesarios, una bomba de agua, un equipo para desmalezar con una cuartilla dedicada a hortalizas variadas.

Rafael Márquez al enterarse del delicado caso respondió:

—Mire, amigo Juan Martínez, yo creo que no es recomendable ir a esta hora a un posible tesoro solo por haber visto un reflejo de luz en el frondoso mamón, sector Cupapuy. Mejor vamos mañana.

El joven un poco desconcertado, no le quedó otra alternativa que aceptar esa propuesta y dijo:

—Bueno, será así. Buenas noches.

El otro día el sol salió con hambre luminoso y Juan, bien temprano, fue a buscar a Rafael Márquez.

—Párese hombre, tráigase una pala. Aquí traigo pico, machete y un palín.

—Espera un momento, le voy a quitar la pala a Don Julián, yo no tengo esa bicha.

El hombre le dice:

—Apúrese, deje la pereza que lo veo como sin ánimo, no es cualquier cosa lo que nos espera.

Sin ni siquiera tomarse un trago de café, emprendieron camino hacia el cruce del mamón en Cupapuy.

—Aquí fue donde vi ese llamarón color rojizo. Mira, aquí está el zapato que lancé anoche, así que vamos a darle duro rogando a Dios que nos brinde el disfrute de esta riqueza en cantantes morocotas de oro.

Sin más que decir, se empeñaron a darle duro en busca del ilusorio tesoro.

—Mira carajito, tú como que andas viendo visiones, hemos hecho este tremendo hueco y no aparece nada de tesoro.

—No sea pesimista compa, vamos a darle duro otro corte y si no encontramos la tinaja entonces será otro día.

Cansados de tanto buscar al final se rindieron.

—En verdad creo que esto es cosa de fuerza mayor.

—Usted como no tiene mujer a su cargo, debiera auxiliarse con manuelita y dejarse de estar inventando vainas solo para sudar la gota gorda sin ningún beneficio.

—Disculpe la molestia compa, pero yo le aseguro que vi ese llamarón de luz.

—Lo que soy yo, voy a echarme un trago para olvidar esta desagradable charada.

Así quedo frustrada la aventura del tesoro en Cupapuy.

Como cosa de casualidad, dos mineros que venían de El Manteco pernoctaron en la cantina donde Rafael Márquez, ya bajo los efectos de las copas, vociferaba sobre la búsqueda del tesoro anunciado por Juan Martínez.

Los avisados mineros, al escuchar esta versión, se interesaron en el caso y le preguntaron:

—Por favor amigo, ¿cuál es el nombre del muchacho que vio la luz y donde vive?

El hombre le respondió:

—Ese es un carajito loco inventador, su nombre es Juan Martínez y vive en aquella casa media agua que se ve allá.

El par se tomó 2 cervezas más, le brindaron una ronda completa a la concurrencia y salieron en una lujosa camioneta color rojo.

—Buenas tardes, ¿es usted Juan Martínez? —el jovencito, un tanto receloso, respondió que no sabía quién era ese fulano.

El otro hombre fue mucho más directo y le dijo:

—No tenga miedo, sabemos que usted vio una luz en el camino vía Cupapuy, fue con un amigo y no encontraron nada. Nosotros queremos que nos lleve al sitio porque tenemos detector del metal de oro y si existe el tesoro, le prometemos partir en partes iguales todo lo encontrado.

Al verse descubierto, con cierto temor respondió:

—Está bien, sí, soy yo quien ustedes buscan, pero voy a buscar a mi amigo Rafael Márquez para que me acompañe.

—No hay problema.

—Vaya rápido, aquí lo esperamos.

El emocionado muchacho llegó con gran alarde a la casa de Rafael Márquez y de inmediato lo informó sobre el nuevo giro que tomaba el asunto, con la posibilidad de encontrar el ansiado tesoro.

—Vamos rápido Rafael que llegaron dos mineros de El Manteco y tienen un moderno equipo para detectar con exactitud dónde está el rico tesoro.

—Ay amigo, déjame buscar el escapulario para protegernos de todo mal.

Ya con sus básicos bastimentos, sin pensarlo dos veces, emprendieron ruta hacia los dos mineros que en socarrona aptitud conversaban entre dientes.

—Bueno muchachos, vamos rápido antes que caiga la noche porque debemos revisar con mucho cuidado todo el terreno en el área que viste el relámpago de luz.

—Lo único que ponemos como condición es el fiel cumplimiento de lo ofrecido: en repartir el botín en partes iguales.

—Ustedes tranquilos, nosotros somos respetuosos en el compromiso asumido.

Sin más habladurías, emprendieron el recorrido hacia el mánom en Cupapuy donde tenían grandes expectativas de encontrar el tesoro en ricas morocotas de oro. Después de un breve transitar por la empedrada vía, llegaron con la emoción en los ojos y el afán

con pasos apurados hacia el lugar señalado por Juan Martínez. Sin pensarlo dos veces, empezaron a preparar el equipo detector del valioso metal en la zona.

Al poco rato, el minero encargado de recorrer el terreno dijo con voz emocionada:

—Gloria de Dios hay señal de oro puro, vengan, traigan el pico y la pala para verificar lo encontrado.

Al escuchar esa gran noticia, Juan Martínez vociferó con estentórea voz:

—Te lo dije Rafa, estamos al punto de ser millonarios, vamos a trabajar con ahínco para llegar al lugar del entierro o beta aurífera.

Después de hoyar con tesón en el lugar donde hizo el peculiar sonido, referencia de posible oro, la perseverancia parecía premiar el esfuerzo.

Un minero que observaba con detenimiento el trabajo, fue el primero que dio el aviso.

—Por favor, dale con cuidado hacia el lado derecho, allí se observa un envoltorio sólido.

Rafael Márquez fue el afortunado de ser el protagonista del valioso hallazgo y sin más control, contagiado por la emoción, gritó:

—¡Gracias Dios mío!, aquí está el cajón con el oro prometido. Ahora sí es verdad, salimos de esta triste pobreza.

Los dos mineros se focalizaron en observar con detenimiento el cofre encontrado y rogaron:

—Por favor, súbanlo con sumo cuidado que no se rompa ni maltrate al sacarlo.

Los dos amigos todos sudorosos subieron el envoltorio, el cual no tenía ningún peso significativo, por tanto, fue fácil dárselo a los dos socios que con ansiedad estaban en la superficie. Tan pronto subieron el cofre fueron ayudados por los dos mineros y salieron con los ojos fijos y la respiración casi que no se sentía en el pecho.

Sin más preámbulos, con el pico destrozaron el envoltorio que tenía la forma característica de una antigua urna de madera y al ver el contenido no salieron en veloz carrera porque el detector estaba encendido y el minero observó que daba una fuerte señal de material aurífero.

—Ay Dios, la virgen y todas las ánimas del purgatorio nos agarre confesados. Mire amigo, aquí está un hombre muerto convertido en esqueleto y polvo y de dónde sacan ustedes que ese en aparato hay señal de oro —preguntó Juan Martínez todo confundido a los socios mineros.

—Amigos, esto no miente. Déjenme revisar el esqueleto —y al voltear la calavera del cadáver encontrado confirmaron la señal de oro.

—Se dan cuenta, aquí está la prueba. Vean la dentadura, tiene dos dientes montados en oro y como fueron ustedes quienes vieron y trabajaron para sacar el entierro, le regalamos ese tesoro.

Sin más, emprendieron el regreso a Santa Rosa y dejaron a los frustrados amigos en sus casas, marchándose con rumbo a Upata. Sin embargo, esto no termina aquí: los dos osados mineros no se fueron para Upata, sino que se apearon de su lujosa camioneta roja en el sector San Lorenzo y en un bar ubicado en la vía empezaron a festejar la fortuna prometida con el tesoro de Cupapuy.

—Hermano, vamos a tomarnos unas frías para esperar que avance la noche y así poder regresar con más tranquilidad a sacar el botín de morocotas.

Mientras tanto en Santa Rosa, Juan Martínez no había quedado satisfecho con la explicación de los dos mineros y de manera inquieta le confesó a Rafael Márquez:

—Cuñao, yo tengo un presentimiento que estos dos vivarachos ocultaron el verdadero tesoro para regresar ellos solos y llevarse las morocotas.

—Mire, usted puede tener cualquier rara picazón, pero conmigo no cuente más de ir a buscar tesoros ni nada de espantos y aparecidos, yo quiero vivir tranquilo y morir de viejo porque le debo cuidado y atención a mi familia, sépalo bien.

Como un aviso a ese presentimiento sentido por el inquieto joven Juan Martínez, los dos mineros, más prendidos que una fogata juvenil, sentenciaron:

—Llegó el momento y la hora. Vamos por nuestra consagración y regalo de Dios, o mejor dicho, de ese bendito muchacho soñador.

Cuando pasaron al frente de la casa de Juan Martínez, la camioneta se desplazaba casi a la mínima velocidad con la intención de no ser detectados para no estropear la operación furtiva planeada. Juan Martínez estaba despierto y pudo observar el vehículo con destino al mamón en la vía del camino en Cupapuy y de un sobresalto se bajó de la hamaca y corrió a avisarle de la novedad a su amigo Rafael.

—Rafa, Rafa, apúrese, vamos rápido a desenmascarar a esos bandidos que van sacar el tesoro. Acaban de pasar.

—Ya le dije y se lo dije bien claro, yo no quiero saber nada de tesoros, espantos y animas en pena, déjeme tranquilo que voy a mi sabroso sueño interrumpido.

El joven Juan Martínez sin saber qué hacer, ni qué decisión tomar, se rasca la cabeza con insistencia y piensa en voz alta:

—Yo no voy a permitir que estos dos forajidos me echen tierra en mi propio terreno y se marchen con el valioso botín. Yo llegaré, aunque sea un peligro exponer mi vida.

Sin pensarlo dos veces, sacó la bicicleta que tenía a disposición y empezó a pedalear con desespero y afán de poder llegar a tiempo. Mientras tanto, los dos mineros ya en el sitio donde se había abierto el hueco planificaban el trabajo.

—Mi hermano, esto es más fácil que pelar mandarinas, como dice el popular refrán. Gracias a esos dos nativos de Santa Rosa que hicieron el trabajo duro y excavaron con bastante precisión donde

está la botija. Apúrate a prender la fogata porque es un ritual obligatorio exhumar el cofre, ya que tiene gases venenosos.

En realidad, los dos amigos habían cumplido su labor encomendada por los mineros, en base a la señal del detector que indicó la existencia del abundante material de oro. Lo único que hicieron fue bajar al hueco y entre los dos sacaron una oxidada tinaja colocada justo al lado de donde estaba el cadáver del hombre convertido en esqueleto.

—Vamos a colocar la tinaja con cuidado sobre las topias y nos apartamos con rapidez para evitar ser contagiados por los gases que conservan las morocotas.

Dicha esa advertencia, se dejó escuchar un estrepitoso ruido con un eco que semejaba el llanto o lamento de una persona cuando le arrancan el alma, dejando en el aire un olor de repugnante azufre.

—Traiga el saco, primero aparte los desechos de la tinaja y meta las morocotas. No se le olvide, cuando introduzca cada moneda, dele gracias a Dios por la fortuna recibida y apúrese que puede venir gente al observar la fogata que desprendió mucho humo.

Los mineros, ya con el rico tesoro de oro en su poder, emprendieron el retorno vía Upata. Eran las doce de la noche y la luna envuelta en su vestido de luz apacible fue muda testigo de aquel atraco perpetrado contra los amigos residentes en Santa Rosa. Cuando conducían en veloz carrera, en busca de la salida a la vía de asfalto, se toparon con un hombre que iba en sentido contrario montado en una bicicleta, pedaleando con desesperación y al verlos se detuvo y con agitadas manos los llamaba a detenerse. Por toda respuesta, el chofer aceleró la lujosa camioneta y el desconsolado Juan Martínez quedó atrapado en una nube de polvo que lo encegueció. El minero que iba de copiloto lanzó una morocota de oro cerca del joven y en forma opulenta le gritó:

—Gracias amigo, allí te dejo tu premio por el valioso aporte de tan rico tesoro.

Y hasta el día de hoy, nadie conoce la identidad de estos dos afortunados mineros.

El chivato y su pregón de fatalidad

Upata, ciudad bicentenaria y 60 años más, es un enjambre de alborotadas avispas punzantes revoleteando en el envolvente valle, rodeado de colinas repletas de historias que danzan en serranías perfumadas por la belleza de sus mujeres.

También en sus cuatro puntos cardinales están escondidos sus leyendas, mitos y cuentos de aparecidos. El chivato con sus berridos en noches de profunda oscuridad, cuando todavía no habían instalado el servicio de electricidad en las décadas de los años 50 y 60, fue un común comentario en diferentes sectores de Upata.

Así recogimos una versión narrada por la señora Delfina de Navarro, residenciada en la calle Miranda frente a lo que es hoy Comercial Dayafina. Ella atestiguó:

—En la década de los años 60, recién llegada de Guri, pude escuchar un fatal anuncio que hacía un chivato el cual, cada vez que iba a morir una persona en la comunidad, se paseaba por toda la calle Miranda y a punto de llegar las 12 de la noche pegaba un alarido, semejante a un chivo herido. Aquello era espeluznante y no fallaba, después desapareció y más nunca se supo de dónde salían esos gritos tan feos.

Otra versión que se pudo captar fue la de la señora María Guillén, con más de 50 años residenciada en el sector La Esperanza, Callejón Miranda... Ella aseguró que una madrugada salió de su casa a llevarle comida a su esposo, José Márquez, quien trabajaba en un aserradero, en el lugar donde hoy existe la urbanización Vista Alegre.

En esa época, recordó Doña María:

—Yo tenía 20 años y no sentía miedo porque la gente era sana y nadie se metía con uno, no había el clima de inseguridad de hoy día.

En ese recetario del recuerdo ella narró el susto vivido en ese recorrido:

—Cuando iba en lo que es hoy La Redoma Rafael Caldera, escuché un berrido que me erizó todo el cuerpo, era como una bola redonda en gran tropel y venía de los lados donde hoy está el estadio Simón Chávez.

Prosiguió sus vivencias:

—Yo apuré el paso, casi corriendo y cuando crucé hacia un camino que conducía al aserradero donde trabajaba mi esposo, volví a escuchar el espeluznante berrido, sonido como salido de la tierra. Así, toda asustada, llegué y le entregué la comida a José. Al verme tan desconcertado, me reclamó: “Estas cosas tuyas son necedades de venirte a esta hora, exponiéndote a los peligros de la calle”.

Y ella algo turbada le preguntó a su esposo:

—Mira, ¿no oíste esos gritos parecidos a un chivo?

El amante caballero, como habituado a las correrías del travieso chivato, le respondió:

—Sí, los escuché, ese es el chivato que tiene tiempo como alma en pena. Dicen los viejos que son los cientos de neonatos muertos al ser sacrificadas las vacas preñadas en el matadero que funcionó en La Matanza Vieja, donde hoy es la carnicería de la familia Solano. Allí también se instaló una escuela.

Al escuchar esta historia la señora María, toda asustada todavía, aseguró:

—Gracias por tus explicaciones sobre las apariciones del fulano chivato, pero yo más nunca vengo a traerte comida de madrugada.

Índice

Prólogo desde el chapire en el decenio de los idiomasindígenas	9
Presentación	13
Travesuras	15
I	15
II	16
III	16
IV	17
V	18
VI	18
VII	19
VIII	19
IX	20
X	21
XI	21
XII	22
XIII	23
XIV	23
XV	24
XVI	25
XVII	26
XVIII	27

XIX	27
XX	28
XXI	28
XXII	29
XXIII	30
XXIV	31
XXV	32
XXVI	33
XXVII	34
XXVIII	34
XXIX	35
XXX	35
XXXI	36
XXXII	37
XXXIII	37
XXXIV	38
XXXV	39
XXXVI	40
XXXVII	40
XXXVIII	41
XXXIX	42
XL	43
XLI	44
XLII	45
XLIII	45
XLIV	46
XLV	47
XLVI	47
XLVII	48
XLVIII	49
XLIX	50
L	51

LI	51
LII	52
LIII	52
LIV	53
LV	53
LVI	54
LVII	55
LVIII	55
LIX	56
LX	57
LXI	57
LXII	58
LXIII	58
LXIV	59
LXV	60
LXVI	60
LXVII	61
LXVIII	62
LXIX	62
LXX	63
LXXI	64
LXXII	65
LXXIII	66
LXXIV	66
 LXXV	
Si vas a montar al ring... ¡No montes!	67
 LXXVI	
Añejos amigos	70

LXXVIII		
Fantasma en Semana Santa		74
 LXXIX		
Lina y la porfía del uno		75
 LXXX		
Dolor y risas		77
 LXXXI		
La cola		80
 LXXXII		
La hierba solitaria		84
 LXXXIII		
La sayona de El Pao		86
 LXXXIV		
La prótesis extraviada		87
 RELATOS		
Salto portachuelo del ahorcao		88
El toro y la burra asesina		104
Espanto de Los Mamones		110
La mujer del Chapire convertida en fantasma		113
Pollino, mujer y ave		115
El tesoro de Cupacuy		119
El chivato y su pregón de fatalidad		127

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com
wwwelperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter /X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV

Travesuras y relatos de Upata
Digital
de la Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de marzo de 2024





Travesuras y relatos de Upata

Es un compendio de más de 20 años compartidos con amigos, viejos soñadores de aventuras con sus mañas e inventivas de color y sabor popular. Son muchas anécdotas tomadas de esas narraciones orales en tertulias familiares, las cuales el autor fue dejando en diferentes anotaciones. Una vez que el autor fue designado cronista oficial del municipio Piar, empezó a recopilar un gran cúmulo de narraciones orales, acudió a diferentes lugares de Upata y zonas rurales donde hombres y mujeres de diferentes edades dieron a conocer aventuras, leyendas y mitos con sus esencias históricas y de vivencias. Hoy reflejan la posibilidad de ver la luz pública en un universo grande, hermoso y de interrelación humana.

ELIGIO ANTONIO GONZÁLEZ PEÑA (Upata, 1957).

En 1991 participó en el curso de entrenador socio-deportivo, dictado por la Coordinación del Instituto Nacional de Deportes (IND) y al egresar fue designado sub-coordinador de deportes del municipio Piar. Ingresó a estudiar en la Universidad Nacional Abierta, donde se graduó como licenciado en educación, mención ciencias sociales. Después ingresó a estudiar en la Universidad Católica Cecilio Acosta, de allí egresó como licenciado en Comunicación Social, mención desarrollo social. Mantuvo una columna de opinión por doce años en el diario *Correo del Caroní* identificada como "Visión de Upata". Es docente jubilado, ha publicado el libro *Personajes y tradiciones de Upata*, auspiciado por la alcaldía de Piar y la Gobernación del estado Bolívar en el año 2012.



9 789801 455059

